Doce campanadas

Nisa Arce

Doce campanadas

Nisa Arce
www.Nisa-Arce.net

Fotografía de portada: Miriam Arce Haro
Maquetación de portada: Rosa Pétrea

—Venga, hombre, ¿no me digas que vas a irte ya?

Doramas trató de dibujar la mejor de sus sonrisas cuando escuchó el reclamo de su redactor jefe; los ojos enrojecidos de este hacían de complemento perfecto para su voz, tomada por los efectos de unas tres o cuatro copas de más.

Al hacer una panorámica visual por la discoteca, comprobó que debía de ser uno de los pocos que quedaban sobrios, quizá el único.

—Lo siento, pero debo marcharme. Tengo que coger un vuelo a primera hora.

Sus compañeros se percataron de la excusa e intervinieron con la esperanza de retenerle.

—¡La noche es joven! —exclamó Isabel, la de maquetación, colocándole alrededor del cuello un collar de plástico.

—Y me prometiste que bailarías un rato conmigo —añadió Laura, agarrándole del brazo mientras mantenía el equilibro sobre los tacones.

Dado que sabía que estaba en apuros, el responsable de distribución del diario donde trabajan le devolvió el favor que días antes le había hecho, abriéndole un hueco por el que escapar.

—Dejad en paz al *canarión*. Seguro que se muere de ganas por irse al sur.

—¡Con lo bien que se debe de estar allí, sin este frío de perros! —corroboraron a un lado de la sala.

Él no tuvo otro remedio que asentir. Las cenas de empresa le dejaban agotado. Aguantar fuera de la oficina a las personas con la que se pasaba cerca de diez horas diarias, ignorando roces pasados por el mero pretexto de la Navidad, le seguía resultando chocante. Aunque siempre pensaba a última hora en fingir alguna gripe con la que escabullirse, fuera por el motivo que fuese, todos los años acababa picando.

Así que se despidió de los demás y se abrochó su chaquetón perfumado de humo de tabaco, a la espera de que algún alma caritativa le transportara en taxi hasta su apartamento.

Cuando hubo conseguido uno, apoyó la cabeza en el respaldo del asiento trasero y se relajó tras dar la dirección. Daba igual que fueran las tres de la madrugada: Madrid se resistía a dormirse. La gente iba de local en local mientras él optaba por ponerle término.

El piso seguía como lo había dejado. La maleta aguardaba hecha, a falta de meter el neceser tras darle un último uso. Pasó por la ducha

antes de enfundarse en una camiseta cómoda, sopesando si realmente merecía la pena acostarse para volver a ponerse en pie en tan breve espacio de tiempo.

Dos horas después, volvió al exterior buscando otro taxi, sólo que con una dirección completamente distinta. La T4 de Barajas, según acababa de escuchar por la radio, estaba sumida en un caos absoluto.

—Tiene moral para viajar precisamente hoy —comentó el conductor sin ánimo de ofender.

—Soy previsor, compré el billete hace más de un mes.

Tras cincuenta minutos haciendo cola para acceder al mostrador de la compañía aérea, lamentó haber pecado de tanta convicción. Un grupo de paisanos, congregados en torno a la portavoz, exigía explicaciones a lo que acababan de anunciar por medio de la megafonía.

—Les ruego que mantengan la calma —decía la mujer, armándose de paciencia—. El avión sufrió una avería y no ha salido hacia aquí. Tan pronto como tengamos nueva información se lo haremos saber.

—¿Y por qué no nos reparten en otros vuelos? —gritó un afectado.

—Están completos, caballero, al igual que el orden de ocupación de las pistas.

Doramas, apenas hubo escuchado aquello, dedujo que iba a quedarse en tierra a no ser que ocurriese un milagro.

—¿Y qué hay de los que contábamos con estar en el destino por estas fechas? ¿De qué sirve comprar con antelación el pasaje? —increpó.

—Lamentamos lo ocurrido, pero se debe a una causa externa a la compañía. Si lo desea, puede esperar, aunque está en su derecho de reclamar la devolución del importe.

Resignado, se dijo que aunque recuperar los cerca de cuatrocientos euros invertidos no era un consuelo, quedarse allí entre malhumorados tampoco era buena idea. Tomó su maleta por el asa y dio media vuelta, empezando a caminar hacia el tren interno.

Dentro de lo malo de la situación, lo peor era comunicar la noticia.

—Hola, mamá —dijo, una vez obtuvo línea en el móvil.

—¿Aún no embarcaste?

Trató de dar una explicación lo más coherente posible, pues acabó por renunciar a los días libres que había conseguido a base de cambiar turnos. Mantuvieron la conversación unos minutos, durante los cuales se centró en mitigar el cabreo monumental que le invadía. «Menuda manera de empezar el año», pensó.

Sus amigos estaban pasando las fiestas en las afueras; a los del

trabajo, mejor ni tocarlos, y tampoco le convenía meter en compromisos al resto de personalidades con las que de vez en cuando coincidía en salidas nocturnas, puesto que no albergaba confianza suficiente.

Sin planes, sin ganas de salir, sin comida en la nevera. La perspectiva de pasar la Nochevieja ante el televisor se apoderó poco a poco de su mente. Aunque, si lo pensaba mejor, tampoco quería someterse a un ritual que, de tan colectivo, había perdido parte de su encanto. ¿Acaso tenía que celebrarse por norma el cambio de año a lo grande, con despilfarro y consecuente vaciado del bolsillo?

La falta de descanso empezó a hacerle mella. Las calles estaban semidesiertas cuando regresó al apartamento y se dejó caer en el sofá. La maleta parecía burlarse de él, rogando a gritos ser deshecha.

Mientras devolvía a los cajones sus prendas, fue haciendo balance de lo que los últimos trescientos sesenta y cinco días habían supuesto. Lo cierto era que, tras haber ascendido rangos y afianzarse en la empresa, el piso en pleno centro hacía que el alquiler mereciese la pena y disponía de bastante más libertad que el resto de la gente de la que se rodeaba. «¡Ni se te ocurra abandonar el club de la soltería!», le decían entre risas, insistiendo en lo bien que se vivía sin tantas responsabilidades ni quebraderos de cabeza.

Era evidente que carecer de pareja estable tenía sus ventajas, pero ese treinta y uno de diciembre, mientras contemplaba Madrid renaciendo a la luz, se cuestionó por qué si tan estupendo resultaba, él era el único que se había quedado atrás en la carrera del amor.

No siempre la Navidad había sido así. Hubo una época, antes de que tuviera que pelearse con medio departamento para poder escaparse a casa, en que, efectivamente, no contaba con ese tipo de compañía, pero la Nochevieja implicaba una cuenta atrás adicional que englobaba la llegada de los exámenes de febrero, el agobio y las trasnochadas, al igual que la promesa de volver a estar juntos, aunque fuese en la sala de estudio de la facultad.

Tomar conciencia de lo rápido que había transcurrido el tiempo le pesó como una losa. Murmuró la cifra, empañando de vaho el cristal de la ventana.

—Cinco años…

Dirigió la mirada hacia la estantería donde, bajo una generosa capa de polvo, estaba escondido un CD. Al mancharse las yemas de los dedos tras abrir la caja, supo que si tan apartado lo había tenido era porque contenía la canción con la que seguía manteniendo una relación un tanto peculiar.

Las primeras notas escaparon del encierro a través de los altavoces

del equipo y le bastó con cerrar los ojos para conseguir una fiel regresión a los momentos en los que esa melodía había hecho de banda sonora. Tras el primer estribillo, no lo soportó más. Detuvo la reproducción, apagó el aparato sin guardar el disco en su rincón mugriento y tomó la chaqueta con la intención de buscar en el aire libre un espacio que mitigase el cerco de sus cuatro paredes.

Avanzó hasta la boca de metro, permitiendo que el retroceso pasara de la cabeza a los pies, moviéndose éstos por inercia. Desde que se trasladara al centro, apenas tomaba esa dirección de la línea; observó a la gente que atestaba los vagones, ausentes, desapercibidos. Los hormigueros urbanos suponían la punta del iceberg de una sociedad distinta a la que conocía, donde pese a la monumental escala de edificios y trazados, uno difícilmente podía hacerse con un espacio propio. Era el alma de la metrópolis, un monstruo despiadado que seducía, permitiendo que los que superaban la dureza de su prueba pudieran explorarla hasta caer perdidamente rendidos a sus encantos.

Nada acusaba más los efectos de las fiestas que las zonas estudiantiles. La estación de Moncloa, normalmente un hervidero de juventud, estaba transitable, lo que le permitió regresar a la superficie con rapidez. El aire frío le golpeó la cara. Echó a andar, pero tan pronto se cuestionaba qué demonios estaba haciendo, el cosquilleo en el estómago le daba respuesta.

Hacía tanto que no pasaba por allí que había olvidado el color del césped, o la pequeña satisfacción que le invadía al saciar la curiosidad leyendo los anuncios que vestían las carcasas de las farolas y marquesinas de autobús. Durante su primer año de universidad, entre demandas de alquileres y venta de apuntes, había dado con el reclamo que había supuesto el verdadero punto de inflexión de su existencia.

Pero aquello estaba tan muerto como las hojas caídas que aún no habían sido barridas, vacío como las aulas de la Facultad de Ciencias de la Información. Se detuvo ante el centro universitario, el cual le pareció un lugar horrible ahora que nada le vinculaba a sus dependencias. Las paredes de hormigón sin encalar y su arquitectura cuadriculada eran lo más parecido a una cárcel, impersonal sin el calor de los que trataban de hacerse hueco en el mundo formándose.

Fue curioso el hecho de constatar que la institución que antaño tanto había significado para él, se hubiese reducido a un montón de pilares en los que rebotaba el arrullo del viento. Se decidió a bajar los escalones que conducían a las puertas de entrada y repasó con las manos el relieve de una de las columnas, en concreto, la de ésa en la

que se habían visto por primera vez.

«¿Eres tú el que quiere hacer el cambio?»

De pronto el corazón le dio un vuelco. Como si sus pensamientos hubiesen traspasado la barrera de lo posible, los recuerdos se transformaron en nuevos sonidos. El mismo timbre de voz, la misma entonación, el mismo escenario.

—¿Pero qué haces aquí?

Doramas miró a su alrededor, constatando que estaban los dos solos y no se trataba de ninguna broma.

—Mi vuelo se canceló y me quedé en tierra. Estaba dando una vuelta.

—No esperaba encontrarte por Madrid.

Se quedaron el uno frente al otro sin saber qué hacer. Un abrazo encerraba demasiadas cosas; un apretón de manos era demasiado frío. Así que, de manera tácita, acordaron sostenerse la mirada para combatir lo surrealista de la casualidad.

—Creo que soy yo el que debería preguntar qué haces tú aquí.

—Temas de trabajo.

Doramas asintió. Se le agolpaban demasiadas preguntas en la cabeza como para ceder a un diálogo fluido. Exactamente, ¿por qué había acabado delante de la facultad? ¿Qué estaba buscando? ¿Habían tenido ambos la misma ocurrencia?

Él parecía encontrarse en una situación similar. La sonrisa con la que le obsequió le hizo salir del trance. Lo mejor era interpretar el encuentro como uno de esos maravillosos imprevistos que, por lo general, rompían las rutinas.

—¿Qué tal te va?

—Bien, no puedo quejarme —replicó Doramas—. Me hicieron fijo en *Primera plana*.

Se formó un denso silencio. Lo cierto era que aquel desplazamiento ya no tenía mucho sentido, por lo que se animó a proponer una alternativa con la que, de paso, pudieran combatir las bajas temperaturas.

—¿Tienes prisa?

—No.

—¿Te apetece hacer la ruta, por los viejos tiempos?

A él pareció agradarle la idea. Con dicho nombre habían bautizado en su día al paseo que acostumbraban dar los viernes por la tarde: llegaban a Moncloa para recalar en Argüelles y de ahí deshacían Princesa hasta Gran Vía, recibiendo el anochecer en alguna de las tantas tiendas de discos que, dispersas, invadían las calles colindantes.

Sin más preámbulos, echaron a andar por la Ciudad Universitaria mientras intercalaban breves miradas de reconocimiento. Doramas le observó de soslayo; su larga melena había sido sustituida por pelo rapado al tres y unas entradas indisimulables. Su rostro estaba prácticamente intacto, salvo por los indicios de las primeras arrugas alrededor de los ojos. Las aletas de su nariz seguían contrayéndose cada vez que rumiaba una frase antes de soltarla.

—Hacía bastante que no pasaba por aquí —comentó él—. A primera vista la ciudad parece no haber cambiado demasiado.

—¡Sí que lo hizo! Nos cerraron *Madrid Rock*.

—¿En serio?

—En serio.

—Ahora me dirás que *La Metralleta* también se fue a pique.

—No, ésa no.

—¿Y qué hay de los demás? ¿Sabes algo de ellos?

—Pues ahora mismo están en Toledo, vuelven para Reyes —concretó Doramas.

—¿Siguen juntos? —preguntó sorprendido.

—Y tanto. Tuvieron una niña en agosto.

Él dio una carcajada.

—Supongo que es lo que toca. Dondequiera que voy, hay gente de mi quinta con críos.

—Efectos secundarios de las relaciones duraderas —puntualizó Doramas con sorna.

Quisiese o no, las palabras le salieron con una inevitable connotación de reproche. Sintiéndose aludido, o tal vez haciendo oídos sordos, él calló. Durante los minutos que duró la travesía hasta la Plaza de España sacaron temas ligeros de conversación, evitando escarbar en la cicatriz que había quedado expuesta.

Mientras observaban la cuesta de Gran Vía hacia Callao, plagada de carteles de teatros y masificada por los que ultimaban compras, se concedieron el lujo de enterrar el hacha, como si en el fondo supieran que el que se hubiesen encontrado era un hecho puntual, algo que no variaría la dinámica de sus vidas en cuanto volvieran a partir cada uno por su lado.

Compartieron primero un café, luego una comida y ya entrada la tarde recorrieron, muy para pesar del visitante, los locales de coleccionismo en el que tantas horas había pasado revolviendo vinilos, echando en falta un buen montón de ellos. Las calles estaban a rebosar y cada vez desembocaba más gente en las inmediaciones de Sol.

—Ir por aquí es una odisea. ¿Te parece si damos un rodeo?

—Me hacía ilusión seguir por donde siempre.

—Pero es que esto no va a mejorar. Ya están empezando a coger sitio para las campanadas.

Él pareció entrever que en esa apreciación se incluía una insinuación de despedida; era Nochevieja. Todo el mundo tenía algo que hacer en la última velada del año.

—¿Sales de marcha después?

—No creo. Ahora mismo tendría que estar en casa de mi madre, no me apetece irme de juerga.

Doramas esperaba que su vieja manía de hacerse de rogar hubiese desaparecido con la madurez, pero no fue así. Aunque siguió mirándole, dando a entender que quería saber en qué situación se encontraba, él no soltó prenda hasta que no se lo hubo preguntado.

—¿Y tú?

—Pues igual me paso por una fiesta. A no ser…

—¿A no ser qué?

—Puede que me propongan un plan mejor.

Doramas elevó una ceja. No había contado con tener compañía, aunque tampoco había ideado desde un principio pasar esa noche en Madrid. Se debatió, tratando de mantener el equilibrio entre los extremos de la balanza. Por un lado quería echarse en su cama y dormir, pero por otro…

—Podemos ir a mi piso. Estaremos tranquilos, aunque no sea gran cosa.

—Estupendo. ¿Queda lejos?

—Nada que no podamos recorrer a pie.

En medio del mar de gente que seguía atravesando las avenidas, la soledad se empeñaba en recubrirles con su velo. El distanciamiento convertía la presencia del uno para con el otro en una sensación incómoda a la par que irrechazable. La costumbre era una potente droga; desengancharse resultaba un tormento y caer de nuevo en la adicción resultaba tan simple como dejarse tentar.

Al atravesar el marco de la puerta del apartamento, cargando bolsas de un veinticuatro horas, Doramas se cuestionó si no estaba cometiendo una temeridad al coquetear con el veneno.

—Es un sitio agradable, me gusta —le oyó decir desde la cocina.

Metió la botella de cava en la nevera y sonrió, asomando medio cuerpo.

—Cada metro cuadrado cuesta un riñón, pero está en buena zona.

Le dejó campar a sus anchas mientras improvisaba la cena. El invitado se tomó confianzas observando, analizando y buscando en cada rincón de las habitaciones algún indicio que le permitiese

suprimir la pregunta más obvia de cuantas se le ocurrían.

Un buen rato después, cuando estaban en el sofá sin haber recogido de la mesita auxiliar los platos usados, supo que no podía seguir retrasándola. Doramas cambió de canal en el televisor para ver la retransmisión del evento que, a varias manzanas de allí, iba a ofrecerse a todo el país. Absorto en la fachada del ayuntamiento y el pacto antiedad que el presentador parecía haber hecho con el Diablo, la cuestión no le cogió tan de sorpresa.

—¿Sales con alguien?

Doramas siguió prestando atención a la pantalla, dibujando una media sonrisa sarcástica.

—¿A ti qué te parece?

—No tienes fotos en las estanterías.

—Tampoco las tenía cuando tú y yo vivíamos juntos.

Él se encogió de hombros, llenando las copas.

—Lo interpretaré como una negativa. Entonces, ¿qué? ¿Soltero?

—Ay, mi niño, qué pesadito eres —protestó.

Él rio con ganas. Cuando se hubo calmado, su expresión serena pareció emitir por un breve instante un destello, a caballo entre la tristeza y la dulzura.

—No sabes cuánto he echado de menos que me llames así —dijo.

Doramas sintió un escalofrío al ser consciente de cómo había anhelado que esa situación se produjese. La manera en la que él le miraba le hizo saber que no era el único que hacía esfuerzos por resistirse y los recuerdos siguieron aflorando a medida que perdían el pulso contra el deseo. El calor de sus manos, el tacto de su cuerpo, el sabor de sus labios. Se besaron, como si hubiesen reprimido el impulso hasta el límite y no les quedase otra alternativa que dejarlo salir.

Lo último que recordaba antes de llegar a trompicones a la cama era el sonido distorsionado de la televisión. Cayeron en algo semejante a un sueño profundo, donde las consecuencias carecían de sentido y la realidad no era más que un espejismo que eliminaba las barreras que habían terminado por separarlos.

Cuando despertó, nada parecía indicar que no se estaba enfrentando a una resaca de sexo vivido con un cualquiera. El alcohol le había dejado un malestar generalizado que incrementaba las pocas ganas que tenía de salir de entre las sábanas. Al hacer el esfuerzo y levantar la cabeza, comprobó que su ropa estaba esparcida por el suelo y que tenía impreso en la piel un aroma que no era el suyo.

No había rastro de él por ninguna parte. El reloj marcaba las siete, por lo que supuso que se habría marchado hacía un buen rato. Su camisa no estaba tirada sobre la suya. Su cartera no estaba en la cómoda, ni los restos de la cena seguían amontonados.

Se envolvió en el batín y se quedó en medio de la sala. El silencio en el bloque de apartamentos y la calle era sepulcral. Sus pensamientos reverberaron en una Madrid que dormía la fiesta, sin interferencias que los neutralizasen.

Estaba empezando a creer que había sido una alucinación cuando la vio: depositada en la encimera, tal y como la dejó el día antes, estaba la caja abierta del disco. Sintió un pinchazo en el pecho al tomar la nota que él había dejado adherida al compacto. Tan sólo tenía escrito un número de teléfono móvil y un nombre que dijo en voz alta.

—Jaime…

Se asomó a la ventana y apoyó la frente en el cristal. Se sintió solo, tanto como nunca había creído estar. Ese trozo de papel era la prueba tangible de su fracaso. Había echado por la borda un olvido construido con esfuerzo y terqueza, una terapia de autoconvencimiento cuyas bases empezaban a desmoronarse.

Supo que la libertad con la que había disfrazado el vacío nunca había existido. La mejor prueba de ello era que no podía quitarse de la cabeza la frase con la que todo había acabado. El final del círculo, el principio de ese en el que estaban de nuevo inmersos.

«Oviedo no está tan lejos».

Era una tarde corriente para los alumnos de primero de Publicidad y Relaciones Públicas. En concreto, la del 22 de octubre de 1997.

Miró el reloj y se metió las manos en los bolsillos mientras esperaba durante el cambio de clases. Llevaba puesto el único abrigo grueso que se había traído en la maleta, convencido de que tendría que comprarse alguno más si pretendía sobrevivir a las temperaturas. Precisamente, el choque térmico fue el primer impacto que se llevó nada más poner un pie fuera del avión al llegar a la ciudad.

La tensión por aprobar la selectividad, conseguir ser aceptado en la universidad y echarse a los hombros el peso de la conciencia por la carga económica que suponía irse a estudiar fuera se esfumó en cuanto se supo en la gran urbe. Todo le parecía enorme, distinto, atrayente, aterrador. Hasta ese centro educativo abarrotado había escapado en un principio a su concepción del universo.

Pero el hombre tenía una prodigiosa capacidad para adaptarse al entorno. Aunque aún se sentía descolocado, empezaba a coger el hábito de asistir a lecciones magistrales en aulas de ciento veinte alumnos, compartir habitación en la residencia y salir a pasear con unas nulas posibilidades de toparse con alguien conocido.

Sacó el anuncio que había visto el día antes pegado en el panel de metacrilato de la parada del bus. Aunque adentrarse en los entresijos del mundo publicitario prometía ser interesante, no estaba en la facultad por eso. Supuso que cambiarse de carrera una vez dentro sería más sencillo, así que era una oportunidad que no podía desaprovechar.

Pasaban un par de minutos de las cinco. Apoyó la espalda en la columna donde habían quedado y se entretuvo observando a los estudiantes que entraban y salían del edificio. De pronto notó que alguien le tocaba en el hombro. Giró el cuello y se topó con otro chico. A primera vista no tenía nada que le hiciera particularmente especial: estatura media, apenas un poco más bajo que él, constitución delgada, rostro anguloso, ojos oscuros y una melena que caía suelta sobre los hombros.

—¿Eres tú el que quiere hacer el cambio? —preguntó este.

—Sí. Estuve leyendo anuncios por todas partes, pero el tuyo era el único que me servía.

—¿Te refieres a esa fotocopia cutre? —preguntó, rompiendo el hielo—. Pues menos mal que la viste, debí haber hecho unas cuantas más.

Sacó el papel, extendiéndolo para quitarle las arrugas y de paso confirmar que lo que ambos pretendían era viable.

—Estoy en primero de Publicidad y me quiero pasar a Periodismo.

—Y yo en Periodismo y me quiero cambiar a Publicidad.

—Entonces no nos pondrán pegas. En este turno, ¿verdad?

—Sí, de tarde.

El chico pareció aliviado. Ya que en principio la cosa no había salido mal, se dispuso a conocer a su equivalente académico.

—Me llamo Jaime. ¿Y tú?

—Doramas —dijo, estrechándole la mano.

Él abrió los ojos sorprendido, frunciéndose ligeramente el entrecejo.

—Qué nombre tan raro. ¿De dónde eres?

—De Canarias.

—Perdona, es que nunca lo había escuchado antes.

Doramas le restó importancia buscando un bolígrafo con el que rellenar las solicitudes que había cogido en Administración.

—Tranquilo, ya estoy acostumbrado. Desde que estoy aquí es como si con decir de dónde vengo, ya cayera simpático.

Jaime sonrió y esperó turno para plasmar sus datos personales.

—Yo soy de Asturias, ya ves. Los dos venimos de lejos.

Terminaron de cumplimentar las solicitudes y las entregaron tras haberlas firmado. Fruto del agradecimiento, o tal vez de esa simpatía espontánea a la que había aludido, Jaime se despidió sin cerrar las puertas a un nuevo encuentro menos fortuito.

—Pues nada, gracias. Ya nos veremos por aquí.

Sin más tiempo que perder y una clase que ya habría empezado o estaría a punto de hacerlo, el joven se marchó por donde había venido. Doramas le observó subir la escalinata interior que conectaba las plantas del edificio, fijándose en el logotipo que adornaba la espalda de su chaqueta vaquera.

Él también tenía asuntos que atender. Se decantó por otra de las escaleras y desapareció entre el alumnado, dispuesto a sacar el mayor provecho posible a las troncales que ambas carreras tenían en común.

La universidad no resultó ser como esperaba. Trató de mantenerse despierto en la soporífera exposición del profesor de Comunicación Política, esforzándose por buscarle el glamur a eso de haberse convertido en un simple número en una lista. Releyó los pocos apuntes que había tomado, sopesando si en verdad era provechoso asistir a clase en lugar de preparar la materia por su cuenta.

Al fin la hora acabó y el docente se despidió hasta la siguiente semana. Tomó el portafolio y salió, zumbado por el griterío y el calor de la gente congregada. Iba a dirigirse al aula en donde se darían las restantes clases cuando escuchó que le llamaban.

—¡Doramas!

Al darse media vuelta reconoció a quien agitaba el brazo para llamar su atención. Se acercó hasta él, sujetándose la mochila mientras le miraba.

—Vaya, no lo olvidaste.

—Digamos que no hay demasiada gente que se llame así, es fácil de recordar.

Jaime volvió a elevar el brazo para hacer una seña dirigida al final del pasillo.

—¿Ya te han modificado el expediente? —se interesó.

—Creo que tardan un par de semanas, pero empecé a ir a las optativas que me corresponden.

—Y yo. Ahora me toca Movimientos Sociales.

—¿Ah, sí? A mí también, qué casualidad.

Justo cuando iba a preguntarle si ya había pensado qué tema escoger para el trabajo que tenían que entregar en enero, dos estudiantes más se unieron a ellos, formando un improvisado círculo.

—¿Dónde estabas? Será mejor que te quites la costumbre de salir antes de que acabe la clase. Los profes te van a coger manía —le aconsejó la chica.

—El de ahora se te quedó mirando cuando cerraste la puerta —agregó el otro.

Ella se quedó traspuesta contemplando al nuevo. Sin cortarse un pelo interrogó a Jaime, cuchicheándole en la oreja:

—¿Y este quién es?

—El del anuncio, con el que hice el cambio.

—¿Tú eres el del nombre raro? —preguntó, sorprendida.

Doramas, divertido por comprobar la popularidad que se había ganado sin pretenderlo, asintió.

—Sí. El mismo.

—Soy Luis, encantado —proclamó él, iniciando las presentaciones.

—Y yo Livia —añadió ella, dándole dos besos.

—¿Están todos en Publicidad?

Los tres asintieron.

—Y en la misma optativa que tú —dijo Jaime.

En vistas a que los bancos para el alumnado eran lo suficientemente largos, no tardaron en hacerle una oferta:

—¿Te quieres sentar con nosotros? Si llegamos pronto, cogeremos

la fila de atrás.

Luis soltó una carcajada por la ocurrencia.

—¿A que es contradictorio? La gente se mata por llegar los primeros para sentarse los últimos.

—Seguro que eres de los que van de aplicados y se sientan delante —afirmó Livia.

Jaime se colocó la melena para que el flequillo no le tapara la cara.

—¿Qué más da dónde nos sentemos? La clase va a ser igual de aburrida.

Doramas se integró entre ellos; tenía la sensación de encontrarse en un grupo demasiado sólido como para haberse formado hacía apenas unas semanas.

—¿Se conocían de antes?

—Luis y yo sí, nuestros hermanos trabajan en la misma empresa. Ya que los dos queríamos ser publicistas, nos matriculamos juntos.

—Siempre es mejor ir acompañado —corroboró él—. Y luego la pesada ésta se nos acopló.

—Déjame en paz —se quejó Livia dándole un manotazo—. No les hagas caso, siempre están de coña.

Ocuparon la fila de la derecha al fondo del aula y reservaron los sitios con macutos y manuales. Livia siguió sonsacando datos, aprovechando los minutos muertos antes de que la clase se llenara y el profesor se dignase a aparecer.

—¿Y cómo es que viniste de tan lejos?

—En la universidad de allá no hay Periodismo. Y total, como tenía que salir de la isla, lo hice a lo grande.

—¡Y tan a lo grande! ¿Te gusta Madrid? —preguntó Luis.

—Aún no conozco mucho —confesó.

Jaime vio de refilón que los demás alumnos se agolpaban en la puerta para ocupar sus puestos, por lo que dedujo que el docente estaba a punto de llegar.

—Eso tiene solución. Este fin de semana te sacamos de paseo.

—¡Ni que fuera un perro! —le defendió ella—. Además, yo no puedo, le dije a mi madre que volvería a Talavera.

—Nadie te ha invitado —le chinchó Luis.

Y mientras ellos seguían riñendo por cualquier nimiedad, Doramas sacó un bolígrafo con el que continuar la transcripción de los datos más relevantes que el profesor iba dictando. Llevaban unos diez minutos de clase cuando Jaime empezó a escribirle un mensaje con un portaminas en una esquina del papel.

«Luego voy a ir por el centro a mirar discos. ¿Te vienes?».

«Vale».

Jaime disimuló, excluyendo del plan a los que tenía justamente a su izquierda.

«Pero no se lo digas. Llevo todo el día con ellos y me apetece desconectar».

Doramas escribió un *«O.K.»* y acordaron citarse a las siete y cuarto.

Dos horas después, tras haberse separado del cuarteto del que había pasado a formar parte, deshizo el camino para recalar en la entrada de la facultad. Jaime le estaba esperando. Aunque no recordaba haber guardado en la memoria esa información, reparó en que su apariencia era bastante semejante a la que mostró cuando le conoció: los vaqueros desgastados por las rodillas, la cazadora con el parche a la espalda, las botas, la argolla celta de plata que vestía el lóbulo de la oreja… De no haber sido por estar completamente seguro de las circunstancias, hubiese jurado que se trataba de un *dejavú*.

—¿Nos vamos? —preguntó Jaime nada más verle.

Doramas hizo un gesto afirmativo, buscando el abono de transporte mientras iniciaban el trayecto.

—No, mejor vamos caminando —propuso Jaime—. Es casi en línea recta, te gustará.

—¿Te guías bien? Yo como me desvíe de lo habitual, enseguida me pierdo.

—Se podría decir que sí. He pasado algunos veranos aquí con mi hermano y ahora vivo en su apartamento.

—Eso es una suerte. Tener a un familiar contigo, quiero decir.

—Supongo. —Jaime rebuscó en los bolsillos interiores de la cazadora hasta dar con un paquete de tabaco—. Cuando él está en la oficina, yo estoy en casa, y al revés. Apenas nos vemos.

Le tendió la cajetilla, ofreciéndole un cigarro.

—No fumo, gracias —replicó el canario.

Jaime lo encendió tras forzar la rueda del mechero, soltando una bocanada de humo.

—Y tú, ¿dónde te estás quedando?

—En una residencia. Me ocurre parecido con mi compañero de habitación, tenemos turnos distintos. Pero se está bastante bien, sólo tengo que ocuparme de estudiar, me hacen lo demás.

—Menudo chollo —se jactó Jaime—. A mí en teoría me toca preparar hoy la cena, pero creo que en el *burger* de la esquina lo harán mejor que yo.

Continuaron el camino charlando. De vez en cuando, Doramas aprovechaba los parones en los semáforos para inhalar aire

profundamente. Madrid olía a frío, a coníferas y polución. Rescató un pañuelo del bolsillo, usándolo como pudo antes de desecharlo.

—¿Estás resfriado?

—No, es que me sangra la nariz. El ambiente es muy seco, aún no estoy acostumbrado.

Jaime sonrió.

—Claro, echas de menos la humedad. —Suspiró—. Yo también extraño el mar.

Entraron en una recóndita tienda de vinilos de segunda mano. Por todas partes se apilaban cajas de cartón con reliquias clasificadas por géneros y estilos, y Jaime no se demoró en iniciar la búsqueda. Doramas curioseó el local, incrédulo ante semejante cantidad de música en formato anticuado.

—¿No venden CDs?

—Supongo que sí, pero prefiero esto. Los discos de hoy en día han perdido el punto de romanticismo de los de antes. ¿No tienes tú vinilos?

Él se encogió de hombros. Ante la mirada inquisitiva de Jaime, hizo un poco de memoria.

—Alguno habrá por mi casa. Simon y Garfunkel; cosas así.

Jaime se decantó por un *single*, y contó las monedas encima del mostrador.

—¿Eres hijo único?

—Sí. ¿Por?

Mientras salían a la calle, Jaime contempló su compra con orgullo.

—Entonces, no te culpo —indicó—. Rafa es coleccionista de vinilos, crecí rodeado de ellos, así que estaba condenado de antemano a que me entusiasmaran, o a odiarlos. No has tenido hermanos mayores que te influyesen, eres un ser auténtico.

Doramas meditó su observación. Subieron a Gran Vía para dirigirse a otro establecimiento, circunstancia que aprovechó para expresar lo que opinaba:

—¿Por qué dices eso? ¿Crees que el hecho de tener hermanos marca a las personas?

—Por supuesto. Y no sólo eso, también el orden que ocupes en la familia. No es lo mismo ser el hermano mayor que el pequeño, o el mediano. Hay estudios sociológicos que lo demuestran.

—Vaya, pues sí que te interesa el tema…

Él, tras leer el cartel donde anunciaban los próximos conciertos que acontecerían en la capital, asintió.

—Por eso quiero dedicarme a la publicidad. Para mí es algo así como la expresión artística de la psicología: detrás de treinta

segundos de metraje se esconde un estudio demasiado profundo de cada uno de nosotros.

—Estás chiflado —rio.

Jaime correspondió con una sonrisa, resignado.

—Supongo que voy por el buen camino, tenemos fama de eso en el gremio.

—Por cierto, tu acento no es demasiado cerrado para ser de Asturias.

Aquella noche, tumbado en la cama de la residencia mirando al techo en la penumbra, Doramas rememoró ese instante decenas de veces; la expresión de su estrenado amigo había cambiado en unas décimas de segundo y sus ojos perdieron parte de su brillo, refugiándose en una oscuridad que hacía casi imposible seguir adentrándose en el laberinto que ocultaban.

La voz de Jaime acudió a su mente, permitiéndole extraer la parte intrínseca de las palabras que desvelaba las influencias en que se descomponía su entonación neutra e incatalogable.

«En verdad no nací allí. Vivíamos en Barcelona, aunque nos mudamos a Oviedo. Pero… ahora no me apetece hablar de eso».

Los días transcurrían veloces entre apuntes que pasar a limpio, temarios que consultar y trabajos con un plazo de entrega inamovible. El calendario no daba tregua, y les exigía reunirse incluso un sábado como aquél en casa de Luis para ultimar la exposición. Las horas docentes que compartían a la semana se complementaban con quedadas en los tiempos muertos y alguna que otra fuga, en la que acudían a las zonas más tranquilas del campus.

Estaban los cuatro sentados alrededor de la mesa de la cocina, con un montón de papeles y una botella de cola a medio vaciar. Jaime sujetaba el esquema con los puntos clave que le tocaba recitar en voz alta, mientras los demás escenificaban las consecuencias de la Revolución Industrial. Ya que mediante el *brainstorming* se había decidido que era mejor ser originales y no caer en la socorrida presentación con transparencias, se las habían apañado para recrear un vestuario decente, confeccionando incluso con cartón y témperas siluetas de fábricas.

Livia reía mientras tiznaba el rostro de Doramas, como si acusase los efectos del hollín que despedían las chimeneas. Le había colocado una boina, y el anfitrión aprovechaba para abrirse un poco más los agujeros de sus guantes.

—Parece que nos hubieran sacado del reparto de *Los miserables* —afirmó este último.

—Pues yo creo que estamos bastante conseguidos —corroboró Doramas.

Jaime se quejó del ruido, incapaz de concentrarse.

—¿Os queréis callar? No consigo aprenderme este párrafo.

Livia tuvo una idea y cogió a Doramas del brazo.

—¿Tienes gomina en el baño? —preguntó.

Luis se quedó como hipnotizado por los enormes ojos verdes que le observaban. Balbuceó una respuesta afirmativa, y se quedó a solas con Jaime mientras ellos iban a ponerle remedio a los remolinos de Doramas. Suspiró, dejándose caer en la silla y apoyando la cabeza en el respaldo.

—Tío, no sé qué hacer.

—¿Con respecto a qué? —murmuró Jaime, repitiendo mentalmente el texto.

—Quiero pedirle a Livia que salga conmigo.

Él no pareció sorprenderse, y mostró más bien cierta indiferencia ante sus dudas:

—¿Vas a declararte? Mira que si luego te rechaza vas a montar un melodrama, y nos quedan cinco años de carrera por delante en la misma clase.

—Ya, ¿pero y si me dice que sí? Nunca lo sabré si no lo intento.

—En eso tienes razón.

No añadieron nada más, como si hubieran firmado un pacto de silencio. Cuando Livia y Doramas regresaron, ensayaron hasta hartarse, grabándolo con la cámara de vídeo del padre de Luis. La noche había caído cuando terminaron de visionar la cinta, y por unanimidad decretaron que se merecían un descanso.

—¿Qué tal si nos vamos de juerga? —propuso ella.

—¡Genial! Y luego si queréis nos podemos quedar aquí, no habrá nadie hasta mañana por la tarde —se apresuró a añadir Luis.

Jaime y Doramas se miraron. No parecían estar lo que se decía convencidos.

—Me va a resultar difícil. Tendría que haber pedido permiso en la residencia para dormir fuera.

—¡Venga, por favor! —rogó Livia—. Llama por teléfono y dilo, seguro que será divertido. ¿Has salido de marcha antes por la ciudad?

Doramas negó. A Jaime, por su parte, le daba igual:

—Si vais todos tendré que apuntarme, por no hacer el feo.

Una vez solucionado el trámite, se prepararon. Apenas cuarenta minutos después se encontraban desembocando en la saturadísima rambla de Alonso Martínez.

Doramas, alucinado ante tal congregación de gente, no se separaba de ellos. Por dondequiera que mirase había grupos de jóvenes hablando y riendo. Los bares estaban colapsados por más personas que entraban y salían llevando vasos de plástico transparente. El bullicio, lejos de resultarle ensordecedor, le fascinaba. Livia se metió como pudo en un local, reuniéndose con ellos al cabo de un rato tras haberse hecho con dos minis.

—¿Es que en Canarias no tenéis calimocho?

—Digamos que no soy muy de salir —se excusó.

Luis estrenó uno de los vasos, afirmando con rotundidad una promesa:

—Vamos a obrar el cambio. Te convertiremos en una criatura nocturna.

Jaime cogió el otro mini, proponiendo un brindis:

—Por Doramas, para que se pervierta.

Rieron, y al aludido no le quedó más remedio que hacer lo mismo. Quería divertirse sin nada que lamentar, aunque le supusiera un

esfuerzo. A medida que la noche avanzaba se dijo que tampoco había razón para seguir ocultándose, pese a que todavía no se sintiera preparado para dar el paso.

Después de haber realizado la exposición del trabajo, fue como si un huracán hubiese barrido del mapa a la mitad de los componentes del grupo. Doramas esperaba como cada viernes en la columna de la entrada a la facultad, pensando en que a medida que las vacaciones de Navidad se acercaban, el frío iba intensificándose. Jaime apareció de improviso. Su expresión, más seria de lo habitual, le instó a atacar en cuanto tuvo oportunidad.

—¿Te pasa algo? Te llega la cara al suelo.

—Nada. Es que detesto que me usen de carabina.

—¿Carabina de quién? —preguntó, iniciando el paseo que poco a poco habían convertido en costumbre.

—¿No te has dado cuenta? —Jaime le miró; Doramas era tan transparente que sabía que no estaba tomándole el pelo—. Esos dos están liados. Luis me dijo la noche de su casa que estaba detrás de ella, pero pensé que no se atrevería a lanzarse.

—No hacen mala pareja —observó.

—No me malinterpretes, me alegro por ellos, pero…

Jaime dejó la frase en el aire. A Luis le conocía desde hacía unos tres años; a Livia, desde principio de curso. Los consideraba buenos amigos, pero su temperamento le impedía mostrar entusiasmo ante cualquier relación, especialmente si implicaba a personas de su entorno.

Intuyendo que algo se cocía en su mente, Doramas volvió a insistir:

—¿No te gusta que estén juntos?

—Cada uno es libre de hacer lo que le plazca.

—¿Entonces?

Vio a una pareja pasar cogida de la mano en dirección contraria y los observó. Por dondequiera que fuesen, seguirían topándose con más y más parejas acarameladas.

—¿Qué es el amor para ti? —preguntó Jaime.

—Confiar ciegamente en alguien, supongo. Tanto como para entregar a otra persona lo que eres, sin esperar que te den lo mismo a cambio.

—¿Crees en el concepto del amor altruista? No me lo trago, nadie quiere dar sin recibir. —Se puso un cigarrillo en los labios y lo encendió con rapidez—. Elegimos dar amor a los demás porque sabemos que es lo correcto. Lo socialmente bien visto es que te

paguen con la misma moneda. El conflicto surge cuando esa otra persona no quiere ceñirse a lo establecido.

A medida que iba conociendo sus alegaciones, Doramas se cuestionó qué hechos habrían ocasionado que Jaime pensara de aquella manera. Si cada hombre y mujer era producto de sus experiencias pasadas, ¿cuál era la causa de su presente? En cada idea, reacción y silencio había una parte de una historia, e irla descubriendo por capítulos, como si de una novela por entregas se tratase, era un ejercicio al que se prestaba voluntario.

—Sé que hay gente así, pero prefiero pensar que también la hay del tipo del que hablo. En algún lugar está ese alguien al que nos podemos entregar sin temer salir perdiendo.

—¿Y cómo estás tan seguro?

Se estaban acercando a Gran Vía, por lo que caminar se había hecho complicado, llegando incluso a resultar agobiante.

—Con la de millones que somos en el planeta, sería muy triste que ni siquiera una persona estuviese destinada a complementarnos. Es como ponerte a mirar a las estrellas y que te digan que, pese a la cantidad incalculable de galaxias que hay, estamos solos en el universo.

Jaime se tomó tiempo para responder. Cuando algo le gustaba lo paladeaba, sin querer estropear su sentido con un añadido mal hecho.

—Dos estrellas en medio de la oscuridad, rodeadas de cientos de otras casi iguales… —musitó, ensimismado—. Resignadas a estar solas, esperando toparse con la otra en la inmensidad de lo desconocido.

Doramas contuvo la risa, disculpándose cuando él le miró con gesto grave.

—No quería ofenderte. Es que te ha quedado bastante… ¿Profundo?

Jaime tiró el cigarro al suelo, pisando la colilla con la suela del zapato. A pocos metros estaba la fachada del primer local de música con el que se abría oficialmente la ruta.

—A veces me sale la vena de poeta frustrado. Rafa dice que estoy loco.

Entraron a la tienda, atrofiándose los sentidos con tantos estímulos.

—Seguro que por eso no me hace demasiado caso —concluyó—. Es nuestro secreto para llevarnos bien.

Lo mejor de ser joven era lo fácil que el cuerpo soportaba tantas horas de actividad. El ritmo maratoniano de levantarse pronto, estudiar, ir a clase, dar una vuelta y encadenarlo con los botellones se hacía soportable. Bastaba con compensar las horas de insomnio con jarabe de cama y otra vez como nuevo.

Doramas acababa de descubrir esa faceta de sí mismo. Estaba sentado en un bordillo junto a los demás; cogió el mini para dar un trago y observó con curiosidad a unas chicas escandalosas que parecían haber bebido más de la cuenta.

—Mirad el pedo que llevan ésas —señaló Luis.

—Hay gente que no sabe controlar —afirmó Livia.

Ella, con la cabeza apoyada en su hombro, tuvo una ocurrencia al percatarse de la manera en que Doramas las miraba.

—¿Te interesa alguna? Si quieres me las apaño para presentaros.

—No, no hace falta —se apresuró a decir.

—¿Seguro? —insistió con una sonrisa traviesa—. A Jaime ni se lo propongo, siempre pasa de todo, pero a ti no te vendría mal un ligue. Porque no tienes novia, ¿verdad?

Doramas sintió que el rubor acudía a teñir sus mejillas cuando se quedaron a la espera de una respuesta. Luis, por puro morbo; Livia, por mero afán de emparejarle. En cuanto a Jaime, no dijo nada, ni siquiera cuando él hizo acopio de valor y se los reveló, limitándose a seguir bebiendo del mini como si ese momento no hubiese existido:

—Pues la verdad es que no tengo novia. No es que me atraigan mucho las mujeres, la verdad...

Livia, con los labios entreabiertos, se arrimó a él.

—¿Eres gay?

Luis también se mostró sorprendido, yendo un poco más allá:

—¿Y te has dado cuenta estando aquí?

—No, pero ustedes son los únicos que lo saben. Ustedes y mi madre, claro.

De pronto ella pasó de la estupefacción al entusiasmo, estrujándole como si fuera de goma.

—¡Qué mono, te has puesto rojo!

Livia se incorporó, tratando de llevar a buen puerto su nuevo plan.

—¡Entonces estamos en el lugar equivocado! Vamos —dijo, cogiéndole de la mano y tirando con fuerza.

—¿Ir a dónde?

—¡A bailar! Ya verás lo bien que lo pasamos —afirmó, guiñándole un ojo a Luis.

Éste vio por dónde iban los tiros. Resopló buscando contacto visual con Jaime, el cual parecía seguir sumido en su mundo.

—Venga, por favor —rogó ella—. Tengo ganas de moverme, allí ponen buena música.

—Está bien… —rezongó Luis.

Jaime reaccionó de mala gana. A fin de no quedarse solo tirado en medio del tumulto, no tuvo otra opción que seguirlos. Doramas, flanqueado a cada lado por un miembro de la pareja, seguía sin comprender el sentido de la maniobra. Empezó a albergar sospechas a medida que se adentraban en las callejas que bordeaban la plaza de Chueca.

Nunca olvidaría su primer contacto con aquel lugar. Los edificios, la distribución de las manzanas y las aceras estrechas no parecían tener nada de interesante en comparación a las de cualquier zona del centro. Lo que lo hacía especial, era la gente. En las entradas de los bares y discotecas se arremolinaban más grupos de personas, pero su corazón empezó a latir fuerte a medida que iba comprobando la disparidad de los que por allí paseaban, o se dirigían con los amigos de un local a otro. Chicas con chicos. Chicas con chicas. Chicos con chicos.

Y nadie se inmutaba, como si fuera lo más normal del mundo.

—¿No te gusta? —preguntó Livia sin soltarle—. A mí el ambiente que se respira aquí me parece genial.

—Sí, sobre todo *el ambiente*… —se mofó Luis.

—No seas imbécil —le reprendió ella—. Venga, entremos a algún lado. Doramas, elige uno.

—¿Yo? —titubeó.

—¡Hazlo sin pensar! Tienes que ser más espontáneo.

Hasta Jaime, con las manos en los bolsillos y cara de mal humor, asintió.

Él trató de dejarse llevar, mirando por los alrededores hasta señalar al azar un cartel.

—Ése de ahí.

Luis empezó a troncharse de la risa por el nombre del bar escogido. Al introducirse en los interiores, la atmósfera fría y limpia de la calle fue sustituida por otra caldeada gracias al humo del tabaco y el calor corporal de los que se agitaban al ritmo de la música.

Se hicieron hueco en un rincón y dejaron los abrigos superpuestos sobre el reposabrazos de un sofá. Tras una primera toma de contacto, Livia no dudó a la hora de meterse en la improvisada pista de baile.

—Me encanta esta canción —gritó para hacerse entender.

Se abrieron paso entre la gente, consiguiendo formar un pequeño corro en el que danzaron a placer. Jaime, con la excusa de vigilar las

pertenencias conjuntas, permaneció allí, observando. Doramas cerró los ojos. De nuevo la idea de poder hacer lo que quisiera, como quisiera y cuando quisiera le invadió. Sin vecinos que fisgonearan, sin nadie conocido que se cruzara con él en el instante menos oportuno, coaccionando su sueño de ser, simplemente, un chaval más.

A esa ecuación se le sumó una incógnita. Luis y Livia intercambiaron una mirada cómplice cuando un chico de piel morena y collar de pinchos se coló con habilidad en el grupito, sin ocultar hacia dónde estaba focalizado su interés.

«Lo que quiera, como quiera, cuando quiera… y con quien quiera».

—Hola, soy Armando. ¿Bailas? —le dijo, acercando los labios a su oído para que le oyese.

Doramas sonrió, aceptando. El estribillo del tema de moda llegó y mientras los que los rodeaban canturreaban la letra, ellos se miraban. En su afán por pasárselo bien despojándose de los tabúes, permitió que el espontáneo fuera acercándose cada vez más, terminando por contorsionarse al son de sus caderas.

Estaban tan centrados en quemar la noche que ninguno de los tres se percató de cómo la pieza que había quedado fuera de la partida decidió ponerle fin a la velada. Jaime no soportó seguir presenciando el espectáculo; tomó su cazadora y, tras comprobar que no le habían robado la cartera, salió de allí, poniendo rumbo a Cibeles para coger el búho.

Lo primero que hizo al llegar a la facultad fue buscarle. Miró en las aulas de Publicidad, en la cafetería, en reprografía, hasta buscó en los jardines colindantes y rincones donde los fumadores burlaban la normativa del centro, pero fue en vano.

Ya estaban a miércoles y no había rastro de Jaime por ninguna parte. Ni siquiera Luis había contactado con él después de la última salida.

El profesor continuaba explicando, pero sus palabras se convirtieron en un murmullo inconexo y monótono. Suspiró, admirando lo poco del paisaje que se veía desde el grueso ventanal de aluminio. De buenas a primeras creyó verle, subiendo los escalones que llevaban a la calle principal del campus.

Se levantó de la silla, metió los apuntes a toda prisa en la mochila y salió por la puerta de atrás sin importarle lo que pudiesen pensar de la huída. Llegó al piso inferior del edificio jadeando, obligando a sus pulmones a trabajar a destajo un poco más mientras corría en dirección a la boca de metro. Justo cuando pensaba que iba a

quedarse sin aliento, le distinguió.

—¡Espera!

Jaime se giró, deteniéndose cuando ya había comenzado el descenso hacia el túnel. Doramas, tras apoyarse en la barandilla, le miró con la cara encendida por el esfuerzo.

—¿Dónde estuviste? No te vi por clase estos días.

—No quería molestar. A lo mejor prefieres la compañía de *otros*… —increpó molesto.

—Si lo dices por Livia y Luis, también están preocupados por ti.

—Pues quién lo diría —afirmó, sacando el abono y reanudando la marcha.

Cuando iba a picar en la máquina de acceso, él le retuvo de un tirón en la manga de la chaqueta.

—¿Se puede saber qué te pasa?

Jaime se soltó. Tras sostenerle la mirada unos segundos decidió dejar de hacerse el bravo, accediendo a dialogar aunque sin detenerse, en aras de no molestar a los demás viajeros. Se colocaron a la derecha en las escaleras mecánicas que llevaban al andén, permitiendo el paso de los que parecían tener un poco más de prisa.

—¿Es por mí? —preguntó Doramas con tristeza.

Jaime negó con su habitual expresión ausente.

—No. Pero hay algo que quisiera saber.

—¿El qué?

—¿Te lo tiraste?

Doramas, atónito, le pidió que se lo repitiera.

—Que si te lo tiraste, al de la discoteca.

—¿Qué te crees que soy? —replicó ofendido.

Guardaron un incómodo silencio durante la espera del siguiente tren, incluso cuando pujaron por un poco de espacio una vez dentro y se agarraron a la barra que había a un lado de la compuerta. Como si se sintiera culpable por lo que en realidad no había hecho, Doramas habló más bien para sí mismo:

—Estuvimos bailando y después me preguntó si quería subir a su casa, pero le dije que no.

Aunque se sintió aliviado, Jaime no lo exteriorizó, postergando su estoicismo.

—Ten cuidado con lo que hay por ahí fuera. Si te vas con el primero que encuentres, te puedes llevar sorpresas desagradables.

—Vaya, sí que tienes experiencia.

—Mi hermano se traía a sus rollos al piso antes de empezar con Montse —dijo, quitándose la etiqueta de ligón—. Raro es el que acaba bien, sólo sirven para causarte problemas. Además…

Doramas se le quedó mirando, suponiendo que continuaría la frase donde la había dejado. Poco a poco iría aprendiendo que esa manía resultaba un rasgo auténtico de su carácter. Era como si Jaime necesitase un estímulo, un empujón que le hiciera saber que lo que quería decir iba a ser escuchado por alguien.

—Además…

—Pues que soy yo el que debería haber preguntado que qué piensas que soy —manifestó Jaime—. ¿Creías que te estaba rechazando por lo que nos contaste?

—No serías el primero que lo hace.

Él se quedó mirando cómo la estación que estaban a punto de abandonar se volvía borrosa gracias a la velocidad del tren. En lugar de querer indagar en lo último que Doramas había dicho e interesarse por sus experiencias pasadas, terminó de enterrar el hacha cambiando de tema:

—¿Adónde vas a ir?

—A recoger el pasaje a la agencia de viajes. Me voy a casa el domingo.

—¿Puedo acompañarte?

Doramas sonrió. Sin duda, era el tipo más raro con el que se había topado en su vida.

—*Chacho,* qué plasta eres preguntándolo todo. Claro que puedes venir conmigo.

Una vez en Cuatro Caminos, Jaime se dijo que Doramas era un buen maestro. De él podría aprender a mirar la vida con otra óptica e ir retirando las capas oscuras que le impedían ver más allá de lo que tenía delante. Lo que aún no sabía era que su papel como alumno iría más allá, tanto que, si se hubiese percatado de ello esa tarde en el metro, le habría dado un ataque de vértigo.

Rafa hacía *zapping* con el mando a distancia echado en el sillón. El informativo nocturno acababa de empezar cuando oyó el repicar de las llaves en la puerta.

—Papá llamó antes —dijo sin comprobar la identidad del recién llegado.

Jaime dejó la chaqueta en el perchero, dando la impresión de no estar lo que se decía entusiasmado por la noticia.

—¿Para qué?

—Se va a Andorra hasta enero. Me pidió que te preguntara si querías ir con él.

Él frunció ligeramente el ceño.

—¿No va a estar en casa?

—No, y yo tampoco. Montse me ha convencido para irnos a Tarragona y pasar las fiestas allá. —Se giró, mirando a su hermano pequeño—. Así que no tienes muchas opciones, conmigo no puedes venir. O vas con él, o te quedas aquí solo.

Jaime hizo ademán de ir directamente a su habitación, gesto que consiguió cabrearle.

—Al menos llámale y dale una respuesta, ¿no?

Rafa escuchó su petición antes de que Jaime se encerrara en su cuarto. Eran palabras que encerraban amargura, demasiada como para que pudiera detectarla.

—Díselo tú. Me quedo en Madrid.

Luis sentía que nunca podría agradecer aquella oportunidad de oro que su colega le había brindado. En tiempo récord, Jaime había organizado una especie de fiesta de despedida con la excusa de que el piso estaría vacío casi dos semanas y podían campar en él a sus anchas.

Además de por el hecho de ser el primer sábado en mucho tiempo en que no salían de marcha, ese fin de semana era especial; era el último antes de la Nochebuena y tanto Livia como Doramas se marcharían en breve a sus lugares de origen, una a algo más de media hora en autopista desde Madrid, el otro a más de mil quinientos kilómetros de distancia del mismo punto.

Fue precisamente ella la que acudió a abrir la puerta cuando tocaron el timbre. Doramas entró con una sonrisa, comprobando que ya estaban preparados. Habían sacado la mesa de la cocina, llenándola de aperitivos y un par de botellas «prestadas» de la cesta de Navidad que el dueño del apartamento no se había llevado consigo.

Jaime le invitó a ponerse cómodo.

—Estamos fuera de peligro —aseguró.

Doramas iba a dejar sus cosas donde no estorbasen cuando se quedó con la boca abierta. Ante él, y ocupando la totalidad de un robusto mueble, se hallaba la colección de vinilos de los hermanos Alguea.

—¿Todo esto es de ustedes? —preguntó incrédulo.

Jaime, orgulloso, asintió.

—En el último inventario contamos cerca de tres mil. En las ferias de coleccionismo se consiguen muchas gangas, aunque cada vez es más complicado.

—¿Y hay algo entre tanta chatarra que valga la pena? —se mofó Luis para picarle.

Jaime les pidió que se sentaran mientras elegía acompañamiento musical. Al poco estuvieron los cuatro charlando con sendos botellines de cerveza, comentando cómo iban a afrontar la preparación de sus primeros exámenes universitarios, la entrega de más trabajos y la avalancha de reuniones familiares que se avecinaba.

De vez en cuando cambiaban de posición, iban a por más provisiones a la nevera o, simplemente, aprovechaban para dar otro repaso a la colección de música, como era el caso de Doramas. Tan absorto estaba leyendo títulos en los laterales de las cajas que no se percató de la maniobra.

Jaime y Luis cuchicheaban, rogando el primero que no abusara de la confianza e hicieran gala de discreción. Los observó desaparecer tras la puerta de su cuarto y se incorporó para cambiar de registro y subir un poco el volumen.

—¿Quieres escuchar algo en especial?

—No sé… Hay tanto que no sabría por dónde empezar.

Él deslizó los dedos hábilmente por los estantes hasta encontrar el vinilo que le apetecía pinchar. Bajó con cuidado la aguja y los acordes de guitarra eléctrica llenaron el salón, procurando intimidad a quienes más la necesitaban.

Doramas, tras haber oído un poco de la canción, creyó atar un par de cabos.

—¿Es el grupo del parche de tu cazadora?

Él asintió.

—Sí. Son mis favoritos, nunca me canso de poner sus discos.

—¿Y Luis y Livia? Hace rato que no los veo.

Jaime empezó a rodar los muebles, resignado.

—Están *ocupados* en mi habitación.

Le ayudó a retirar la mesita con cuidado y se tendieron en el suelo de madera flotante, con los brazos apoyados debajo de la cabeza. Doramas dejó el cuerpo desprovisto de tensión mientras atendía a las letras rebuscadas que recitaba el cantante, experimentando una calma que hasta entonces no había conocido.

En apenas diez horas estaría haciendo cola en la puerta de embarque y, en otras dos y media, pisaría su tierra. Mientras soñaba despierto con el regreso a casa, reparó en que su suerte no iba a ser compartida.

—Oye, ¿entonces te vas a quedar aquí tú solo todo este tiempo?

Al girar el rostro vio que Jaime tenía la mirada anclada en el

infinito. Su sonrisa triste parecía el paño con el que se recogerían los fragmentos afilados de cristal en un afán de no cortarse.

—Da igual. Me gusta estar tranquilo —dijo él.

Nada más haber dicho eso, las imágenes se agolparon en su cabeza. Intentó rechazar una avalancha de recuerdos nefastos, los mismos que siempre tenía en esa época del año. Una visión que quería olvidar, al igual que una cara, un olor, un nombre. Pero, por mucho que se esforzase, no conseguía borrarlos. Y nunca lo haría.

—Odio la puta Navidad —sollozó, reprimiendo las lágrimas.

Doramas se quedó petrificado. Aunque la música seguía sonando, el mundo pareció dejar de girar. Jaime hizo ademán de marcharse al servicio, pero se lo impidió. En lugar de eso le retuvo allí, inmovilizándole. Él, lejos de resistirse, estrechó el contacto, enredándose sus cuerpos en el abrazo.

Jaime sintió que los gritos de aquel día eran sustituidos por el sonido de su respiración, sufriendo el olor difuso que persistía en su cerebro un proceso similar; su calor, la fragancia mareante que manaba de su cuello, el calor que le envolvía…

Doramas no supo cuánto permanecieron así. Durante las noches de sus vacaciones, mientras le daba mil vueltas al asunto echado en la cama, trató de dar con el instante concreto en el que sucedió. Sólo sabía que sus miradas se cruzaron, lo suficientemente cerca como para percatarse de detalles hasta ese entonces imperceptibles, enmarcados en sus pestañas encharcadas.

En algún punto incierto del camino, sus labios se encontraron. No hubo lugar en el beso para el raciocinio, ni para un sentido común que se esfumaba cada vez que sus bocas se entreabrían. Tampoco conservaba gran cosa de aquello, pero estaba seguro de haberse separado suavemente de Jaime cuando le pareció escuchar que sus amigos regresaban al salón. Tras mirarse, se toparon con la realidad a la vez que Luis intentaba desviar la atención sobre lo que correspondía tanto a él como a Livia.

—¿Os habéis aburrido? —preguntó, haciéndose el inocente.

Doramas sintió que el edificio entero se le caía encima. Sin dar explicaciones se levantó y recogió sus cosas.

—Tengo que irme.

—¿Tan pronto? —protestó la pareja.

—Me tengo que levantar temprano para ir al aeropuerto, lo siento —se disculpó con una sonrisilla nerviosa—. Que pasen buenas fiestas, nos vemos en enero.

No se despidió de Jaime. Ya lo había hecho de una manera tan efusiva que no podía dejar de reprocharse a sí mismo. Al día

siguiente, en mitad del vuelo, se dijo que si al menos había conseguido menguar un ápice la soledad que él estaba acusando, no había sido un error tan garrafal. Lo que no podía dejar de preguntarse era por qué lo había hecho y, sobre todo, por qué lo había hecho él.

La brisa del mar era deliciosa en las mañanas grises que contemplaba desde la ventana de su habitación, a corta distancia de la playa de Las Canteras; con sólo subir la persiana y asomarse, podía perderse en el horizonte del Atlántico y respirar su esencia salada. Ahora que sabía lo que era estar fuera, apreciaba cada pequeño detalle; desde la monotonía del barrio hasta el proceso repetitivo de la Navidad.

Las celebraciones se habían desarrollado sin novedades con respecto a otros años. Los adornos de siempre, la comida de siempre, los invitados de siempre. Pero aunque con la adolescencia llegó a manifestar rebeldía renegando de lo cotidiano, ahora era distinto. Estando en casa sentía nostalgia de Madrid y, a su vez, la nostalgia de casa que había acumulado allá le impedía olvidar la cuenta atrás. Los días se sucedían rápidos los unos a los otros y el siete de enero estaba más cerca de lo que creía.

Aquella era una mañana tranquila. Estaba sentado en el borde de su cama, disfrutando de la luz difusa que le llegaba desde lo alto, cuando llamaron a la puerta.

Se giró un poco y, tras constatar que le reclamaban, regresó a la posición inicial. Su madre se sentó a su lado, dejando el paño de cocina sobre el escritorio.

—¿No sales hoy? —preguntó—.Tu tía quería ir a mirar unas cosas.

—No me apetece. Mejor me quedo por aquí y empiezo a estudiar —respondió con una sonrisa.

A ella no pareció satisfacerle la respuesta. Se acomodó en el lecho e inició una de esas conversaciones a las que, por las circunstancias en las que ambos habían convivido, estaban más que habituados.

—¿Te pasa algo, mi hijo? Te noto apagado.

Doramas dejó que la mano de su madre reposara entre las suyas y jugó con los dedos gruesos y morenos mientras abría mente y corazón.

—Estaba pensando en César.

—¿César? ¿Por qué? —exclamó incrédula.

Él hizo ademán de tranquilizarla, asegurándole que los tiros no iban por donde parecían.

—Es que en Madrid hice un buen grupo de amigos. ¿Te acuerdas que hablé de ellos en la cena?

—Sí. ¿Cómo se llamaban? —dudó.

—Luis y Livia. Y Jaime. —Al pronunciar su nombre hizo una breve

pausa—. Con Jaime tengo una conexión especial, algo que no sé describir, pero las cosas no salieron como tendrían que haberlo hecho.

Amelia, comprensiva, arrimó el hombro al suyo, animándole a seguir.

—¿Te pasó lo mismo con él?

Doramas suspiró.

—Creo que no, aunque no estoy seguro. —Afirmó eso último disgustado, preguntándose por qué precisamente tenía que establecer una comparación con lo que menos deseaba rememorar—. No sé cómo lo hago, pero siempre acabo metiendo la pata.

—¿Y no hablaste con tu amigo desde que llegaste?

—No le he llamado ni creo que lo haga, pero tampoco quiero que vuelva a ocurrir. Supongo que esperaré a estar ahí, en persona.

Ella asintió para después incorporarse. Estaba decidida a no permitir que se pasara las horas encerrado, ahogándose en cavilaciones que de nada servirían.

—Aún queda mucho hasta que te vayas, así que venga, a prepararse, que nos vamos a mirar tiendas con Sonia.

Doramas volvió a sonreír. Quizás era lo mejor.

—Dame cinco minutos.

Al escoger de su armario lo que iba a ponerse comprobó que en un cajón seguían las camisetas que solía vestir en aquella época. Sostuvo una, gastada de tanto usarla y, por un momento sintió la necesidad de deshacerse de ellas.

Finalmente no lo hizo. Se abrochó el abrigo y cerró la puerta, dejándolas donde estaban. Era lo que tenían los objetos a los que uno asocia ciertas sensaciones; por mucho que se renegase de ellos, la historia que había detrás no podía perderse de vista sólo por dejarla en un cubo de basura. Era mejor tenerla presente y construir la actualidad en base a lo que en su día no se pudo evitar.

La biblioteca de la facultad estaba a rebosar de alumnos que, tras las vacaciones, se disponían a hincar codos y afrontar los temidos exámenes de febrero. Allí había de todo: desde veteranos prácticamente licenciados a falta de un par de asignaturas, hasta primerizos que no tenían ni idea de por dónde empezar.

Jaime estaba entre los últimos. Se había propuesto aprovechar el tiempo muerto para ir preparando resúmenes, pero lo había ido postergando hasta el infinito sin que le quedasen más excusas. Así que se había levantado antes de lo que acostumbraba, dándole las nueve en punto cuando entró en la sala y dio una vuelta de

reconocimiento, en busca de un sitio libre en el que acampar.

Se sorprendió al comprobar cuánta gente había tenido la misma idea. De pronto, su plan de estudiar allí por las mañanas e ir a clase por las tardes, pasando el día entero en la universidad, no le pareció tan estupendo.

Dio con uno de los cubículos libre. No era más que un trozo de escritorio con una silla y un pequeño fluorescente para alumbrar, pero parecía estar en la zona más tranquila, al fondo de la biblioteca. Vació el macuto de papeles y carpetas, mordiendo el cuerpo de un lápiz mientras ponía su cabeza a funcionar.

Transcurrieron así varias horas, durante las cuales ignoró en todo momento que, desde un banco no demasiado lejano, le estaban observando. Cuando el reloj marcó el mediodía, alguien se sentó en el cubículo de enfrente.

—Supuse que te acabaría encontrando aquí.

Jaime le respondió sin dejar de escribir, mostrándose dolido por la manera en que se había marchado la última noche de su casa.

—Quién lo diría, ¿verdad? Un universitario, estudiando en la biblioteca…

Doramas suspiró.

—Tenemos que hablar.

—Ahora no puedo, estoy concentrado.

—Jaime, esto es algo muy…

La chica que estaba próxima a ellos los mandó callar con un molesto susurro. Dado que no estaban en el lugar más apropiado, Doramas insistió:

—Vamos a la cafetería.

Él cedió. Dejaron sus sitios reservados y bajaron a la última planta, en donde un número incluso mayor de estudiantes jugaba partidas a la baraja bebiendo cerveza. Pidieron un par de cafés, algo de comer y tomaron asiento en la mesa más apartada que encontraron sin ocupar. Aun así, el estruendo era terrible.

—¿Cuándo llegaste?

—Ayer por la noche. Mi vuelo se retrasó, tuve que coger un taxi para ir hasta la residencia. —Revolvió el café, levantando la mirada de la cuchara para depositarla sobre la suya—. No quiero ser muy brusco, pero me pasé la Navidad pensando en lo que ocurrió.

Jaime cruzó las piernas, observando lo que lo rodeaba. Él también lo había meditado, por lo que no le entusiasmaba la idea de dialogar en un entorno tan poco acogedor. Los techos altos, las paredes sin encalar, las sillas de plástico… Lo que se decía un búnker a prueba de bombas.

—No hay mucho que decir.

—Sí que lo hay —recalcó Doramas—. Nos besamos. Dudo que lo hicieras sin un motivo, sobre todo sabiendo lo que conlleva.

—¿Qué conlleva?

Él se armó de paciencia.

—Me da igual si lo hiciste por curiosidad. Como si querías saber qué se sentía besando a otro hombre y me cogiste a mí de conejillo de Indias. En serio, no te voy a guardar rencor siempre que seas sincero.

La expresión soberbia de Jaime fue diluyéndose.

—Estaba mal, no sabía lo que hacía.

—No me lo creo —afirmó—. No viniendo de ti.

—En vistas a que no has caído en mi intento de disuasión…, seré franco: sí, te besé. Y si lo hice, es porque en efecto quería saber lo que se sentía.

—Vale, asunto resuelto —dijo con prisas.

—Déjame continuar, que aún no he terminado —interrumpió—. Lo que quería era saber qué se sentía besándote a ti.

Doramas se quedó anonadado. Se tomó buena parte de su bebida y decidió romper su silencio:

—Te voy a contar algo que me ocurrió hace más bien poco. Yo tenía un amigo, era casi como mi hermano. Nos conocimos con seis años, vivíamos a dos calles de distancia. Íbamos al mismo colegio, jugábamos juntos, nos quedábamos a dormir en la casa del otro…

—Uña y carne —observó Jaime.

Él asintió con la cabeza, y prosiguió:

—Pero cuando acababa de cumplir diecisiete años, le dije que creía que era gay.

Doramas calló. La manera en que miraba a la nada sugería que estaba rememorando el pasado. Jaime le contempló absorto, tratando de imaginar la escena que le describía.

—Recuerdo que fue una tarde a finales de verano, en la playa. Nos habíamos pasado el día cogiendo olas y aún hacía calor pese a que en breve sería de noche —relató con cierta tristeza—. Estábamos tirados en la arena, mirando la puesta de sol. Se lo dije. ¿Sabes lo que me respondió? Nada. Se me quedó mirando un buen rato y sin más me besó en los labios.

De nuevo sus ojos se encontraron con los de Jaime.

—Fue la primera vez que alguien me besaba, un momento perfecto. Esa anoche apenas pude dormir… Sólo veía el momento de ir a buscarle y descubrir todo lo que se me pasaba por la mente. Tenía miedo, pero a la vez era fantástico pensar que precisamente

fuera a vivirlo con quien ya había vivido otras tantas cosas. Pero cuando toqué en su portal, no bajó. Esperé un rato por si seguía dormido y llamé de nuevo. Su madre me dijo que no podía salir, que tenía cosas que hacer. Me sonó a una excusa demasiado infantil, pero no le di mayor importancia.Doramas hizo una pausa para terminarse el café, y prosiguió:

—Al día siguiente fui otra vez y de nuevo la misma respuesta. Empecé a impacientarme. Probé por teléfono, pero nada. Cuando el curso comenzó me enteré de que se había cambiado de instituto. —Frunció la boca con una pizca de rabia—. Los vecinos empezaron a rumorear, me parecía verle en todas partes. En las calles, en la playa, en clase… Fue una época horrible. Él tuvo en parte la culpa de que decidiera irme a estudiar fuera, necesitaba cambiar de aires. Me vine a Madrid con la esperanza de recuperar algo de confianza en mí mismo y demostrarme que había un mundo enorme aguardando. Entonces fue cuando te conocí a ti.

—Y te he amargado las vacaciones —observó Jaime.

Doramas no trató de desmentirlo, aunque tampoco mostró intenciones de reprochárselo.

—¿Entiendes ahora por qué no quiero que esto quede así? Me esforcé por dejarlo atrás y no quiero volver a pasar por lo mismo.

Él apoyó los antebrazos en la mesa, adquiriendo la pose más relajada que le había visto hasta entonces.

—Siento haberte afectado, no era mi intención, pero no me arrepiento de lo que hice. Además…, no soy el único que puso de su parte para que ocurriera.

Doramas bajó la mirada, y añadió:

—No quiero que te sientas coaccionado por mí. Estropear la amistad que ha surgido entre nosotros es lo último que querría.

—¿Y quién ha hablado de estropearla?

Ante el silencio, Jaime continuó:

—Me gustó besarte.

—¿En serio?

—Lo suficiente como para querer volver a hacerlo.

Mientras lo decía, Jaime se limitó a permanecer en la misma pose. Era como si hubiesen construido una cúpula encima de ellos que los aislaba de los demás, haciéndolos invisibles e indemnes al exterior.

Se dispusieron a regresar a la sala de estudio y aprovechar el tiempo. Doramas estaba deseando que llegase la optativa de la tercera hora para ver a Luis y Livia. Caminó directo a la entrada a la biblioteca pensando en ellos cuando Jaime lo recalcó una última vez:

—¿Me dejarías a partir de ahora besarte cuando quiera? A cambio

puedes hacer lo mismo.

—Trato hecho.

Doramas sonrió. Se sentaron cada uno en su parte del escritorio, sumergiéndose en los contenidos de la troncal del primer exámen. Pasaron quince minutos hasta que consiguió concentrarse; en lugar de estudiar, los dedicó a mirarle.

Era pronto para afirmarlo con certeza, pero, por algún motivo, sabía que lo que Jaime acababa de proponerle era el inicio de una relación, con un grado de implicación que desconocía y unas circunstancias de origen bastante peculiares.

De nuevo esa mezcla de emoción y exaltación le invadieron, la misma que experimentó la mañana en que acudió a la puerta de César, esperando que éste le recibiera con los brazos abiertos.

La tortura de pasar por las primeras pruebas de su andadura universitaria no resultó tan traumática. En cuanto se acabaron las clases, los cuatro acordaron ir cada día temprano a la facultad para dedicar las mañanas a sesiones intensivas de estudio y disfrutar luego de las tardes.

Aunque muchas veces no era posible, solían salir a dar una vuelta por la ciudad, sumándose Luis y Livia al recorrido de los viernes.

Ese día prometía ser especial por confluir dos factores esperados: además de ser el inicio del fin de semana, habían tenido el último examen del cuatrimestre, por lo que les esperaban unas merecidas vacaciones antes del comienzo del siguiente y la llegada de las notas. Doramas, el que más tiempo había dedicado a la elaboración del suyo, se reunió con los demás en la entrada del edificio. Nada más verle, Luis levantó los brazos y gritó a todo pulmón:

—¡Somos libres!

A ninguno se le ocurría otra forma de celebrarlo que no fuese en la noche, tras una retirada de mes y medio por obligaciones estudiantiles. Se metieron en el metro para ir primero a la casa de Luis y prepararse, e iniciaron la marcha cuando salieron de allí cerca de las diez y media.

Tras haber cenado en el primer sitio que encontraron llegó la hora de la discusión. Sólo algo estaba claro a la hora de decidir a dónde ir, y es que la ciudad iba a estar repleta de universitarios.

—¿Vamos por Moncloa?

—No, que siempre hay follones —declinó Luis—. Además, mientras más lejos de la facultad, mejor.

Livia parecía tenerlo bien claro, y se agarró al brazo de Doramas con picardía.

—¿Por qué no repetimos en la plaza? A alguien quien yo me sé le gustó salir por allí.

Contrariamente a lo que esperaban, fue Jaime el que mostró su negativa:

—Tú que vas de liberal deberías ser la primera en moderarte. ¿Qué pasa, que por las preferencias que se tengan ya hay que encasillar?

—Vale, vale —se excusó ella—. No te pongas así, sólo era una idea.

Doramas trató de calmar los ánimos interviniendo:

—A mí me da igual.

—Ala, a Malasaña —finiquitó Luis, tomando de la mano a Livia.

Al iniciar el camino hacia el suburbano le echó una mirada con

segundas a Jaime, al tiempo que le advertía:

—Oye, no sé a qué ha venido, pero la próxima vez no la tomes con ella, que no lo ha hecho con mala intención.

Él hizo un gesto parcialmente conciliador. Anduvieron por las aceras en filas de dos, topándose con personas de todas las clases imaginables. El barrio parecía un enorme bar en el que cada banco y portal hacía de asiento. Hablaron, rieron, bebieron algo más de la cuenta y acabaron en un parque infantil cerca de las tres de la madrugada. Livia se subió a uno de los columpios, descargando la tensión acumulada por el estudio a carcajadas cada vez que la impulsaban.

Doramas dejó el botellín vacío junto a un montón en el suelo. Aunque gracias a su constitución toleraba bien el alcohol, no dejaba de asombrarle la gran afición que demostraban tener los habitantes de esa ciudad a la bebida. Las cañas, los minis, las litronas…

Jaime se apoyó en el soporte del columpio y se encendió un cigarro. Soltó el humo lentamente, observando a un grupo de chicos borrachos en el otro extremo del parque. Por un momento se evadió en sus pensamientos, creyendo encontrar en cada uno de los que estaban allí con él la esencia de la juventud. No había nada que pareciese imposible, ni meta demasiado lejana si se invertían las energías inagotables con las que contaban en alcanzarla.

Pero, al igual que compartía con ellos ese dinamismo, no podía dejar de pensar que algún día dicha fuerza tendría que canalizarse a otros fines. Y, entonces, ¿qué quedaría de los sueños, las esperanzas, los ideales?

Doramas se acomodó a su lado en el grueso poste de hierro, lleno de inscripciones y rayadas.

—Te veo pensativo.

Jaime apuró el cigarro y le involucró en sus reflexiones.

—¿Qué quieres hacer tú con tu vida? —preguntó.

Él, acostumbrado a que le sacara temas de conversación inesperados en las situaciones más rocambolescas, fue sincero al hablar de una cuestión que se había formulado infinidad de veces.

—La verdad es que no lo sé. Por el momento terminaré la carrera, luego ya se verá.

—¿No te parece triste? Dicen que estos son nuestros mejores años y vamos a invertirlos en estudiar algo que realmente no va a servirnos de nada, para amoldarnos a un patrón que en el fondo tampoco nos gusta.

—Me encanta tu optimismo —le reprochó Doramas—. Depende del punto de vista. Para mí, estar aquí y estudiar donde lo hago es un

privilegio, no una tragedia. Y en cuanto a lo demás…

—No quiero acabar como mi hermano —interrumpió Jaime—. Él, que tanto fardaba de sus planes de gloria, ahora trabaja de sol a sol en un curro que ni le va ni le viene, para pagarse un piso que tampoco le entusiasma.

Doramas sonrió. Pensar en el futuro y lo que éste le depararía suponía un gran ejercicio de valor. Dado que había invertido la mayor parte del que poseía en adaptarse a los cambios, prefería centrarse en el presente inmediato.

—Yo creo que es cuestión de perspectiva. Hoy estamos aquí y mañana podríamos no estarlo —dijo—. Mi padre se levantó un día cualquiera para irse a trabajar y se lo llevó un coche por delante. Se marchó así, de improviso. Prefiero no perder de vista lo que nos espera, pero tampoco vivir sin reparar en lo que tenemos ante nosotros.

—Es una buena filosofía —concluyó Jaime.

La colilla seguía consumiéndose en sus dedos, ardiendo peligrosamente cerca del filtro. Aquella era una noche extraña; la luz difusa que manaba de una farola rota por las pedradas, las voces chillonas de sus amigos a pocos pasos, el frío cortante, su presencia…

Extraña, como la sensación que le recorría cada vez que probaba sus labios. Los buscó despacio, encontrándolos sin que éstos se resistieran. Doramas le correspondió, permitiendo que un intenso sabor a tabaco predominara en el abanico de sus percepciones.

Luis y Livia no repararon en ello, pues parecían estar en otra dimensión donde el final de la adolescencia se antojaba un paso demasiado en serio como para tenerlo en cuenta. Jaime apagó la colilla aplastándola contra el soporte de hierro, y se decidió:

—¿Quieres ir a mi casa? Rafa debe de estar como un tronco, mañana tiene que levantarse a las siete.

Doramas aceptó, leyendo en el fondo de sus pupilas que la propuesta iba un poco más allá. Cuando se marcharon del parque, le dio la impresión de estar distanciándose de Luis y Livia a otro nivel que todavía no podía especificar.

Adentrarse en la edad adulta significaba algo más que tener capacidad para probar tabúes que hasta entonces no estaban permitidos, o disfrutar de ciertas prerrogativas legales. Suponía salvar un obstáculo, buscar en otros un apoyo ahora que se tenía consciencia de estar, en verdad, solo en el mundo, con sus reglas escritas y no escritas, sus órdenes y parámetros.

El corazón empezó a latirle fuerte cuando Jaime abrió con cuidado la puerta, comprobando que la habitación de su hermano estaba

cerrada a cal y canto. Entraron en la suya. Era un espacio reducido; apenas una cama, un armario y una estantería llena de libros, discos y un equipo musical incluso más antiguo que el que había en la sala de estar. Una de las paredes estaba decorada con una enorme bandera de su grupo favorito.

Jaime se sentó en el borde de la cama y se quitó la camiseta. Fue despojándose de cada una de las prendas que le cubrían hasta quedarse desnudo, introduciéndose a continuación bajo las sábanas.

Doramas hizo lo mismo. Había fantaseado muchísimas veces con cómo sería la experiencia, pero contrariamente a lo que había creído, apagó la luz con pulso firme.

La noche seguía siendo extraña. El ruido apagado de las ambulancias entraba a través de la ventana, el despertador digital proyectaba un resplandor verdoso, redefiniendo sus siluetas. Rafa dormía en la estancia vecina, ajeno a la pequeña gran aventura que estaban a punto de emprender.

Al igual que conservaba pinceladas sueltas del primer beso, el cuadro que quedaría fijado en su mente era abstracto, un boceto compuesto de sensaciones demasiado novedosas como para ser comprendidas: el calor de las mantas que los resguardaban, el sabor de su boca, el roce inexperto de sus dedos, los gemidos ahogados, muriendo en su oído en el despertar del ser humano a los instintos.

Cuando abrió los ojos cegado por la claridad, Doramas reconoció dónde se encontraba. Seguía en la estrecha cama de Jaime, con la cabeza ocupando la mitad de su almohada.

Le vio en la silla del escritorio; llevaba puestos sus vaqueros rotos por las rodillas, con el cabello cayendo suelto sobre los hombros. Parecía estar leyendo algo hasta que se percató de que le estaba mirando.

—Buenos días.

—¿Estamos solos?

—Sí. Mi hermano ya se ha ido, le escuché marcharse.

Jaime se metió de nuevo con él en la cama. Dedicaron un buen rato a no hacer otra cosa que no fuera mirarse, buscando en sus expresiones algún indicio de que ya no eran los mismos pese a parecerlo. En sus ojos había un brillo diferente, causado por una complicidad que transcendía del mero intercambio de placer físico.

—Tengo la impresión de haber dormido tanto que pasó un siglo —musitó Doramas.

Él esbozó una sonrisa. Como en otras tantas ocasiones, Doramas no supo descifrar qué se escondía detrás de su gestualidad. De

buenas a primeras Jaime volvió a incorporarse, yendo hasta la estantería. Buscó entre sus discos, pinchando una canción en concreto. Notas de sitar llenaron la habitación, precediendo a la melodía que de nuevo esa voz se encargó de conducir.

—¿Es que no escuchas a otros grupos? —se mofó.

Jaime se tendió de costado, recogiéndose el pelo para que no le estorbase.

—A partir de ahora, cada vez que la oigas recordarás este momento.

Doramas atendió. Las estrofas calaban tan hondo como las palabras que él fue vertiendo a borbotones, e intuyó que éstas tenían un valor preciosísimo.

—Vivíamos los cuatro en un barrio del Clot. Mi padre, mi madre, Rafa y yo —empezó a contarle—. Mi padre es asturiano; mi madre, de Lleida. Nos criaron allá, en Barcelona. Regentaban una librería, recuerdo pasar las tardes en la trastienda mientras él trabajaba... Yo acababa de cumplir siete años. Era la mañana de Navidad y apenas había pegado ojo pensando si me estaría esperando algo junto al árbol. Empecé a escuchar ruidos y supuse que afuera estarían despiertos, así que me levanté y salí pitando al salón. Imagínate, no era más que un crío.

Jaime se mordió los labios. Nunca le había contado eso a nadie y sus sentimientos se amotinaban en un conglomerado difícil de romper.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Doramas con un hilo de voz.

—No había regalos. En lugar de eso me encontré dos maletas en la puerta y a mis padres peleándose. Me quedé ahí en medio, quieto, sin poder moverme. Rafa me sacó a rastras, él tenía edad de comprender la situación. Cuando pude volver a salir, mi madre no estaba. Creí que se habría enfadado y regresaría al par de horas, pero no lo hizo. A las tres semanas mi padre consiguió traspasar la librería y nos marchamos de Barcelona para irnos a Oviedo y vivir en casa de mis abuelos. Me pasé cada día hasta que nos mudamos mirando a escondidas la puerta, esperando que volviera como si no hubiera pasado nada.

»Años más tarde mi hermano me contó que ella hacía tiempo que estaba liada con otro y que le había puesto un ultimátum para irse con él. Ya me daba igual, el daño estaba hecho. Desde ese día, la sensación de abandono me ha acompañado constantemente.

—Por eso aquella noche…

—Cuando nos quedamos solos, antes de que te fueras, sentí que volvían a dejarme atrás.

Doramas asintió.

—¿Y qué fue de ella?

—Vive en Cádiz. Mi padre no ha querido divorciarse, así que sobre el papel siguen estando casados, es una historia un tanto estrambótica. La he visto un par de veces, la última fue cuando cumplí dieciocho.

—Sigue siendo tu madre.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo. Cuando estamos en la misma habitación es como si me transformarse en un témpano de hielo.

—Yo no sé cómo podría vivir sin la mía. Tenerla lejos es lo peor de estar aquí.

Jaime tomó el relevo y pasó a hacer las preguntas:

—¿Qué le pasó a tu padre? Anoche mencionaste algo.

—Murió antes de nacer yo —expuso sin dramatismos—. Supongo que no se puede echar demasiado en falta a alguien al que sólo has conocido por fotografías.

—La familia es un arma de doble filo. Son *amigos* con los que tienes que congeniar a la fuerza, incluso aunque no te caigan bien. Con las personas a las que uno va metiendo en su vida, es distinto. Si queremos que se queden con nosotros tenemos que luchar para conseguirlo, es un vínculo forjado de la nada.

—¿Como el nuestro?

Jaime volvió a sonreír. Apartó el edredón y se introdujo dentro, quitándose los vaqueros como buenamente podía.

—Algo me dice que este vínculo será resistente —susurró.

El disco seguía puesto. La canción hacía rato que se había acabado y pronto el vinilo se limitaría a girar, ajeno a lo estático de la aguja en su soporte. Afuera Madrid seguía moviéndose a ritmo frenético, pero ellos, al contrario de esa aguja, no necesitaban de la urbe para hacerse escuchar.

Con su diminuta parcela de paz era más que suficiente, pues les bastaba con prestar atención al vacío para que la balada replicase con todas sus fuerzas.

Livia empezó a tomar apuntes de la que había pasado a ser su asignatura favorita del segundo cuatrimestre. Las clases de Narración visual se le pasaban volando entre análisis de películas independientes europeas y cuchicheos con su compañero de banco.

—¿Qué vas a decir si nos preguntan hoy?

—No lo sé. Puede que hable sobre el tratamiento de la luz.

Doramas se puso a repasar las notas que había tomado la semana anterior, en aras de no pillarle por sorpresa si, efectivamente, el

profesor le requería. Livia, aprovechando que estaban solos y que nadie coartaría su curiosidad, se lanzó:

—¿Ha pasado algo entre Jaime y tú?

Él, sorprendido, la miró intentando mostrarse sereno.

—¿Qué te hace pensar eso?

Ella soltó una risita inocente.

—La manera en que a veces os miráis sin decir palabra. Jaime está menos borde, no sabría bien cómo definirlo.

Él simuló seguir leyendo apuntes. Que no le hubiese rebatido el argumento hizo que Livia diera su hipótesis como válida.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que estabais enrollados! —exclamó entusiasmada.

El profesor entró y, con él, un buen montón de alumnos que habían estirado hasta el último segundo de charla por los pasillos.

—¿Desde cuándo estáis saliendo?

—¿Saliendo? —respondió extrañado.

—Claro. Sois novios, ¿no? Los novios salen juntos. Vamos, digo yo.

Se llevó la punta del bolígrafo a los labios, pensativo, conteniéndose las ganas de morderlo.

—Jaime es…

—¿Qué es? —repitió Livia, expectante.

Para su decepción, Doramas no dijo nada revelador. Se limitó a sonreír mirando al frente, atendiendo a la clase que estaba a punto de empezar.

—Jaime es Jaime. No le puedo ver de otra forma.

—Si tú lo dices… —resopló.

Apenas un minuto después, Livia le reclamó pensando en voz alta:

—Luis va a alucinar cuando se lo cuente. Casi me toma por loca al insinuárselo.

—¿Insinuarle el qué?

—Pues lo obvio, que Jaime es *de tu equipo*…

El profesor les dirigió una brevísima mirada a modo de regaño, por lo que Livia decidió sobre la marcha continuar por escrito.

«La verdad es que nunca lo habría pensado de él, hasta que te conocimos, claro».

Doramas releyó la frase un par de veces. La habladuría del docente se mezcló con sus pensamientos mientras sopesaba cada matiz que podía extraerse de lo dicho por ella.

La hora y media se le hizo más larga de lo habitual. Se despidió de Livia cuando partieron cada uno al aula respectiva; sin embargo, no se dirigió a la cuarta planta de la facultad, sino que fue directo a la entrada, donde había quedado en verse con Jaime tras saltarse

ambos las horas que les quedaban.

—¿Llevas mucho esperando?

Él estaba apoyado en la columna fumándose un cigarro. Negó con la cabeza, apagando la colilla en un atestado cenicero público.

—No, acabo de llegar.

—Mejor nos damos prisa, que no queda tanto para que cierren la tienda.

Sin mayor demora, empezaron a andar en dirección a Argüelles para seguir el trayecto de los viernes adelantado a miércoles. Estaban cruzando un paso de peatones cuando Doramas decidió sacarle el tema:

—Livia me ha preguntado antes si somos novios.

—¿Y qué le has dicho?

—No he sabido qué decirle, porque… —dudó—. ¿En verdad lo somos?

—¿Por qué querrías considerarme tu *novio*?

Doramas hizo un chasquido con la lengua, mostrando un poco de fastidio.

—¿Siempre tienes que estar buscándole otros sentidos a las cosas?

—El uso del lenguaje es muy ambiguo —se justificó Jaime—. Por ejemplo, la palabra matrimonio. Mira a mis padres; ya te dije que hace años que viven cada uno por su cuenta, pero siguen siendo eso según el diccionario. Venga, explícame por qué merezco el calificativo.

Él se metió las manos en los bolsillos, meditando.

—En el fondo es bastante simple: porque me gusta estar contigo.

—¿Sólo eso?

—Bueno… Y porque me gusta acostarnos juntos, sin que tenga perspectivas de hacerlo con otro.

Jaime ahogó una carcajada, encontrándolo divertido.

—Así que se trata de una mera cuestión de fidelidad sexual.

—*Ay, mi niño*, qué ganas de complicarte la existencia —se quejó.

—Supongo que me gusta mirar todos los puntos de vista —apuntó conciliador—. Si quieres decir que soy tu novio, hazlo. Las cosas no van a cambiar por la terminología que emplees.

Doramas suspiró, dando el asunto por zanjado. Huir de los conceptos era otra de las armas que Jaime empleaba para escapar de lo establecido, su mayor temor después de la soledad.

Eran casi las siete y media cuando dieron con la tienda en la que Luis había visto un colgante que le había gustado, el cual decidieron comprarle a medias para su próximo cumpleaños. Los recodos de la calle del Pez dificultaban la tarea de recordar dónde estaba

exactamente, pues sólo habían entrado en una ocasión. Respiraron aliviados cuando vieron que el abalorio seguía en el mostrador y, tras haberse hecho con él, dieron la misión por cumplida.

—¿Qué te apetece hacer? —preguntó Doramas, puesto que aún era pronto.

—Conozco una tetería por aquí cerca.

Jaime se adentró por las callejas de los alrededores, buscando el consabido lugar. Estuvieron allí hasta que el antro cerró; como si estuviese premeditado, dos noches después se encontraban los cuatro en el mismo local. Luis abrió sus regalos, rodeado de té de sabores tan variados como el humo que se condensaba en el ambiente.

—Me encanta, gracias —afirmó, luciendo la espiral de plata.

—La parejita ha dado en el clavo —soltó Livia.

Se formó un silencio un tanto incómodo, siendo el homenajeado quien, tras sonrojarse, tiró la primera piedra:

—Podrías habérmelo dicho antes, se supone que somos amigos —increpó.

Jaime, deduciendo que iba por él, bebió de su taza sin ahondar más de lo necesario.

—No veo a santo de qué. Uno no elige de quién se enamora.

Doramas, al escuchar lo que acababa de decir, se atragantó.

—Así que va en serio —añadió Livia.

—No me malinterpretéis, no soy hogófob… Homóg… —Se crispó al no salirle la palabra—. ¡Que no estoy en contra de que estéis juntos, caray! Es sólo que me choca, porque a ti te conozco desde hace bastante.

—También me chocó a mí que te liaras con ella —arremetió Jaime —, así que estamos en un K.O. técnico.

Livia sonrió y propuso un pequeño brindis.

—Dejémonos de tonterías. Celebremos que el grupo está más unido que nunca.

—¡Y por Luis! ¡Que cumpla muchos más! —añadió Doramas.

A esa taza de té siguieron rondas ambulantes de cerveza que convirtieron la noche en la aliada perfecta. Cuando el alcohol se le hubo subido lo bastante como para perder las reservas, Jaime se encaramó al pedestal de una farola, agarrándose a su mástil como si fuese Gene Kelly en *Cantando bajo la lluvia*.

—Damas y caballeros, esta madrugada se me antoja el momento perfecto para que hagamos un pacto, una promesa bajo las estrellas.

Luis se rio de él.

—Estás borracho, tío. ¡Desde aquí no se ven las estrellas!

—¿Acaso hace falta que los ojos las contemplen para saber que

están ahí? Es un acto de fe lo que necesitamos.

Aunque sus palabras estaban destinadas a quedar entre los cuatro, algunos de los que merodeaban por los alrededores se sumaron al corro, implicándolos Jaime en el discurso.

—¡Juremos que, pase lo que pase, no perderemos la chispa de la juventud! Algún día el futuro no os parecerá tan lejano como ahora. La cabeza se os llenará de canas y las tetas os colgarán —recitó, mirando a los ojos a Livia—. Y, cuando ese día llegue, recordad que una vez tuvisteis sueños.

—*¡Oh, capitán, mi capitán!* —se mofó un espontáneo.

Desde su discreto segundo plano, Doramas no dijo nada. Las ocurrencias etílicas de Jaime podían ser interesantes, pero una sola de las palabras que sus labios habían pronunciado le dejó en ese estado de ausencia, como flotando en una especie de nube.

«*Enamorarse*».

No sabía si la dimensión de sus sentimientos acabaría por rebosar ese concepto, o si Jaime le había atribuido otro significado tal y como acostumbraba, por lo que prefirió limitarse a seguir sonriendo, sabiéndose, cuanto menos, correspondido. Y ésa era la mayor dicha que se creía capaz de afrontar.

Los días pasaban volando y, con ellos las semanas, los meses, los cursos y las vacaciones.

Aquel era el cuarto agosto que Jaime pasaba en una Madrid fantasmagórica, empleando su tiempo libre de estudiante sin septiembre en un trabajo a media jornada. Le tocaba entrar a servir copas en apenas una hora, por lo que se dispuso a ganarse el salario mientras más de tres cuartos de la población había dejado atrás la capital.

Estaba cambiándose de ropa cuando le escuchó llegar. Su hermano dejó las llaves en el mueble del recibidor y se acercó.

—¿Te vas ya? —preguntó, apoyado en el marco de la puerta.

—Sí. Igual hago un par de horas extra, no me vendrían mal las pelas.

Rafa calló, pensativo. No era el mejor momento, pero debía decírselo cuanto antes:

—Oye, Jaime —disparó—, Montse y yo hemos decidido vivir juntos. Se va a mudar aquí conmigo.

Tras mucho rebuscar, él escogió una camiseta con la que combatir el bochorno.

—Así que lo que intentas decirme es que quieres que me vaya.

Rafa, sintiéndose mal en el fondo, asintió.

—¿No te importa? Papá seguirá ayudándote con los gastos, yo puedo darte algo también.

—No te preocupes, ya va siendo hora de abandonar el nido. —Cuando empleaba ese tono de voz, uno no sabía si bromeaba o lo decía demasiado en serio—. Se lo comentaré a Doramas, igual está interesado.

—¿A quién?

—A alguien con quien has compartido techo más veces de las que puedas imaginar.

Jaime se echó al hombro su destartalado macuto, en el que llevaba, además de la cartera, un par de libros con los que hacer más llevadero el trayecto en metro. Su enigmática sonrisa remató el impacto sobre su hermano, para el cual la evidencia de lo que llevaba tanto tiempo sospechando tardaría en ser digerida.

Doramas trataba de centrarse en estudiar la única asignatura que había dejado pendiente. Cada vez que un soplo de brisa entraba por la ventana, se le hacía más duro atender al amasijo de letras, pero se

insuflaba ánimos pensando que estaba a un puñado de créditos de adentrarse en el último año de especialización en su rama.

Cuando se encontraba sentado ante el escritorio, se daba cuenta de que los años habían transcurrido demasiado rápido. Era como si apenas dos días antes estuviese haciendo la maleta para marcharse rumbo a lo desconocido, muerto de miedo; echó otro vistazo al tablón de corcho que tenía ante él, donde varias fotografías se dispersaban sujetas con alfileres. Sonrió al contemplar la postal que Luis y Livia le habían enviado desde Portugal y las instantáneas que los cuatro se habían hecho cada vez que no encontraban un plan mejor con el que entretenerse. De nuevo ellos en variadas poses divertidas, él con Livia, con Luis, con los tres, con Jaime…

Pasó suavemente la yema de los dedos sobre la superficie de su imagen. Las semanas que había pasado allí habían sido inolvidables. Aunque amara como a pocas cosas ir a caminar por el paseo marítimo, la playa no era lo mismo sin él, al igual que tampoco la habitación en la que había crecido, diminuta en espacio al contar con dos moradores, infinita ahora por su ausencia.

Se sobresaltó cuando su madre entró tras tocar en la puerta, con el teléfono inalámbrico en mano.

—Es para ti.

Lo cogió, atendiendo la llamada cuando se hubo quedado a solas.

—Soy yo.

La expresión de Doramas se tornó radiante al reconocerle, puesto que encontraba irónica la casualidad.

—Ahora mismo estaba pensando en ti.

—¿Mientras estudias Redacción II? No sé si considerarlo un halago.

Doramas rio al tiempo que se asomaba a la calle para ver el paisaje costero.

—¿Qué tal va por ahí?

—Pues como siempre, la ciudad es aburrida cuando no hay nadie —respondió Jaime—, aunque tengo una novedad importante.

—¿Cuál?

—Mi hermano me echa de casa. Como habías comentado que estabas harto de la residencia, igual quieres que compartamos piso.

—¿Y por qué te echa?

—Su novia se muda con él, era predecible. —Echó un par de monedas más en la cabina—. ¿Entonces, qué me dices? ¿Te parece buena idea?

Doramas resopló.

—¿No es precipitado?

—Si a cuatro años durmiendo cada fin de semana en mi cama lo

llamas precipitarse…

—Supongo que me va a salir igual de caro pagar la cuota de la residencia que dividir en dos un alquiler.

Jaime, sabiendo que ya le tenía en el bote, insistió con sutileza:

—He estado mirando anuncios, hay algunos áticos a buen precio por el centro.

—Sigue buscando, cuando esté por allá vamos a mirarlos.

—¿En serio?

—Sí —afirmó—. Se lo comentaré a mi madre, tienes razón.

Afuera hacía un día espléndido, tanto que decidió sobre la marcha posponer el estudio para la tarde.

—Ya es hora de dar el paso. Es una buena excusa para hacerlo oficial.

Jaime tardó en responder.

—Odio esa expresión.

—Lo sé, pero algún día tendrás que afrontar lo que hay y, después de todo este tiempo, ni siquiera conozco a Rafa en persona.

—¿Y para qué quieres conocerle?

—Ya hemos hablado de eso, no me apetece volver a discutir.

—Es que no entiendo a qué viene tanto interés.

—Son detalles, muestras…

—¿De qué?

Doramas suspiró. Lo había dejado estar, interpretándolo como otra de sus excentricidades, pero sabía que si aceptaba irse a vivir con él, estarían internándose no sólo en la siguiente etapa de la relación, sino de su juventud en general. Y necesitaba confirmar que no era el único que pensaba así.

—De que lo nuestro va hacia algún sitio —concluyó al fin.

—Si tantas ganas tienes de que te lo presente, le pediré que nos eche una mano con la mudanza. Espero que luego no te empeñes en ver a mi padre.

—Con Rafa me basta. Al menos me gustaría darle las gracias por todo lo que me he comido de su nevera.

Él rio.

—Tengo que colgar, se me va a hacer tarde.

—Te llamo esta noche y te cuento las reacciones.

Tras una escueta despedida, Doramás se estiró, preparándose para ir a la playa. La luz del sol se empeñaba en cegarle, celosa de no poder competir con su radiante sonrisa.

Aunque costara empezar desde cero, Doramas no sintió ninguna pena cuando le comunicó al responsable de la residencia que rescindía el contrato para firmar otro. Tampoco lamentó perder de vista las zonas comunes, el comedor o a su compañero de habitación, con el que, a pesar de haber compartido espacio desde que se instalase en Madrid, apenas había hecho amistad.

Tras obtener la nota del examen y constatar que ambos habían pasado limpios a quinto, dedicaron cerca de una semana a visitar cuantos pisos se ajustaban medianamente a sus expectativas, topándose con inmuebles de todo tipo; desde apartamentos que ni por asomo podían permitirse, hasta auténticos zulos en condiciones lamentables.

Un par de visitas a un primero en Canillejas les bastó para decidirse. Era mucho más asequible que vivir en el centro y tenía conexión con la Facultad a un solo transbordo de metro. Luis y Livia se habían ofrecido para ayudarle a trasladar sus pertenencias desde la residencia y cargaron en la furgoneta del padre de aquél las cajas en las que había guardado ropa, libros y demás trastos.

Cuando llegaron al barrio, aparcaron en una de las calles colindantes a la manzana y cargaron las cosas de Doramas hasta el portal del edificio. Algunos vecinos miraban con curiosidad, deduciendo que se trataba de nuevos inquilinos.

Livia se dedicó a colocar las botellas que habían comprado, con la esperanza de que ninguna se rompiera tras haberse derramado una de cerveza dentro del furgón. No demasiado lejos de donde se encontraban aparcó un modesto turismo, desde cuyo asiento del copiloto los distinguió Jaime.

—Es allí —indicó.

Se bajó del coche antes de que Rafa hubiese apagado el motor y arrastró como pudo una maleta que parecía de plomo a juzgar por su peso.

—Siento el retraso.

Ante la mirada expectante de sus amigos, Jaime se tomó lo siguiente con filosofía. Si de verdad quería emprender la emancipación definitiva, no le quedaba otra que pasar por el aro. Su hermano pronto estuvo con ellos, por lo que procedió a las tardías presentaciones.

—Él es Rafa —dijo—. Rafa, éste es Doramas.

—Hola, qué tal —atinó a decir el joven, estrechándole la mano.

—Bien, gracias.

Rafa pareció no darle mayor importancia, aunque mientras ascendía el tramo de escaleras, no pudo evitar fijarse en la cabeza del

chico y constatar que el misterio de los cabellos cortos y negros que encontraba cada dos por tres en su casa al fin había sido resuelto.

Entraron las cajas y las apilaron en el salón semivacío. El casero les había facilitado los muebles fundamentales, por lo que se podía entrar a vivir. Dado que no tenía mucho más que hacer allí y debía organizar la mudanza de Montse, se dispuso a dejarlos.

—Bueno, yo he de marcharme —anunció, echando un vistazo al sitio—. Jaime, ven.

Él rechazó sistemáticamente el sobre que Rafa había sacado de la cartera.

—No hace falta.

—No seas tozudo y cógelo. Te lo doy porque me da la gana.

—Deja de insistir, no quiero cabrearme contigo.

Él, pragmático, se tomó su particular revancha.

—Está bien, como quieras…

Hizo el ademán de guardárselo, pero cuando Jaime se hubo dado la vuelta para empezar a abrir cajas con Luis y Livia, cogió por banda a Doramas, al que habló a susurros:

—Mi hermano es demasiado orgulloso para decirlo, así que te lo preguntaré a ti. Estáis juntos, ¿no?

Él, haciendo esfuerzos por no sonrojarse, asintió.

—Me hubiera gustado que te enterases de otra forma, lo siento.

—Da igual —afirmó Rafa sin perder la compostura—, parece que tienes tres dedos de frente, eso le vendrá bien. Ya es hora de que alguien le ponga los pies en la tierra.

Sin darle opción a rechazarlo, le dejó el dinero en la mano.

—Guárdalo para alguna emergencia. Ya sabes dónde vivo si me necesitáis.

Doramas asintió. Rafa transmitía tranquilidad, posiblemente por encarnar el papel del experimentado que ya había pasado por todo eso antes que ellos. Le observó mientras dedicaba unas últimas palabras a Luis:

—Dile a Óscar que me sigue debiendo una caña, que desde que le trasladaron no hay quien le vea.

—Le haré llegar el mensaje, aunque no te creas que coincidimos mucho.

Rafa se encogió de hombros y agitó la mano en una despedida generalizada.

—¡Hasta luego!

Cuando hubo cerrado, respiraron aliviados.

—Por fin tenemos cuartel general —dijo Luis exaltado—. Se acabó mendigar las casas de los demás cuando los padres no están.

—Que conste que esto no es un picadero —le amenazó Jaime.

—Sabía que ibas a saltar con ésas.

A continuación, conectaron la radio portátil de Livia para amenizar la tarea. Varias horas después cayeron desplomados sobre el sofá tras desempacar y ordenar ropa, cacerolas, libros, discos y un largo etcétera.

—Creo que es aquí donde empieza realmente nuestra libertad —pensó Livia en voz alta, mirando a trasluz el contenido de su vaso.

—Pues lo llevamos claro. Hasta que no terminemos la carrera y encontremos un curro de verdad…

Jaime, al contrario de Luis, sonsacó un sentido a lo dicho por ella.

—La libertad es la promesa que se esconde al final de la adolescencia, pero también puede ser una jaula.

Él arqueó las cejas y dio un trago, aburrido de sus chácharas filosóficas. Doramas, por su parte, quiso saber más:

—¿Como una especie de cárcel?

—Sí. Llamamos libertad a tener dinero y gastarlo como queramos, pero en cuanto nos demos cuenta, estaremos pagando facturas, letras, créditos, hipotecas…

—A lo mejor prefiero estar dentro de mi jaula de oro que volando fuera, atada con una cadena —expuso Livia.

Jaime se puso en pie, subiendo la música mientras se encendía un cigarro.

—¿Sabéis qué? Deberíamos recordar siempre este momento. Es más, tenemos que hacerlo. Cuando hayan pasado los años y cada uno esté metido en su burbuja, nos quedará ese concepto de horizonte que nunca se acerca por mucho que camines.

—¿Pretendes que recordemos que estuvimos aquí esta noche, incluso si acabamos separándonos en el futuro?

—¿Se te ocurre un mejor tributo a la amistad?

Doramas no necesitaba más detalles. Alzó su botella, proponiendo un brindis sin saber que, en efecto, iba a ser el último que compartieran en la recta hacia la edad adulta.

Bebieron, volvieron a beber, a charlar, a reír…

Era bien entrada la madrugada cuando el día hubo acabado oficialmente. Jaime estaba a su lado, tendido en la cama. Los labios le sabían a tabaco, el calor seguía adherido a su piel desnuda, retenido entre las sábanas, y el sonido apagado de su respiración moría con el eco de la calle.

Se quedó dormido cuestionándose si los cimientos del amor soportarían los envites de la rutina, mientras que él, con la mirada fija en un punto indefinido, se hacía la misma pregunta.

Aunque había pasado un año desde que terminase el primer ciclo común a las dos carreras, a Doramas le seguía pareciendo extraño no coincidir en ninguna asignatura con los demás.

La desilusión por no haber satisfecho las expectativas académicas en la universidad se olvidaba pensando que pronto podría empezar a ganarse la vida de la manera que siempre había soñado. Ansiaba narrar grandes acontecimientos, creando un punto de vista de los hechos que el público pudiera interiorizar como si fuera propio, pero muchos de sus compañeros de quinto curso no compartían dicho romanticismo con respecto a la profesión. Acababa de terminar la clase cuando el profesor pidió silencio y alzó la voz para que los alumnos que no habían abandonado el aula se percataran de lo que tenía que decir:

—El equipo de redacción de un diario local está buscando a alguien motivado y con ganas de aprender para el departamento. ¿Hay algún voluntario?

Aunque se formó un sonoro murmullo, sólo uno de los presentes se atrevió a preguntar:

—¿Cuánto pagan?

—Me temo que son prácticas no remuneradas.

Apenas hubo pronunciado las fatales palabras, el interés de los estudiantes cayó en picado. El profesor había empezado a recoger el material docente con la idea de marcharse cuando sintió que alguien le hablaba:

—Perdone, don Antonio. A mí sí que me gustaría aprender.

Reconoció al alumno en cuestión. Era el que se sentaba en las filas de delante, siempre pegado a la ventana. Sus escritos tenían un estilo conciso y daba la impresión de ser discreto; si su olfato no le fallaba, como no lo había hecho en treinta años de oficio, podía ser un buen reclutamiento.

—¿Qué es lo que quieres aprender?

Doramas se puso algo tenso, contestando sin dejar que aquel hombrecillo entrado en carnes le intimidara:

—A adaptarme al ritmo de un equipo de redacción, a ganar agilidad y entender el medio… A trabajar, vaya.

—Te ha quedado claro que no se paga, ¿verdad?

—Sí.

—Bien. Pásate por la oficina temprano, a las ocho. —Le dio una tarjeta—. Si nos convences, empiezas mañana mismo.

Doramas esbozó una sonrisa, levantando la vista del pedazo de cartón cuando el profesor ya había asomado medio cuerpo por el marco de la puerta.

—¡Gracias!

Tenía un molesto cosquilleo en el estómago, el cual no haría sino incrementarse a medida que pasaran las horas. Se fue a la biblioteca a buscar unos manuales mientras hacía tiempo para esperar a Jaime e irse juntos a casa. Se lo contó de camino al metro, suponiendo que obtendría por su parte algún tipo de aliento.

—Voy a ir a una entrevista para hacer prácticas en un periódico.

—¿Cuándo?

—Mañana, a las ocho.

—¿Vas a estar fuera por la mañana?

—Sí. De hecho, todas las mañanas en caso de que me cojan. ¿Por?

Jaime se quedó mudo. La manera en que le apartó la mirada le hizo entrever que no le entusiasmaba la noticia.

—¿No te parece bien? Sé que es una faena trabajar sin que te den nada a cambio, pero hay que empezar por lo más bajo.

—Es tu vida. Haz lo que quieras.

Doramas no sacó más el tema. Prefirió pensar que había tenido un mal día y que no merecía darle mayor importancia. Aun así, las reacciones espontáneas solían ser las más fiables, por lo que, aunque no quería reconocerlo, le dolió no recibir una palabra de apoyo.

«Con un simple "suerte" hubiera bastado».

Pero nunca se lo dijo. Y ésa resultó ser, posiblemente, la mayor equivocación que podía haber cometido.

Empezar a trabajar por primera vez era duro, pero todavía lo era más si uno no había terminado los estudios y, encima, el resto de la oficina le consideraba un elemento exótico. Durante los primeros días había sido *el becario*, y aunque muchos empezaban a recordar su nombre, la mayoría seguía utilizando el apelativo con el que acabaría siendo conocido en la redacción de *Primera Plana*.

—¿Las columnas de sucesos? Dáselas al *canarión* —pidió Sebastián, quien podría decirse que encarnaba el papel de tutor.

Doramas, sentado en su mesa junto a una destartalada máquina de escribir, se esforzaba en manejar el programa de maquetación en el ordenador, transcribiendo las anotaciones que su superior había garabateado a toda prisa.

—Aquí tienes —dijo la corresponsal, dejando el *diskette* junto al teclado.

Él volvió a sonreír con ímpetu para que no se le notara que estaba

agobiado. Sebastián le explicó a toda velocidad cómo se hacía aquella tarea que, pese a rutinaria, resultaba tediosa para el que no estuviese acostumbrado.

—Recuerda la sangría y el cuerpo —apuntó antes de salir a la reunión de titulares.

—Sí, no me olvidaré. Gracias —se apresuró a contestar, aunque estaba a punto de ahogarse entre tantas dudas.

Se quedó solo en la oficina peleando con la interfaz del programa, encontrando bastante arcaico que, con los medios tecnológicos que existían, tuviese que invertir buena parte del tiempo en descifrar lo que decían aquellos jeroglíficos escritos a pluma. Suspiró, atribuyéndolo a la vieja escuela.

Con ese nuevo ritmo de vida los días se le pasaban volando. Salía del piso a las siete y cuarto para llegar lo más puntual posible al trabajo. Al terminar, se metía de nuevo en el metro, comía algo en la cafetería de la facultad y asistía a clase. Regresaba a casa, descansaba y vuelta a empezar. Se le ponía el vello de punta de pensar en cómo se las iba a arreglar cuando llegasen los exámenes, pero cada vez que le asaltaba la misma cuestión, trataba de centrarse en lo que estaba haciendo.

A veces, cuando no había columnas que preparar, le mandaban a enviar faxes, recoger teletipos o fotocopiar documentación. Prefería no hacerle ascos a nada, con la esperanza de que algún día, en el momento menos pensado, llegase la oportunidad de demostrar que servía para algo más que para ser el chico de los recados.

Se tomó un breve descanso y se acomodó en la vieja butaca que le habían asignado. A través del ventanal de la oficina se veía la calle, plagada de coches en plena hora punta.

Sin saber bien por qué, pensó en Jaime. Desde que había empezado en la redacción apenas pasaban tiempo juntos, sólo el regreso desde la facultad en metro y algunas horas los fines de semana, cuando él no estaba trabajando en el bar sirviendo copas o durmiendo.

Estuvo tentado de utilizar el teléfono para fines personales y llamarle, pero se contuvo. Debía cuidar cada detalle que dejaba entrever en la oficina, dar la mejor impresión posible. Y si ello incluía apartar todo lo que no concerniera a lo profesional, así debía de ser.

Aunque le doliera en el alma.

Jaime se quedó en la cama inmóvil pese a llevar un buen rato despierto. Desde que Doramas había dado un paso distinto en su

trayectoria, no sabía hacia qué o quién canalizar la ansiedad que le carcomía. ¿Debía decirse a sí mismo que estaba siendo irracional, o culpar al mundo de no comprender la posición en la que se encontraba? Dio un par de vueltas y se levantó, avanzando pesadamente hasta el cuarto de baño como si sus piernas estuviesen hechas de plomo. Ni siquiera el agua helada de la ducha le sacó de aquel estado.

Regresó entre las sábanas desnudo y con el cabello cayendo húmedo por la espalda tras pinchar su disco favorito, una especie de ritual que cumplía cuando se encontraba bajo de ánimos. Se dedicó a mirar al techo y seguir pensando, hasta que un objeto mal guardado en la mesa de noche atrajo su atención.

Era una libreta de tapa gruesa que no recordaba haber visto anteriormente. La extrajo del cajón y la abrió. Reconoció la letra de Doramas llenando las páginas; el secretismo con el que él parecía llevar esa especie de diario despertó su curiosidad. Empezó a leerlo, comprobando que más que un registro de sucesos personales, era un archivo de reflexiones sobre temas de vigente actualidad.

La manera en la que fluían las frases del texto hasta desembocar en una conclusión era cautivadora; sabía cómo atrapar la atención del lector sin caer en florituras innecesarias, siendo inapreciables las preferencias por un asunto en concreto.

Leyó, leyó y leyó. Aquel día no fue a clase.

Cuando escuchó que la puerta del salón se abría, ya era de noche. Doramas se acercó al dormitorio y le encontró inmóvil en la penumbra; el panorama no era demasiado alentador.

—¿Dónde estabas? Te estuve esperando a la salida.

Jaime no respondió. Había ocultado las huellas del delito devolviendo la libreta a su escondrijo. La confrontación de sentimientos que le asfixiaba quedó aparcada por el descubrimiento que había hecho.

Se limitó a tomarle de la mano y hacerle entrar en la cama con él, desvistiéndole, besando su piel como si le hubiera estado esperando una eternidad. Ese cajón en el que estaba guardada la prueba de su talento era un ataúd, pues, si le cercaba, estaría matando sus sueños, sus ambiciones, sus posibilidades. ¿No era precisamente eso, escapar de la mediocridad que veía a su alrededor, lo que deseaba con todas sus fuerzas?

Doramas se dejó hacer, tratando de recoger de cada una de las fases del sexo lo que Jaime no quería decir con palabras. Esa noche, mientras se retorcía de placer entre sus brazos, sintió frío, un frío que contrastaba con el calor de sus caricias, como si quisiera rasgar la

fina barrera que se había interpuesto entre ambos.

Livia y Luis estaban esperando en la cafetería. Habían reservado dos sillas con abrigos y consultaba la hora a intervalos irregulares. Jaime llegó con quince minutos de retraso, aparentemente de mal humor.

—¿No venía Doramas contigo?

Él dejó el macuto sobre la mesa, abriéndolo para buscar sus apuntes.

—Le han pedido que se quede en la redacción a terminar un artículo.

—Últimamente le dan bastante trabajo —observó Livia.

—Eso es buena señal —afirmó Luis.

Jaime no dijo nada. Tomó un bolígrafo medio gastado y empezó a subrayar, para preparar esquemas.

Ellos se miraron, sospechando que pasaba algo.

—Por lo menos esta noche vendrá, ¿no?

—Tampoco. Va a salir con sus compañeros.

—¡Pero si habíamos acordado una última marcha antes de los exámenes! —se quejaron.

—Pues hasta julio, veo complicado que podamos quedar —bufó Luis por su parte—. Tengo que terminar la carrera como sea.

—Y yo también. —Livia hizo cuentas—. Ya estamos casi a mitad de mayo. De hecho, ahora deberíamos estar empollando.

—Eso lo diréis por vosotros —concluyó Jaime, quien estaba concentrado en la asignatura.

Con los planes truncados y ninguna expectativa mejor que la de hacer el último esfuerzo en la universidad, se quedaron un rato más allí antes de retirarse a la biblioteca. A varios kilómetros de la Complutense, concretamente en el bloque de oficinas en el que pasaba la mayor de su tiempo, Doramas tecleaba tratando de dar con una combinación que satisficiera las exigencias de su redactor jefe.

Un miembro del equipo se acercó a él, tratando de darle un par de consejos en tono amigable:

—Me han dicho que vienes a la cena.

—Sí —respondió con su infatigable sonrisa.

—Ya verás que lo pasas bien, pero… Mira, chico, tienes que ir aprendiendo cómo se manejan los hilos en este negocio. No es por meterte miedo ni nada por el estilo, pero no bajes la guardia esta noche.

—¿A qué te refieres?

—Digamos que va a ser tu gran prueba. La línea editorial de un periódico no es tanto el estilo de trabajo de sus responsables, sino el

ambiente y conexión que hay entre ellos. Compartir una misma postura con respecto a lo que hay allá fuera, ¿entiendes por dónde quiero ir?

—Más o menos…

Su compañero se acercó un poco más.

—El jefe te va a estar mirando con lupa. Trata de no parecer más cortés de lo necesario, sé tú mismo. Nos caes muy bien, si lo que buscas es quedarte con nosotros, lo tienes a tiro.

Tras eso le guiñó un ojo y se marchó para cubrir un evento cultural sin demasiada transcendencia. Doramas suspiró, nervioso. Por si no tenía bastante con haber dejado plantada a la pandilla, encima la presión externa prometía convertir la velada en cualquier cosa menos agradable.

Siguió trabajando hasta que obtuvo el ansiado visto bueno y se metió en los lavabos de la oficina para cambiarse de ropa, puesto que no le iba a dar tiempo de pasarse por casa. Se reunió con los demás en la entrada principal del edificio, sorprendiéndole verlos tan arreglados.

—Qué guapo se nos ha puesto el *canarión* —bromeó la parte femenina.

Él, tras agradecer los cumplidos, encontró el instante perfecto para dirigirse a su exprofesor.

—Gracias por la invitación, don Antonio.

—Ah, Doramas —le reconoció, dándole una sonora palmada en el hombro—. Leí las proposiciones que hiciste para la sección de crónicas. Muy interesantes.

Roberto, el que había charlado en privado con él por la tarde, le dio un codazo a otro compañero señalándolos, comentando la jugada.

—Mira, ya está allanando el terreno…

Entre cotilleos y muchas ganas de fiesta pusieron camino al restaurante, haciéndolo a pie dada la relativa cercanía con respecto a las oficinas.

—Luego nos vamos a tomar una copa —propusieron.

—¡Estupendo! ¿Por dónde sueles salir tú?

Doramas respondió sin medirse, diciendo la pura verdad:

—No tengo lugar fijo. Malasaña, Alonso Martínez, Chueca…

La mención del último enclave despertó las risas colectivas.

—¿Por Chueca? ¡Pero si eso está lleno de mariconas! ¿Quién ha sido tan cruel de llevarte por ahí?

Doramas trató de justificarse, tartamudeando.

—U-Unos amigos…

—Vamos a tener que sacarte más a menudo de juerga, menudos amigos tienes.

—¿Y tu novia qué opina?

—No tengo novia.

Laura, la más joven de la oficina después de él, se enganchó a su brazo.

—¿En serio? Con lo majo que eres…

Al entrar al restaurante se sucedieron más bromas y comentarios jocosos, pareciendo que la nueva diversión del equipo iba a ser, de ahora en adelante y si la relación laboral se consolidaba, hacerle de celestina al muchacho.

Doramas se llenó la copa de vino y dio un largo trago. El alcohol le ayudaría a disimular que se sentía miserable, pero era demasiado tarde para dar marcha atrás.

La firma del contrato se produjo apenas dos semanas después. La promesa de hacerle indefinido tras el periodo de prueba era motivo de peso para someterse a un ritmo inhumano, trabajando con ahínco en la redacción y estudiando por las noches.

Cuando estaban ambos en el piso, Jaime solía observarle mientras asistía al espectáculo de la alienación. Se quedaba absorto en su figura, meditando sobre el presente y futuro de ambos, en especial sobre sí mismo.

Era obvio que Doramas no le contaba todo lo que sucedía en su entorno. Ocho horas diarias ejerciendo una actividad donde las relaciones interpersonales eran básicas daban pie a tener muchas historias que narrar, pero otro buen montón que guardarse. Su hacer como periodista no había hecho sino comenzar, pero ya entrevía en su mirada que dejaba abiertas determinadas puertas, cerrando otras.

No era el único que tenía secretos. Cada mañana, cuando le sentía abandonar la habitación a primerísima hora, la idea de soltar lo que llevaba dentro se le pasaba por la cabeza como si fuese una estrella fugaz, pero tan pronto ésta surgía, volvía a desaparecer.

Cuando las últimas calificaciones fueron pinchadas en el tablón del pasillo de Publicidad y comprobó que, a falta del abono de las tasas, ya estaba licenciado, supo que no podría seguir esperando.

Ocurrió a la tarde siguiente, el mismo día en que el propio Doramas obtuvo también el aprobado que le convertía en titulado superior. Había celebrado el logro en la oficina, y llegó al piso pletórico por un doble motivo. Nada más entrar le buscó, hallándole

tirado sobre la cama resguardado de las altas temperaturas. Le tendió una copia preliminar del diario y señaló una columna de la sección de sucesos.

—Van a publicarme —anunció.

Jaime sostuvo el periódico. A medida que avanzaba en la lectura, fue derrumbándose. Cada una de esas palabras vacías fue como una puñalada que dejaba a su paso un dolor agudo y lacerante.

Tiroteo en Legazpi deja dos heridos graves

Por Doramas Betancor

Un posible ajuste de cuentas entre dos bandas juveniles, producido ayer noche en plena boca del metro, ha dejado a su paso dos heridos de gravedad según datos de la policía local. Testigos oculares aseguran haber visto a cuatro sujetos portadores de arma blanca, los cuales…

—¿Qué te parece?

—Tan artístico como un montaje en cadena.

Él se quedó de pie, sin acabar de comprender el significado de su dictamen.

—¿No te gusta? ¿Es demasiado arriesgado?

Esa palabra hizo que Jaime estallara:

—¿Era esto lo que querías, redactar noticias de barrio que se olvidan al minuto de leerlas?

—¿Cómo que lo que quería?

—¿Dónde están tus aspiraciones? ¿Para qué viniste tan lejos si no era para dar lo mejor de ti?

—Me mato a trabajar para conseguir un puesto nada más acabar la carrera, ¿y es así como lo agradeces? —replicó.

Jaime contuvo una carcajada amarga.

—¿Qué es lo que tengo que agradecerte?

—Que pueda pagar mi parte de la cuota del piso, por ejemplo. ¿O es que has olvidado que se han acabado las becas?

—Claro. Dejar que cerquen tu vida por imposiciones sociales es una gran manera de desperdiciarla.

—Si encuentras una manera de vivir como dices, sin robarle la pensión a mi madre, adelante. ¿Qué hay de ti? Tanto rollo y trabajas por horas sirviendo copas.

—No vivo, sobrevivo. Por eso no voy a seguir así.

Jaime intentó serenarse, siendo lo más concreto posible:

—He decidido volver a Asturias.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo?

—Cuando viera que tú tampoco vas a encontrarte a ti mismo aquí.

—Creo que no tienes ningún derecho a decidir por mí. ¿Qué te

hace pensar que no quiero seguir en Madrid? Aquí están mis amigos, mi trabajo… Estás tú.

Jaime negó, excluyéndose.

—Ya no.

Doramas respiró hondo, forcejeando con el nudo que empezaba a aprisionarle la garganta.

—¿En qué punto nos encontramos? ¿Vas a ponernos fin así, sin más?

—Yo no he dicho que quiera romper.

—¿Tanta fe tienes en las relaciones a distancia?

Podía perdonarle que fuese un utópico, o que su visión de la realidad estuviese distorsionada, incluso que no le gustaran un ápice sus primeros artículos, pero lo que no toleraba, era que hubiese menospreciado el valor de sus sacrificios. Había invertido muchas horas y esfuerzo, llegando incluso a mentir, por conseguir ese puesto con un único objetivo: afianzar el vínculo que los unía donde parecía estar flaqueando.

Pero Jaime era como un caballo salvaje, impasible ante el jinete que es incapaz de domarlo al final de un largo entrenamiento. Con lo último que le escuchó decir, mató el sentido que le había dado a la planificación de su nueva vida, rompiéndola en mil pedazos.

—Oviedo no está tan lejos.

A Doramas se le llenaron los ojos de lágrimas. Recogió el periódico de la cama y puso rumbo a ninguna parte.

—Vete a la mierda —murmuró, dando un portazo.

Fue como si se hubiera producido un descenso vertiginoso desde la cima en la que creía haberse situado. Echó a andar hasta que llegó un momento en el que no tenía ni la más remota idea de en dónde se encontraba. Veía la calle borrosa, los sonidos le llegaban distorsionados y su mente procesaba tanta información que no tenía constancia de lo que estaba ocurriendo. Encadenó la noche con un inicio excesivamente madrugador de su jornada laboral, prolongando el quehacer en la oficina hasta el agotamiento.

Encontró el piso vacío a la vuelta. Los cajones, las estanterías, su parte del armario. No había rastro de él por ninguna parte. Se sentó en el lecho, resistiéndose a tumbarse sobre las sábanas en busca de las últimas reminiscencias de su olor.

En medio del claro libre de polvo que había formado el equipo de música, estaba lo único que Jaime se había dejado. Cuando sostuvo el objeto, supo que no había sido fruto del olvido, sino más bien un mensaje, un hilo conductor que le impidiera olvidarse completamente de él cuando el tiempo insistiera en cauterizar las

heridas.

Era un CD, la versión digital del álbum que incluía la canción que en ese momento se juró no volver a escuchar. Enterró el rostro en la almohada y lloró; nada le instaba a albergar falsas esperanzas, pues estaba seguro de que él no volvería.

En aquel instante, mientras saboreaba lo amargo de la pérdida, supo que ése era, en verdad, el precio a pagar por ser libre. La edad adulta, las responsabilidades, los desengaños…

La soledad.

8

Tratar de pasear por el centro de Madrid un día festivo era, de por sí, una osadía, pero si encima coincidía con la cabalgata de Reyes, pasaba a ser una locura en toda regla.

Aunque los tres lo supieran de sobra, decidieron quedar en una cafetería de la Plaza Mayor. Las inmediaciones estaban plagadas de parejas con sus hijos pequeños y ellos, como no podía ser de otra manera, no eran excepción.

Doramas los distinguió, y Luis los saludó mientras Livia se encargaba de desplegar el cochecito. Le dio un beso en la mejilla para luego hacerle un par de carantoñas a la niña, quien le clavó sus enormes y vivaces ojos azules.

—Menudo día has elegido —se quejó el padre, sentándose.

—Ya, es un follón.

—Da igual, teníamos ganas de verte. Toma, cógela un rato, que cada vez pesa más. —Livia se la pasó con cuidado y se dio a continuación el lujo de relajarse—. ¿Qué tal lo has pasado? ¿Te has aburrido mucho durante las fiestas?

Doramas sentó a la pequeña en el regazo y pidió un café con el que acompañar lo que prometía ser una charla memorable.

—En verdad no estuve lo que se dice del todo solo.

—¿No me digas que ligaste en fin de año? Je, no hay mal que por bien no venga.

—Adivinen a quién me encontré por la Facultad.

—¿Por la Facultad? ¿Qué hacías allá? —se extrañó Luis.

—No te desvíes del tema —le regañó ella—. Pues no lo sé. ¿Algún famoso?

Doramas negó, y lo soltó tras haberse aguantado las ganas de contarlo por teléfono:

—A Jaime.

Ellos, sin salir del asombro, se atropellaron al exigir una confirmación de lo que acababan de escuchar.

—¿Jaime?

—¿En serio?

—Sí.

Luis se terminó su café de un par de tragos, incrédulo.

—¿Y cómo está?

Doramas esbozó una media sonrisa y respondió:

—Calvo.

—Esto es la leche —afirmó Livia—. ¿Qué hace en Madrid?

—Me dijo que había venido por temas de trabajo. Tengo su número de teléfono.

—¿No vas a llamarle? —preguntó él.

—No lo sé. —Doramas suspiró, notando que la niña le agarraba con fuerza el índice izquierdo—. Ha pasado mucho tiempo desde aquello y me alegró la coincidencia, pero…

Luis le puso una mano en el hombro.

—Jaime desapareció del mapa sin ni siquiera ponerse en contacto conmigo, que supuestamente era su mejor amigo, y de ti ya ni digamos. Es normal que le guardes rencor.

—Pues yo quiero verle —afirmó Livia con rotundidad—. Por saber cómo le va y qué ha sido de su vida, pero también para ajustar cuentas. Nos hizo daño, lo más justo es que nos escuche y se justifique.

—No hace falta, es mejor dejarlo estar —dijo Doramas.

—Livia tiene razón. No vamos a lincharle, tan solo a dejar las cosas claras.

—¿No les importa que quedemos los cuatro a la vez?

—Claro que no.

Doramas se centró en tomarse el café sin soltar a la niña. Estaba demasiado confuso.

—Le llamaré. ¿Qué día les viene mejor?

—El próximo viernes. Salgo a las dos de la oficina.

—Estaría bien dar una vuelta por El Retiro.

—Ok. Ya les confirmaré entonces la hora.

Siguieron hablando de cómo habían sido las Navidades con la familia de Livia, el arranque de la temporada fuerte en la redacción con las cercanas elecciones o lo complicado que resultaba cuadrar horarios ahora que ambos volvían a trabajar. Cualquier asunto era provechoso con tal de no dejar salir lo que realmente les preocupaba. Cada uno tenía sus propios motivos para ansiar y temer esa hipotética cita; les gustase o no, Jaime había dejado una huella lo suficientemente grande en sus vidas como para no permanecer impasibles a su inesperado regreso.

Doramas depositó el abrigo sobre el sofá de su apartamento, aflojándose la corbata para ponerse cómodo tras una jornada extenuante. Aunque estaba bastante ocupado cubriendo su área, no había dejado de pensar en la meta que se había propuesto cruzar antes de que el día llegara a su fin.

Nunca creyó que pulsar nueve teclas en el teléfono móvil pudiera requerirle tanta predisposición. La nota de Jaime estaba sobre la

mesita auxiliar, con su letra ágil pidiendo a gritos que marcara de una vez. Se puso de pie con el primer tono, y se acercó a la ventana mientras se cuestionaba si realmente quería obtener respuesta al otro lado de la línea.

Iba a cortar cuando una voz inconfundible le sacó de dudas.

—¿Dígame?

—Soy yo.

Él contestó pasados un par de segundos:

—Veo que al final te has decidido a llamarme.

—No pensaba hacerlo, pero Luis y Livia insistieron. —Cerró los ojos, apoyando la frente en el cristal—. Quieren verte, habíamos pensado que podíamos quedar los cuatro para dar una vuelta y hablar, si es que estás en Madrid.

—Sí, estoy en la ciudad.

Doramas trató de identificar en el sonido de fondo algún ruido delator, como si con eso pudiera averiguar su localización exacta. Ni coches ni gentío. Nada. Sólo su hablar sosegado.

—Puedo quedar, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Quiero verte a solas antes. En el mismo sitio si quieres, no me importa —expuso Jaime.

—¿Te parece bien en El Retiro mañana, a las cinco?

—¿Donde siempre?

—Sí.

—Nos vemos entonces.

—Hasta luego.

Ya estaba hecho. Se quedó contemplando la calle desde lo alto, sujetando el teléfono en una mano mientras que la otra, cruzada sobre el pecho, le protegía en un acto inconsciente.

Las horas transcurrirían lentas, distorsionándose la dimensión del tiempo como si se tratara de un reo a la espera de serle concedida su última voluntad.

Jaime observaba a la gente que salía y entraba de la exposición itinerante que acogía el Palacio de Cristal. Su costumbre de llegar antes no había variado; prefería esperar a que le esperasen, contar con esa ventaja psicológica de ser él quien tenía el dominio de la situación.

El lapso también le daba oportunidad de pensar y evadirse entre la gente, momento en el que más aislado se sentía, rodeado de desconocidos. Analizó a los transeúntes, jugando a otorgarles una procedencia. Algunos debían de ser andaluces, otros de las afueras de

Madrid, incluso los había de países lejanos de Suramérica o el norte de África. Ciudadanos de todas las clases y culturas posibles, aunque ninguno comparable al que vio llegar.

Su figura fuerte y esbelta, los ojos oscuros, bondadosos, rasgos que hablaban de un linaje antiguo, su carácter noble, incapaz de decirle que no a nada por duro que resultase…

Doramas se acercó en cuanto le hubo distinguido entre la multitud. Cuando se quedaron frente a frente, Jaime volvió a pensar lo mismo que cuando se habían encontrado hacía casi dos semanas en la universidad; era como si, al contrario que él, no hubiese envejecido, manteniéndose en las mismas condiciones que las que recordaba. Obviamente, no dejaba de ser una percepción.

—Siento el retraso, no pude venir antes —se disculpó, recobrando el aliento.

—No importa. —Echó un último vistazo al Palacio e iniciaron el paseo hacia las zonas frondosas—. Menos mal que encontraste mi nota.

—Como para no verla. La dejaste en el lugar más oportuno.

—Muy típico de mí, supongo.

Él asintió. Andar aumentaba el ritmo de su respiración, y los pulmones se le llenaban de aire fresco. Aquel aroma fragante le hizo reparar en un detalle; tanto ahora como en Nochevieja, el olor de Jaime era distinto, pero no sabía por qué. Cuando reparó en lo que lo hacía diferente, no dudó en preguntar:

—¿Ya no fumas?

—Lo dejé. Ver a mi padre morir por el vicio me hizo replanteármelo.

Doramas se detuvo.

—¿Tu padre falleció?

—Sí.

—¿Hace mucho?

—Le detectaron la enfermedad cuando lo único que podía hacer por él, era cuidarle en casa de mis abuelos. Rafa estaba estableciéndose con Montse y le había costado quedarse en su empresa, lo más lógico era que me tocase a mí.

Hizo una pausa mirando a la lejanía, allí donde las hileras de árboles parecían juntarse en dos paralelas convergentes.

—Si haces cuentas, obtendrás tu respuesta. Ese es el motivo por el que me marché.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Si te lo contaba, te empeñarías en irte conmigo a Asturias. Era lo mejor para ti.

—No es verdad.

—Podrías haberte puesto en contacto con Rafa para localizarme, si tanto te molestó.

—Pero no lo hice, puesto que ni siquiera te molestaste en saber qué futuro había planeado para nosotros. Tampoco te pregunté lo que opinabas tú, así que en eso estamos empatados. —Doramas calló, reflexionando—. Lamento lo de tu padre, pero sigo sin comprender por qué lo hiciste.

—Leí tu cuaderno. Tenías tanto talento que me hacía sentir insignificante... No era justo que tuvieras que sacrificarlo. Si te marchabas de Madrid, conseguir que te publicaran sería incluso más difícil.

Doramas recordó la vieja libreta. Hacía tanto que no la veía que supuso que se había perdido en el cambio de apartamento. De pronto, creyó entrever dónde estaba el punto crucial del asunto.

—Y entonces… escribí aquella basura —pensó en voz alta, mencionando su primer artículo.

Jaime asintió.

—Me cabreó comprobar que no reflejaba tu potencial. Era un texto vacío y hueco, sin alma.

—Sé a lo que te refieres —apuntó él en un ejercicio de autocrítica —. Aunque haya escalado un par de puestos en la redacción sigo haciendo lo mismo, en el mismo sitio y con la misma gente, pero necesito el dinero. Y quién no, ¿verdad? —suspiró—. Ya no sé ni cuánto hace que no escribo por vocación.

Miró a Jaime. Sus labios seguían curvados en una sonrisa amable, pero sus ojos mostraban una pizca de decepción. ¿Acaso se estaría atribuyendo el fracaso al no haberse cumplido sus expectativas?

—Es lo que elegiste —le escuchó decir—. Todos tenemos la vida que nos labramos, con sus inversiones y consecuencias. No deberías sentir remordimientos si recoges el fruto que en su día plantaste.

—¿Y qué hay de tus cosechas? —preguntó, siguiéndole el juego.

—Me dedico a diseñar campañas.

A Doramas se le iluminó el rostro.

—¡Entonces acabaste trabajando en publicidad!

—Digamos que he hecho contactos. Me llama algún cliente de vez en cuando, me propone una idea y negociamos el plazo de entrega. No está mal.

—¿En cuáles has colaborado?

—¿Viste aquel anuncio, el del coche de seis puertas?

—Sí. Era bastante original.

—Creación mía —dijo sin entusiasmo.

—Supongo que pagarán bien.

—La mayoría no escatima en gastos, pero imponen condiciones, como las reuniones periódicas. La sede de la empresa para la que estoy trabajando ahora está en Madrid, pero he vivido en Berlín, entre otros sitios.

—¿En serio?

Jaime hizo un gesto afirmativo. Labrarse un renombre dentro del mundo conceptual había sido su batalla en esos cinco años, durante los cuales había deseado contarle cada suceso y reto. Sin embargo, ahora que en efecto lo estaba haciendo, se sentía vacío, como si el motivo de su orgullo fuera en verdad un lastre.

—Me quedaré hasta marzo, luego me marcho a Londres.

Fue aminorando el paso hasta detenerse. La quietud era tal que, con un poco de imaginación, podría haberse creído que estaba en lo más profundo de un bosque, como ésos que recorría de niño cerca de la línea del Cantábrico. Había olvidado la última vez en la que le asaltaron esos recuerdos de manera tan vívida. El rugido ronco del océano, el aroma yodado, la brisa impactando contra su rostro.

—Entonces, si vas a volver a irte… —dijo Doramas—. Con respecto a lo que pasó el treinta y uno…

Jaime se giró para mirarle. Sus ojos eran ese mar, su presencia la brisa, su voz el batir de las olas. Sólo era capaz de sentir aquel grado de conciliación consigo mismo cuando él estaba a su lado. Aunque fuera un alivio momentáneo, se supo en paz.

—No me arrepiento de lo ocurrido. Te he echado de menos.

Doramas comprendió. Parecía que Jaime apenas había cambiado; si seguía siendo el mismo de su juventud, de sus labios no obtendría una disculpa, aunque tampoco la necesitase.

—Y yo a ti.

Pese a que la química entre ambos era tan fuerte como el primer día, su historia inacabada necesitaba un final. Era momento de mirar hacia adelante, de apoyarse el uno en el otro desde la óptica de una amistad fortalecida por el amor previo.

Se abrazaron.

Madrid giraba sin cesar ajena a los dramas cotidianos, los reencuentros, las pérdidas, las desilusiones. Pero les era indiferente, porque si volvían a prestar un poco de atención, la balada seguía ahí, sonando.

Tras haber dejado a la niña al cuidado de la hermana de Livia, los

cuatro volvieron a reunirse para ir a cenar. Precisamente fue ella la que más eufórica se mostró por el plan.

—Hacía una eternidad que no salía. ¡Y dicen que ser madre no es para tanto!

Tomaron asiento en la mesa que habían reservado en un restaurante colombiano de Fuencarral. De no haber sido por las consonancias de la reunión, hubiese parecido que se trataba de una de las habituales salidas en pareja que antaño acostumbraban organizar.

Mientras el camarero iba a tomarles nota, Luis no dejaba de mirarle, agitando la cabeza en señal de desaprobación.

—Por más que lo intente, no te reconozco.

—¿Aún sigues con eso? —rio Jaime—. No estoy tan cambiado.

—Esa melena era nuestra seña de identidad.

—No se puede hacer nada contra la genética, tan sólo adaptarse —dijo él.

Doramas no se pronunció al respecto. Dio un trago de cerveza e insistió en crear un clima lo más acogedor posible.

—Lo importante es que estamos juntos otra vez.

—Por nosotros —proclamó Luis alzando su vaso.

—Por nosotros —respondieron los demás.

Les dejaron los entrantes en el centro; Jaime tomó los cubiertos y empezó a servirles, aprovechando la maniobra para sacar el tema que nadie había querido tocar en las últimas horas:

—Supongo que os habréis preguntado dónde demonios he estado.

Con un simple intercambio de miradas, Luis y Livia decidieron echarle leña al fuego.

—Mentiría si dijera que no. En verdad, lo primero que pensé cuando Doramas nos dijo que te había visto fue que eras un capullo —expuso él sin perder el buen humor—, pero estás aquí y voy a darte la oportunidad de explicarlo antes de echarte a los leones.

—Éramos tus amigos, nos dolió que te fueras sin más —añadió ella —. ¿Y qué me dices de él? Le dejaste hecho polvo.

Doramas trató desviar la atención sobre lo que le concernía.

—Da igual, Livia.

—No, no da igual. —Se puso seria—. Estuvo fatal varias semanas, Jaime. No sabes cuánto nos costó que volviera a salir para algo más que ir a la oficina, o que se decidiera a mudarse. Me da igual si es fomentar malos rollos. Es la pura verdad.

—Cierto —apuntó Luis—. Tío, eras como un hermano para mí. ¿Qué te hizo abandonar?

Jaime terminó de servir los platos. La expresión tranquila de su

rostro no había variado, ni lo hizo cuando inició su relato al son de la música tropical que ambientaba el restaurante.

—Estaba atravesando una época complicada. Sabía que al acabar la carrera no sólo se terminaría lo de estudiar, sino otras muchas cosas. Pasé de preguntarme hacia dónde quería encaminar mi vida a verme en una encerrona. No tenía más tiempo para meditarlo.

—Como todos —replicó Luis.

—Lo que quiero decir es que llegó un momento en el que sentía que si me quedaba en Madrid, entraría en una dinámica difícil de romper. No es que estuviera a disgusto aquí, todo lo contrario, pero me angustiaba pensar que ya no era tan joven y que, si no me lanzaba a la aventura, jamás lo haría.

—Y te largaste sin despedirte.

—Su padre estaba enfermo —le disculpó Doramas—. Ni yo lo sabía.

—Ni siquiera Rafa. Se lo conté más tarde, cuando ya había regresado a Oviedo. —Jaime apartó con el tenedor parte de la guarnición que no se iba a comer—. Puede que no os parezca una razón de peso, pero creí que lo mejor era que las cosas siguieran su curso y que, si era mejor para vosotros, me olvidaseis.

Livia se limpió los labios con la servilleta.

—¿Sabes por qué le pusimos Estrella a nuestra hija? Por las veces que nos hacías mirar al cielo y nos obligabas a buscarlas aunque fuese imposible distinguirlas. —Al confesarlo sus ojos se humedecieron—. No te hemos olvidado.

Jaime sonrió.

—Yo tampoco os he olvidado, ni a mis ideales. De hecho, siguen intactos, y la situación de cada uno de nosotros los confirma. Lo que nos hace grandes es la capacidad de elección sobre nuestras vidas y la amplitud del concepto de la libertad en función a las prioridades. Por ejemplo, no sé qué opinión tenéis —dijo en referencia a Luis y Livia—, pero bajo mi punto de vista, vuestra prioridad siempre ha sido estar juntos. Habéis definido vuestra vida bajo esa premisa, ¿me equivoco?

—Bueno, ahora trabajo en telefonía aunque no tiene nada que ver con la carrera porque me venían bien los horarios.

—Y yo estoy en la Administración, también por los turnos —añadió ella—. Se podría decir que sí, sobre todo ahora que tenemos a la niña.

—Para Doramas, la prioridad era su trabajo —prosiguió—. Hizo muchos esfuerzos viniendo hasta aquí y su concepto de la libertad se basaba en hacer aquello para lo que dejó atrás a su familia. Me

dijiste que conseguiste estabilidad laboral, ¿no?

Él asintió.

—Para mí, lo prioritario era experimentar. Nunca he estado ligado a un sitio. Si me marché de improviso fue porque defiendo que aunque las personas no estén físicamente cerca, siempre queda una conexión, un lazo que las une. Quería ver mundo, vivir en el extranjero.

—¿En el extranjero? —preguntó Livia con curiosidad.

—Sí. Empecé recibiendo encargos de una agencia local en Barcelona y unos holandeses se interesaron por mi trabajo. Colaboré con ellos y la cartera de clientes fue ampliándose. Básicamente me he dejado llevar, ha habido temporadas buenas, otras no tanto. He dado tumbos por ahí y ahora estoy en la ciudad.

—¿Y eres feliz así?

Jaime esbozó otra sonrisa. Sus ojos oscuros se perdieron en el fondo de la copa, ahí donde la bebida se enturbiaba sin dejar ver con claridad qué había debajo, aunque la lógica se impusiera.

—¿Lo sois vosotros?

—Sí.

—Mucho —asintió Livia, entrelazando los dedos de la mano a los de Luis.

Doramas no dijo nada. Siguió mirándole y escuchándole. El tono con el que se pronunció le dijo mucho más que aquel montón de palabras, fiel a su hábito de no mostrar más de lo necesario.

—La felicidad es otro concepto al que todavía estoy tratando de dar sentido —concluyó Jaime.

Justo cuando Doramas creía que le iba a tocar responder, el camarero llegó con los encargos, disponiendo ante cada uno lo pedido. Se sintió aliviado. Él tampoco estaba preparado para decir abiertamente qué consideración tenía sobre su propia vida.

—¿Y dónde te estás quedando? —quiso saber, desviando la atención.

Jaime adoptó una expresión mucho más risueña.

—Os lo diré si no os reís de mí.

—Venga, suéltalo —insistieron ellos, intrigados.

—En casa de Rafa.

Luis empezó a troncharse de la risa; Doramas se contuvo un poco, mientras que Livia tuvo que hacer esfuerzos por no atragantarse.

—Es una de las consecuencias de mi *libertad*… Mientras que vosotros tenéis una casa propia, yo tengo que racanearle a mi hermano.

—Mejor di que la casa es del banco y el piso de Doramas de la

casera —concretaron.

—Pero entendéis a lo que me refiero.

Ellos asintieron. Jaime se fijó en los anulares de la pareja, reparando en que estaban desprovistos de alianzas.

—¿Vais a casaros?

—Puede que el año que viene, no tenemos prisa —dijo Livia.

—¿Y tú? ¿Tienes pareja? —preguntó Luis.

—Es complicado cuando se carece de residencia fija.

—Doramas ha tenido un par de candidatos, pero nada serio —se apresuró a decir ella con entusiasmo.

—Quise comprobar si era cierto eso que decías sobre los problemas que acarrean los rollos de una noche —se justificó.

—¿Y a qué conclusión llegaste?

Él vació su copa, tomando la botella de vino para volver a llenarla.

—Que es agotador repetir el mismo proceso una y otra vez.

—Fiesta-ligue-cama, fiesta-ligue-cama… Vaya que sí es agotador —rio Luis—. Creo que soy uno de los pocos hombres que quedan en este siglo que podrán presumir de haber sido íntegramente monógamos. ¡Y sin presiones sectarias de por medio!

—Para algunos la monogamia es una secta —apuntó Jaime.

—¿Ah, sí? —preguntó Livia con doble sentido.

—No le hagas caso —le dijo Doramas en un guiño cómplice—. Más quisieran muchos tener algo remotamente parecido a lo que tienen ustedes.

—En resumen, que los dos estáis sin compromiso —concretó Luis.

Mientras que a Jaime no pareció afectarle la deducción, Doramas se sonrojó ligeramente.

—¿A qué viene eso?

—Nada, nada. Sólo ha sido un comentario inocente.

Continuaron cenando. A medida que se desarrollaba la noche y limaban asperezas, tuvieron la agradable sensación de haber regresado a lo que fueron, sin renunciar a los efectos de la madurez. Pese a que los tres no habían dejado de verse ni de compartir cada suceso que rompía la monotonía con la que volaban las semanas, sin Jaime no había sido lo mismo. Su presencia lograba llenar ese incómodo hueco, uniéndolos de una forma que no sabían explicar.

—Siempre imaginé que cuando fuésemos mayores haríamos cosas como éstas —contó Livia terminándose el postre—. Quedar para cenar, ir a tomar café a casa de los otros, llevar a los niños de paseo…

—Hemos dejado los parques para el día y cambiado los minis por biberones —añadió Luis, nostálgico.

—Cada vez que me pase por Madrid, podremos hacerlo. Por nada del mundo quisiera perder el contacto.

—¿Cuándo te vas?

—A finales de marzo me marcho a Londres. No sé cuánto estaré allí, depende de la envergadura del área que me asignen en el proyecto.

Ellos no dijeron nada. Fue como si estuvieran despertando de un sueño demasiado perfecto como para ser real.

—Tenía algo de miedo por lo que podía suceder hoy —confesó Jaime—. Creía a pies juntillas que no querríais saber nada de mí.

—¿Y cómo estás tan seguro de que no es así? —medio gruñó Luis, para a los dos segundos desmentirlo—. Nada, es coña. Siempre te han faltado un par de tornillos, pero eso es lo que te hace especial. Ahora que conozco tus razones, sólo espero que no tengan que pasar otros cinco años para que vuelvas a dejarte caer.

—Yo no podría haberlo dicho mejor —agregó Livia.

Antes de empezar la clásica discusión sobre quién invitaba a quién, dividieron la cuenta a partes iguales. Apenas pasaban de las doce y la noche bullía en su punto álgido, pero ninguno parecía demasiado predispuesto a continuar la marcha.

—Nos gustaría tomar una copa, pero tenemos que ir a por la enana —se disculparon.

—Y yo mañana debería adelantar un reportaje —apuntó Doramas con fastidio.

Luis había dejado su coche en un *parking*; puesto que aún había servicio de metro a esas horas, Jaime le propuso ir juntos hasta el subterráneo.

—¿Vas a coger la línea cuatro?

—Sí.

—Entonces voy contigo, te acompaño hasta la parada.

Se despidieron, acordando quedar alguna tarde entre semana si les era posible. Cuando hubieron desaparecido al doblar la esquina, Doramas y Jaime echaron a andar en dirección a la boca de metro más cercana. Hacía un frío inusualmente extremo para aquella época del año, pero a la gente que abarrotaba las calles no parecía importarle.

—Mira que he estado en ciudades grandes, pero en ninguna se respira este ambientazo.

—*Spain is different* —bromeó Doramas, poniéndole un toque especial a la expresión con su fuerte acento.

Esquivaron a varios grupitos caminando por la carretera, guiándose por las rutas que habían memorizado a base de recorrer

los mismos lugares infinidad de veces. Aunque ninguno de los dos había nacido allí, llevaban aquel mapa grabado a fuego en el cerebro.

Jaime siguió hablando, contándole cosas que en presencia de los demás le hubiera sido imposible:

—Tenía ganas de ver a Luis y a Livia, aunque desde un principio estaba dispuesto a aceptar que los había perdido.

—¿Te hubiese dado igual?

—Claro que no, pero lo que de verdad me preocupaba era perderte a ti.

Doramas no supo qué decir. Sentimientos que creía muertos habían resucitado, chocando con otros nuevos en una puja por ver cuál conseguía terminar de turbarle. Lo único que sonsacaba en claro era que tenerle a su lado le calmaba, permitiéndole recuperar parte de la autoestima.

—¿Sabes que estuve cerca de un año reprochándome que rompiéramos?

—Nadie tuvo la culpa. Simplemente, nuestros caminos tomaron direcciones distintas —dijo Jaime.

—Sí, ahora lo sé, pero por aquel entonces era incapaz de reaccionar. Hasta cuando traté de conocer a personas nuevas seguía reprochándome que saliera mal. Por cierto, hay algo que siempre he querido preguntarte.

—¿El qué?

Al llegar a la boca de metro se detuvieron a un lado de las escaleras. Doramas se concedió el lujo de formular despacio una cuestión que se había hecho demasiadas veces, en concreto, siempre que veía el dichoso logotipo del grupo favorito de Jaime en alguna tienda u oía de pasada alguna de sus canciones.

—¿Por qué me dejaste el disco?

Jaime sonrió; sus ojos se enmarcaron en unas ligeras patas de gallo, aportando carácter a su apariencia aniñada. Antes de que le diera respuesta, Doramas supo lo que iba a contestar. No se equivocó. Le vio marcharse en dirección a casa de Rafa mientras lanzaba sus motivos al aire como si éste pudiera remover las palabras a su antojo, alternando las variantes posibles para que él, como siempre, eligiera la que le pareciera más oportuna.

—Mejor que lo deduzcas por ti mismo.

9

El libro de estilo de *Primera plana* era bastante preciso en cuanto a su metodología. Con unas pautas herméticas para la redacción y otro buen puñado de normas no escritas respecto a la manera de trabajar, pocas opciones creativas quedaban para cubrir los incidentes que se producían en la carrera hacia las elecciones generales.

Le había tocado convertirse en la sombra de los mismos candidatos que en las anteriores, por lo que esa mañana le pareció aún más exasperante. Su combate contra la apatía, normalmente reducido a ir a buscar café a la máquina o tomar un poco de aire desde el balcón de la oficina, se había visto fortalecido con una nueva técnica de evasión. A veces, cuando lo único que le apetecía era desconectar, se quedaba mirando la pantalla y pensaba en la nada.

Estaba tratando de encontrar una cohesión entre los últimos párrafos escritos cuando su móvil sonó. Lo cogió y, tras sobresaltarse por el nombre que indicaba la pantalla del aparato, fue a otro lugar menos ruidoso.

—Enseguida vuelvo —dijo.

Salió al fondo del pasillo y aceptó la llamada cuando estuvo en silencio relativo.

—Hola.

—¿Te interrumpo?

—Para nada. Dime, ¿qué querías?

—Seré breve. Rafa celebra su cumpleaños el jueves aquí, en casa. Me ha pedido que te invite.

—¿El jueves? —repitió.

—Sí. Luis y Livia no pueden venir y supongo que a ti tampoco te vendrá demasiado bien…

—No hay problema —dijo, menospreciando la cantidad de trabajo que tenía pendiente—. ¿Cuándo será, por la noche?

—Sí, en plan tranquilo.

—¿Llevo algo?

—Como quieras. A las nueve, ¿te acuerdas de dónde es el piso?

Doramas se giró cuando notó que alguien le estaba mirando. Supuso que a sus compañeros les había llamado la atención que saliera de la oficina para hablar por teléfono, cuando por norma general solía hacerlo allí a todas horas.

—Claro. Nos vemos el jueves entonces.

—Hasta luego.

Cortó. Al regresar a su silla se sintió un poco más ligero. Se imaginó que los muebles y personas que llenaban aquella dependencia abarcaban una amplia gama de grises entre los que destacaba él, reluciendo en colores por la invitación que acababa de recibir.

Llevaba tanto tiempo inventando excusas para dar esquinazo a las propuestas de citas a ciegas que le ofrecían que estaba cansado. Cansado de mentir, de ocultarse, de dar la espalda aparentando ser alguien diferente con tal de encajar.

Cuando Sebastián le hizo una pregunta con segundas, fue directo.

—El viernes te vi por Fuencarral con un chico. ¿Quién era, algún familiar?

No resultó ser una decisión calculada, o algo que tuviese un plazo prefijado para hacerse público. Simplemente, le salió. Y el placer que experimentó al volcar en ello tantos años de silencio fue incomparable.

—No, era Jaime. —Hizo una breve pausa, enfatizando—. Mi ex.

Rafa se esforzaba en manejarse en la cocina bajo las órdenes de Montse, motivado por el sano contrarreloj que como anfitrión se había marcado. Se quitó el delantal, dejando el inalámbrico sobre su base.

—¿Quién era? —preguntó ella.

—Carlos. Dice que tampoco va a poder venir.

Montse se agachó ante el horno, calculando el tiempo y temperatura en que debía programarlo.

—¿Entonces, cuántos somos?

—Jaime, tú, yo y Doramas. Pocos, pero bueno… El sábado si salimos de copas se apuntarán más.

—¿Ese Doramas del que tanto habláis, quién es?

Rafa sacó los cubiertos, pidiéndole que hiciera lo mismo con las copas para poner la mesa.

—El chico con el que salía Jaime durante la universidad.

—¿Han vuelto?

—Vete tú a saber —cuchicheó—, nunca me cuenta nada. Si no llega a ser porque Óscar me llamó el otro día y me comentó que Luis había quedado con él, no me hubiese enterado de que se está viendo con su viejo grupo de amigos.

—Déjale. Ya sabes cómo es —le disculpó Montse.

Se dedicaron a ultimar los detalles hasta que el timbre sonó a la hora acordada. Jaime se ofreció voluntario para ir a recibir al invitado. Le encontró esperando en el marco de la puerta con una

botella en la mano.

—¿Llego muy pronto?

—No, pasa —le pidió, mirándole de refilón. Vestía un jersey negro de cuello alto y vaqueros, el atuendo entre informal y elegante que en ocasiones como ésa acostumbraba a usar—. Eres el primero y el último.

—¿En serio? —respondió cortado.

Rafa se acercó, pareciendo bastante feliz por su presencia.

—¡Hombre, cuánto tiempo! —exclamó, estrechándole la mano.

Doramas correspondió con una sonrisa. El lustro transcurrido no se había portado demasiado mal con Rafa; además del principio de alopecia que compartía con Jaime, superar la barrera de los treinta no le había pasado factura.

—Yo soy Montse.

—Hola, encantado —dijo, dándole dos besos.

Tras las presentaciones, Montse tomó la botella y los dejó a solas. Antes de que Doramas cediera a la incómoda tentación de pensar que aquella cena parecía algo más que una simple celebración de cumpleaños, Rafa rompió el hielo:

—¿Cómo te va? Desde que el zopenco éste decidió largarse, no he vuelto a saber de ti.

—Pues no me puedo quejar. Sigo trabajando en la redacción de *Primera plana*, al menos puedo desempeñar la profesión para la que me formé.

—Sí, eso es un privilegio hoy en día —corroboró.

Montse asomó la cabeza desde la cocina, sorprendida.

—¿*Primera plana*? ¿No es el periódico que reparten en el metro?

Jaime se reservó su opinión; los diarios gratuitos le parecían un producto aún más de usar y tirar que los convencionales.

—Ése mismo.

Doramas trató de defender el nombre de su empresa.

—La dirección está sopesando convertirlo en un diario online, pero no sé en qué acabará la cosa. La verdad es que de lo que menos me apetece hablar ahora, es de trabajo.

—Claro, debes de estar harto de los comicios…

—Vayamos a la mesa —propuso Rafa.

Una vez sentado y mientras se dejaba tratar con esmero, Doramas observó el salón con cierta nostalgia. Aquel piso le traía muchos recuerdos; al fin y al cabo, había pasado más horas allí que en la residencia donde vivió durante buena parte de la carrera.

—¿Sigue intacta tu habitación?

—Por supuesto. Hasta la bandera de la pared —afirmó Jaime.

—No me hubiese vuelto a dirigir la palabra si la hubiese tirado —aseguró Rafa.

—La colección de vinilos tampoco se ha movido del sitio…

—Ya que se ha sacado el tema de la música —aprovechó Jaime, cogiendo el paquete que había dejado oculto en su silla—, toma. Felicidades.

Su hermano no tuvo que hacer demasiados esfuerzos por deducir que se trataba de un disco. Lo que provocó que los ojos se le abrieran como platos fue, en concreto, el álbum del que se trataba.

—¿¡La edición especial del directo de *Uriah Heep*!? ¿Cómo la has conseguido? Pero si estaba descatalogadísima…

Él se hizo el interesante.

—A estas alturas no deberías subestimarme.

—Con ocurrencias como éstas compensas todo lo demás —rio Rafa, empezando a servir.

Doramas contempló la escena bebiendo de su copa de tinto. Sentirse parte de aquel universo le desconcertaba; allí estaba, en lo que podría haber sido perfectamente una reunión familiar, como si no hubiesen pasado tantos años y la relación entre él y Jaime no hubiera acabado.

Estuvo dándole vueltas a lo mismo a lo largo de la velada. Atendió a la conversación y disfrutó de la noche, pero a medida que se acercaba la madrugada vio dónde estaba el meollo de la cuestión. ¿Había dejado en algún momento de sentir algo por él? Sabía que cuando se marchara, más dura sería la caída y que aumentar la distancia del suelo si no se obligaba a dejar de volar era un error. Aun así, con Jaime había aprendido que lo insensato era, en la mayoría de los casos, lo único que conseguía preservar la cordura.

Se ofreció para ayudarle a recoger mientras Rafa y Montse servían café. Estaba aclarando los platos para meterlos en el lavavajillas cuando se lanzó:

—¿Cómo llevas vivir aquí con ellos?

—Bastante bien. Han sido amables, conseguir un alquiler para una estancia de menos de un año es casi imposible.

—Ya. Y encima las fianzas.

Jaime asintió, contraponiendo el otro punto de vista:

—Aunque a veces es un poco embarazoso, nunca mejor dicho.

—¿Por qué?

—Las paredes son finas y, claro… Menos mal que Rafa no se enteraba cuando éramos nosotros los que estábamos al tema.

Doramas se mordió ligeramente el labio inferior. Si no se lo decía ahora, no lo haría nunca. De nuevo la impulsividad que experimentó

en la oficina le animó a desahogarse.

—¿Quieres venirte a mi piso hasta que te vayas a Londres? Sé que no es gran cosa, pero estarías más tranquilo.

—¿Por qué me ofreces tu casa?

—Sólo quiero echarte una mano.

—¿Seguro?

Doramas le sostuvo la mirada. Los ojos de Jaime le interrogaban, exigiendo que expusiera ante él la totalidad de sus cartas. Quería correr sin pensar en las consecuencias, pero algo en su cabeza le advertía de los riesgos. Debía ser cauto, mantener una distancia y respetar las señales, aunque fuera evidente que la llama no se había apagado.

—Piénsalo, no hay prisa.

—Iré mañana por ahí y lo hablamos, ¿te parece?

—Vale.

Regresaron al salón para compartir un último rato con Rafa y Montse. Pasaban de la una cuando Doramas rechazó un segundo vaso de licor, alegando que tenía que madrugar para ir al trabajo.

—¡Y nosotros también! —exclamaron ellos—. Aquí el único que vive a cuerpo de rey es Jaime.

—Es lo que tiene ser *freelance* —se justificó.

—Entonces será mejor que vaya recogiendo —dijo Doramas—. Muchas gracias.

Montse, con las mejillas encendidas por el alcohol, lamentó que se fuera:

—Qué acento tan chulo tienes. ¿Te lo habían dicho alguna vez?

—Alguna que otra… —suspiró.

—Pues se está moderando. Si le oyes hablar en Canarias, ni le entenderías —se mofó Jaime.

Rafa le dio un par de sonoras palmadas en la espalda, agradeciendo que no hubiese escurrido el bulto como el resto de sus amistades.

—Déjate caer alguna vez más por aquí. ¿Te animas a salir el sábado?

—No sé cómo andaré de trabajo, ya les diré si me viene bien.

Jaime le acompañó hasta la puerta, disculpando la insistencia de sus allegados.

—Se ponen un poco pesados cuando beben. No veas los trozos que se cogen con la sidra.

—Nada, no te preocupes —sonrió—. Me lo he pasado muy bien.

—Te llamo mañana.

Doramas asintió. Se abrochó los botones del abrigo y se ajustó la

bufanda, pensando que tendría que parar un taxi por la calle si quería llegar a su apartamento a una hora razonable. Al empezar a bajar por las escaleras, se preguntó cómo habrían sido las cosas de no haber ocultado su relación con Jaime en aquella casa durante tanto tiempo.

A lo largo de su carrera como periodista había vivido momentos turbulentos en la redacción; nuevas incorporaciones, cambios en las cúpulas superiores y demás reajustes, pero esa mañana, cuando llegó puntual a la oficina tras haber dormido menos horas de lo habitual, se topó con un ambiente inédito.

—Buenos días —saludó.

La mayoría de los que habían sido sus compañeros desde que se iniciara como becario, no respondieron. Dejó el abrigo en el perchero y encendió el ordenador mientras se cuestionaba si alguna mala noticia flotaba sobre sus cabezas y aún no se había enterado.

No le dio importancia y se dispuso a iniciar la jornada. Leyó correos electrónicos, seleccionó teletipos y organizó la agenda hasta que Roberto le llamó por el teléfono interno.

—Hay reunión en la sala de titulares.

Dejó su puesto en orden y acudió al lugar mencionado, encontrándose al plantel al completo en compañía del gerente y el director. Se quedó de pie con los brazos cruzados y atendió al discurso de los jefes.

—En primer lugar, buenos días —empezó a decir el director—. Se los ha convocado con motivo del anuncio de una serie de medidas que la empresa ha decidido tomar.

El gerente proyectó un gráfico sobre una de las paredes de la sala, mostrándoles resultados comparativos entre ejercicios.

—Como ya saben, nos estamos adentrando en una etapa de recesión económica a nivel mundial. Nuestros ingresos por publicidad se han ido acortando a medida que la aparición de nuevos medios gratuitos se ha hecho más agresiva. —Pasó a otro gráfico, señalando con un puntero—. Nuestras estimaciones a largo plazo, de seguir con la misma política, no son nada halagüeñas, por lo que el Consejo ha acordado una serie de medidas con el objetivo de mantener la empresa a flote.

—Y dichas medidas pasan por apostar por las nuevas tecnologías y un ritmo de trabajo más efectivo —apuntó el director.

Doramas escuchó cómo a su alrededor se formaba un murmullo incómodo, roto cuando se confirmó lo que muchos temían.

—Lamentamos comunicar que se va a proceder a un recorte de

plantilla. Durante las próximas semanas se realizará un reconocimiento intensivo de las labores individuales de cada uno de ustedes a fin de delimitar y reorganizar sus funciones. Necesitamos personal dinámico, capaz de abarcar varias áreas y adaptarse a las necesidades.

Los veteranos pusieron cara larga. Los rumores que corrían por la redacción finalmente habían sido ciertos.

—Esperamos lo mejor de cada uno. Las personas que no sigan con nosotros han de dar por hecho que tendrán una salida digna de la empresa. Y ahora, si tienen alguna pregunta…

El silencio entre los afectados fue demoledor. El miedo a perder el trabajo y las dificultades para encontrar otro nuevo desquebrajaron la unidad que hasta entonces los había caracterizado.

—Si no hay nada que añadir, es todo. Pueden regresar a sus puestos.

Los componentes de *Primera plana* abandonaron la sala como si fueran autómatas. Doramas se sintió extraño, puesto que en lugar de experimentar presión por el futuro, lo que más le intrigaba eran las reacciones psicológicas de los que estaban en su misma situación. De repente todos se evitaban, o miraban mal al que tenían al lado. El bloque homogéneo de la redacción se fraccionó en varios grupitos, cada uno de los cuales se encargaba de embestir contra los demás.

Decidió desconectar y centrarse en lo suyo. De vez en cuando se levantaba para estirar las piernas, ir al fax y buscar un poco de café. Aprovechó para llevarse el móvil y darle un toque a Jaime, confirmándole que estaría en casa a partir de las ocho.

Se había apoyado en la máquina del pasillo, esperando a que el teléfono le diera línea, cuando escuchó parte de la conversación que, a escondidas, mantenían los que estaban fumando en el balcón.

—Llevo muchos años aquí, no voy a dejar que se quede con mi puesto —dijo Sebastián.

—Sí, es el que menos tiempo ha estado en la empresa.

—No hay que tener ningún tipo de compasión. Con los tiempos que corren a los viejos nos barren en cuanto tienen oportunidad, y no digamos ya la *buena imagen* que les daría tener a un marica en el equipo.

—Hasta dónde ha llegado este país —se lamentaron.

No se dejó mermar por los comentarios, pese a saber que eran un ataque directo hacia su persona. La voz de Jaime le apartó del ojo del huracán; había aprendido a base de caer y levantarse que la calma reinaba tras la tormenta, y nada, ni los resentidos que estaban dispuestos a cualquier cosa con tal de no quedarse en el paro, iba a

derribarle.

Doramas se topó con algo que no esperaba al cruzar la calle, recién salido del metro. Jaime estaba sentado en el portal de su edificio, entreteniéndose introduciendo datos en la PDA. Echó un vistazo a su reloj de muñeca, comprobando que faltaban veinte minutos para la hora acordada.

—¿Qué haces por aquí tan temprano?

Jaime se incorporó tras guardar el aparato en el bolsillo de la chaqueta.

—Me apetecía pasear un rato. Cuando me di cuenta era más rentable esperarte que volver a casa de Rafa y venir.

Se lo quedó mirando mientras abría la puerta, detectando que algo no iba como debiera.

—¿Qué tal el día?

—Estoy bastante liado, me he tenido que traer trabajo para adelantar el fin de semana.

Una vez en el piso, Doramas suspiró aliviado. Sólo sentía que estaba en condiciones de desconectar del mundo exterior cuando se adentraba en su pequeño feudo. Jaime dejó las cosas sobre la mesita auxiliar sin creerse que era lo único que tenía que decir.

—¿Algo más?

Doramas elevó las cejas en un gesto de resignación. Se acomodó junto a él en el sofá y decidió compartir impresiones con respecto a su enloquecido entorno laboral.

—Digamos que no he elegido el mejor momento para salir del armario en la oficina.

Jaime se revolvió.

—Espera, vamos por partes. ¿Cómo es eso de salir del armario? ¿Lo has estado ocultando todo este tiempo?

—Sí. Y ya estaba hasta las narices de inventarme excusas. Me vieron contigo la semana pasada, así que aproveché para pisotear sus intentos de liarme con la primera que surgiera. Si llego a saber que se lo iban a tomar así, me hubiera envuelto en la bandera del arcoíris. Al menos le habría aportado una nota de humor.

Jaime rio imaginándose la escena.

—¿Qué les dijiste?

—Que eras mi exnovio. Los ojos se les fueron a salir de las órbitas.

—¿Y a qué vino entonces lo de que no elegiste el mejor momento?

En lugar de responder, Doramas se incorporó. Quería tomarse aquel contratiempo lo menos en serio posible.

—¿Te apetece una cerveza?

—Si me invitas, no me voy a oponer…

Fueron hasta la cocina. Jaime se apoyó en el marco de la puerta y abrió su lata mientras Doramas inspeccionaba la nevera en busca de algo con lo que improvisar la cena.

—Resulta que hoy nos convocaron los de la Directiva —retomó—, y nos comunicaron que va a haber un recorte de personal.

Dio un trago, sacando un paquete de pasta deshidratada.

—Todos se han vuelto locos. Es como si se estuvieran apuntando a las sienes desde sus mesas, dispuestos a apretar el gatillo en cualquier momento con tal de no ser despedidos.

—¿Y cómo te está afectando tanta rivalidad?

Él se lo pensó un par de veces antes de responder. ¿Debía sentirse dolido o marginado, tal vez furioso por un trato discriminante?

—La verdad es que me da un poco igual —aseguró tranquilo, poniendo la olla al fuego—. Antes escuché a un grupo diciendo que *«el marica no puede quedarse en la redacción bajo ningún concepto»*, pero, ¿sabes qué? Mejor para mí. Si esos son sus argumentos para defender sus puestos, lo tendré más fácil para conservar el mío.

A Jaime no pareció hacerle ni pizca de gracia el comentario.

—Ten cuidado si pasan a algo más que habladurías por la espalda —dijo muy serio—. Estaríamos hablando de *mobbing*.

—Mejor dejémoslo, no quiero seguir pensando en esa panda de carcamales —pidió—. Me han demostrado que si como compañeros no valían demasiado, como personas, todavía menos.

—Pero es tu trabajo. Estar a disgusto repercutirá en tu productividad.

—Con hacer lo que me corresponde, tengo. Entrego mis cosas y me pagan, fin del asunto. —Echó la pasta tras romper el agua a hervir—. Perdona si me crispo, es que estoy un poco cansado.

—¿Física o psicológicamente?

—Ambas. Cuando empecé como periodista me parecía que la profesión tenía algo de romántico, de arqueólogo en búsqueda de secretos que llevar a la luz, pero la verdad es que a estas alturas…

—No debes renunciar a tu sueño.

Doramas esbozó una media sonrisa agridulce.

—¿Cuál es mi sueño?

—Trasmitir lo que ves y sientes. Pensamientos, deducciones…

—Para eso están los blogs en Internet.

Jaime no se dejó persuadir.

—Tal vez el desgaste que te está produciendo la redacción sea una señal de aviso. ¿No has pensado en cambiar de aires?

—¿Y marcharme a Oviedo? —ironizó.

—Hablo en serio —exclamó—. Créeme, me encantaría que te quedaras sólo por fastidiar a esos imbéciles, pero piénsalo, aún estás a tiempo de replantearte tu carrera.

—¿Qué grado de importancia hay que atribuirle al trabajo en la escala de la satisfacción personal?

—Supongo que depende de demasiados factores. Estaríamos entrando de nuevo en el eterno dilema.

—Y la eternidad es demasiado valiosa como para desperdiciarla con diálogos que no van a ningún sitio.

Jaime sonrió.

—Exacto.

—¿Sabes qué es lo que más he echado de cuando estábamos juntos?

—¿El qué?

—Que nos pasábamos el día hablando —recordó Doramas—. Y nunca me aburría.

—Cierto. Rajábamos como si se fuera a acabar el mundo y tuviéramos que aprovechar.

—Creo que a lo que más me costó adaptarme de este piso cuando me mudé, fue al silencio. Luis y Livia pasaban conmigo cada rato libre que tenían, pero cuando se compraron la casa en las afueras no me quedó otro remedio que volver a aprender a estar solo.

Jaime se terminó la cerveza; él también había pasado por algo semejante.

—No me lo había planteado desde esa óptica... Creo que no fue hasta que me hube instalado en Berlín, sin nadie conocido alrededor, cuando fui plenamente consciente de encontrarme aislado. Aunque tampoco es un proceso negativo, sirve para apreciar lo que has dejado atrás.

—Demasiado tiempo para pensar, ¿verdad?

—Ahora prefiero actuar en lugar de cuestionármelo todo. Debo de estar haciéndome mayor —murmuró.

Acto seguido se acercó a Doramas, invadiendo su perímetro personal. Cuando afirmaba algo, era porque realmente lo sentía, y actuar implicaba, en ese caso, averiguar el motivo de su ofrecimiento.

—Cuando me propusiste ayer que me quedase aquí, dijiste que me lo pensara, que no había prisa, y, para serte sincero, ni siquiera lo he sopesado porque me basta con que respondas a una pregunta.

—Dispara.

—Sólo tienes una cama. ¿Tenías pensado comprar otra o mandarme al sofá?

Doramas bajó la mirada hacia sus labios. Podía notar su aliento tibio sobre los suyos, provocándole.

—Quizás estaba siendo cortés permitiendo que durmieras en la mía.

—¿Y arriesgarte a volver a picar?

—A lo mejor quería que pasase.

—Sí… A lo mejor —repitió Jaime, percibiendo su respiración ajetreada.

El agua seguía hirviendo en la placa cuando empezaron a besarse. Doramas atinó a apagar el fuego, estrechándole contra su torso a medida que emprendían un camino ciego hacia la alcoba, trazado por el reguero de ropa que fueron dejando al paso.

No supieron si se debía a las experiencias que en aquel periodo habían vivido con otras personas o a la tensión sexual acumulada, pero una vez tendidos sobre el colchón, recuperando el resuello, llegaron a la conclusión de que sus lejanos encuentros seudoadolescentes no tenían nada que ver con los actuales.

—Has mejorado.

—Tú también…

Jaime no necesitaba más para darle una respuesta afirmativa. Lo único que le preocupaba, era dejar pactado el matiz de la convivencia.

—Somos compañeros de piso con derecho a roce, ¿no?

—Sé que tenemos fecha de caducidad. No voy a montar un drama cada vez que nos liemos.

—Vaya, sí que lo tienes claro…

—*Carpe diem.*

Él rio, tumbándose de costado para contemplarle. Se sentía reconfortado por aquella penumbra y el clima de entendimiento, sumado al sopor postorgásmico que tentaba a quedarse dormido.

—Cuando mi padre estaba postrado y sabía que ya no iba a salir del hospital, me pasaba las horas hablándole. Le contaba cosas sobre Rafa, la universidad… —Le miró a los ojos—. También le hablé de ti.

—¿Y qué le dijiste?

—Que tenía que recuperar fuerzas para ir a conocerte. Los días en que estaba peor de ánimos siempre le decía: «*Vamos, papá, ya queda menos para ir a ver a Doramas, no podemos dejarle plantado*».

Jaime hizo una pausa. Hacía bastante que no pensaba en él.

—¿Y tú? ¿Qué le contaste a tu madre?

—Para ella, oficialmente no hemos roto —respondió Doramas—. Me daba tanta pereza explicárselo que lo dejé estar.

—Eres de lo que no hay, *mi niño* —le imitó.

De pronto les sonaron las tripas. Doramas se incorporó, sacándole el lado filosófico a las quejas de sus estómagos.

—Ahora que tenemos hambre, la pasta debe de estar incomible.

—Una buena metáfora de nuestra historia, ¿no te parece?

—Siempre se puede recurrir a soluciones ingeniosas.

—¿Como salir a cenar por ahí?

A Doramas pareció gustarle el plan. Estaba decidido a dar un giro a su vida, un salto mortal sin saber sobre qué iba a caer. Jaime sería su trampolín y aquel paréntesis de dos meses el impulso, la carrera tras la cual llegaría el momento de lanzarse al vacío con todas sus fuerzas.

Madrid volvía a ser diferente, con sus luces, su aire gélido y las zonas del centro invadidas por el trasnochador gremio del fin de semana. Se encontraban por Gran Vía camino de un local en Hortaleza cuando a Doramas le pareció distinguir al grupo de la redacción con el que había compartido alguna que otra marcha. Se dijo que, si querían guerra, la obtendrían. Y mucha.

—¿Me dejarías hacer una cosa sin darte explicaciones? —preguntó.

—Tú mismo.

Aunque no pudo ver las caras de sus compañeros, disfrutó imaginándoselas. Cuando los hubieron perdido de vista, no volvió a la posición original; Jaime tampoco parecía tener intención de hacerlo. Al fin y al cabo, por lo que ambos creían recordar, era la primera vez en diez años en que iban por la calle cogidos de la mano.

Trabajar por proyecto tenía como principal ventaja la erradicación de la monotonía. Diseñar varias propuestas para una campaña implicaba echar mano de la imaginación sin horarios definidos, atendiendo a las musas dondequiera que éstas se presentasen. Por norma general, cuando se acercaba el peligroso momento en el que un encargo empezaba a aburrirle, lo acababa e iba a por otro nuevo.

Doramas se pasaba buena parte del día fuera, así que podía contar con la quietud del piso sin que nada, salvo la recopilación musical contenida en su portátil, le distrajera.

Estaba perfeccionando unos bocetos con el lápiz óptico cuando un ruido le sobresaltó. De buenas a primeras la puerta del salón se abrió para, acto seguido, entrar lo que a primera vista juzgó que era un técnico.

En efecto, así fue. Llevaba un maletín, polo con el logotipo de su compañía y cara de sorpresa, pues no esperaba encontrarse a nadie a esas horas.

—¿Jaime? ¿Qué haces aquí?

—¿Cómo has entrado tú?

Luis se relajó y dejó su equipo en el suelo.

—Tengo una copia de la llave. Doramas me pidió que viniera a echarle un vistazo a su teléfono, tiene mucho ruido la señal y no sabe por qué. —Se le quedó mirando a espera de una respuesta—. ¿Y bien? Estoy de servicio, no tengo todo el día.

—Me he mudado.

—Vaya, otra vez pierdo la apuesta —se quejó, sentándose a su lado.

—¿A qué te refieres?

—Livia estaba convencida de que habíais vuelto. ¡Será que soy demasiado inocentón, nunca me doy cuenta de estas cosas!

Él minimizó el programa informático, posponiendo acabar lo que tenía a medias.

—No estamos juntos. Sólo soy un refugiado temporal.

—¿Me das tu palabra?

—¿Qué tengo que hacer para que te quedes tranquilo?

—Dime que no os habéis enrollado.

Jaime le sostuvo la mirada impertérrito. Sin embargo, no habló, captando su viejo amigo el mensaje.

—Vale. No estáis juntos, pero compartís cama y casa por un tiempo. Si es que esto de las relaciones gays es de lo más

complicado…

—No me metas en el saco. Son simplemente las circunstancias.

—Vale, no debí haber generalizado. Mejor tendría que haber dicho que lo vuestro sí que es complicado… —suspiró.

Luis cambió la expresión por otra más amable. Podía afirmar que prácticamente había crecido junto a Jaime y que con él tenía un grado de confianza extremo pese al distanciamiento.

—Le sigues queriendo, ¿verdad? A tu manera, claro.

—Nunca he dejado de hacerlo.

Se quedaron callados. Luis miraba el terminal telefónico, preguntándose si los microfiltros estarían en mal estado o el motivo de la avería sería más serio.

—He estado pensando —dijo, incorporándose para ponerse a la faena— que como cuando te vayas no sabemos cuándo volverás, podríamos hacer algo diferente los cuatro, algo que nunca hayamos hecho.

—¿Como el qué?

—Pues no sé…

—Se me ocurre una escapada a algún sitio, un viaje.

—Eso ya lo hemos hecho.

—Si a pasar un fin de semana en la sierra lo llamas viajar… —se mofó Jaime.

Luis sacó de la caja de herramientas una palanca y un destornillador, con los que extrajo con cuidado la carcasa.

—Es buena idea. Deberíamos proponerlo, a ver qué les parece. —Se arrodilló ante el amasijo de cables, intuyendo dónde se encontraba el problema—. ¿Me echas una mano?

Jaime se lo tomó con calma. Le tendió el instrumental que él iba pidiendo, disfrutando de la inesperada compañía hasta que Luis se marchó para continuar la ronda. Se pasó las horas siguientes ensimismado en sus bocetos, dando forma no sólo a los planteamientos creativos, sino a la que parecía ser la mejor idea que Luis había tenido desde que se conocieran por cuestiones del azar un verano, cuando ninguno de los dos sabía lo que el porvenir tenía preparado para ellos.

A medida que la cita con las urnas se acercaba, el clima de tensión en la oficina era cada vez más notorio. Pese a todo, también implicaba pasarse más horas fuera en aras de cubrir ruedas de prensa y demás apariciones públicas. La sala de conferencias del hotel estaba casi vacía. El líder de aquel grupo minoritario defendía su candidatura con un discurso repetitivo, haciéndole pensar que ya

había escuchado esos argumentos con anterioridad.

Doramas cruzó una pierna sobre la otra, tratando de centrarse. A su alrededor otros representantes de los medios tomaban notas, ajustaban los parámetros de sus grabadoras o simplemente atendían, sintetizando información para luego transcribirla. En cuanto a él, no podía retener más de diez palabras seguidas sin perder el hilo.

Su cabeza se esforzaba por permanecer ahí y cumplir con el trabajo, pero al mismo tiempo le incitaba a seguir atando cabos, surgiendo ideas donde debería estar ciñéndose al protocolo. Sentía algo cercano a una opresión en el pecho, una ansiedad fruto de un debate interno entre lo que deseaba hacer y lo que no.

Sabía a qué era debido: tenía ganas de escribir. No divagar sin una directriz premeditada, sino hacerlo sobre aquello por lo que estaba allí. Consultó la hora, comprobando que faltaban aproximadamente cincuenta minutos para el final de la comparecencia.

«Tiempo de sobra», se dijo. Y así, sin más, rompió su sequía creativa. Era algo que necesitaba hacer, una especie de exorcismo por el que demostrarse que aún no era demasiado tarde, que podría volver a modelar su vida hasta darle un sentido con el que se sintiera identificado. Dicho cambio empezaba por alterar la concepción que había hecho de la actividad periodística.

Hablar de bipartidismo, leyes electorales y demás retórica era insistir en vocablos instaurados entre la población pese a que la gran mayoría de las personas de a pie desconocían su significado. Hacer otra columna a partir de una cuadrícula era el camino más sencillo para ganarse la continuidad en la empresa, pero también el que mayores sacrificios implicaba. ¿Realmente quería seguir igual por otros cinco, diez, quince, veinte años?

No tenía nada que perder; virtualmente iban a despedirle, así que por apostar todas sus cartas no obtendría un resultado peor que el asignado por defecto.

Cogió el bolígrafo y dejó que las frases fueran fluyendo solas, arrastrándose las unas a las otras en un efecto dominó. Durante los días siguientes no hizo otra cosa, tan sólo escribir: cuando estaba en la oficina, cuando se desplazaba en el metro, incluso en casa, pidiéndole a Jaime su portátil en los intervalos en los que éste se tomaba un descanso.

Él se limitó a observarle desde el sofá. Aunque le carcomiera la curiosidad por saber qué se traía entre manos, no quería violar su intimidad por segunda vez. El verdadero poder de la palabra escrita residía en la veracidad con la que se podían expresar cosas que de otra manera no hubiera sido posible. El papel era honesto, rudo, un

escaparate donde el autor podía mostrar la parte de sí mismo que los pormenores de la comunicación verbal se encargaban de maquillar, desviando la atención sobre los puntos realmente efectivos.

El pensamiento, etéreo y abstracto, adquiría representado en caracteres el poder de llegar a personas de las más variadas condiciones e ideologías y conseguir que se alteraran, que debatieran o, simplemente, se cuestionasen el porqué de su discrepancia con lo que habían leído. Era una magia con la que ni siquiera su medio, el audiovisual, podía competir, puesto que era el propio lector el último responsable de montar su película en base al guion.

Sabía que Doramas tenía ese toque que le permitiría llegar a muchos más de los que leían sus crónicas de camino al trabajo para olvidarlas al pasar la página. No sabía cuándo, cómo o mediante qué circunstancias lo conseguiría, pero ese momento acabaría por llegar. Hasta entonces, sólo podía disfrutar del egoísta privilegio de ser el único que estaba al tanto de sus facultades. ¿Acababa el reconocimiento de la masa con el valor del talento? Era posible. Un riesgo a tener en cuenta y por el que valía la pena apostar.

—¿Qué te parece entonces lo del viaje? —le dijo.

Doramas tardó en percatarse de que se estaba dirigiendo a él pese a no haber nadie más en el apartamento.

—Es buena idea —respondió, levantando la vista de la pantalla del ordenador.

—Livia propone aprovechar la Semana Santa, aunque salga más caro. Es cuando único tienen días libres. ¿Te supone un problema? A mí no.

Doramas lo meditó. A mitad de marzo supuestamente seguiría en la redacción. O tal vez no. Tenía las mismas posibilidades de estar cubriendo turnos de urgencia mientras se reestructuraba la oficina que de estar alistándose en el ejército de los desempleados. Lo único que sabía a ciencia cierta era que, poco después, Jaime se habría ido.

—A mí tampoco.

Se quedó mirando el portátil. El procesador de texto ocupaba la totalidad de la pantalla con las letras negras en contraste con el fondo blanco, irritándole la vista por haberla fijado en la barra intermitente del punto de inserción. La corriente volvía a arrastrarle, haciéndole teclear hasta que nuevamente se detenía, absorto en el curioso mecanismo de la inspiración.

Pasaban de las dos de la madrugada cuando se sintió satisfecho con el resultado. Jaime dormía en el sofá desde hacía un buen rato, haciendo alarde de una capacidad de adaptación extrema al entorno; por la manera en la que se desenvolvía en el piso parecía como si

hubiese vivido allí durante años. Se giró, apoyándose en el codo para contemplarle a través de la penumbra.

El plazo de entrega para los textos se abría el lunes a primera hora, pero sabía que el responsable de contenidos solía trabajar fuera de horarios. Entró en el portal de la redacción e introdujo su nombre de usuario y contraseña, accediendo al área privada. Al adjuntar el archivo y enviarlo, sopesó la importancia que un solo clic podría tener en la actual sociedad de la información.

Había entrado en otro periódico online para distraerse cuando escuchó ruidos.

—¿La edad te produce insomnio? —bostezó Jaime, apagando la tele con el mando a distancia.

—Más o menos. A todos nos toca algún efecto secundario.

Él se frotó la cabeza; todavía encontraba raro el tacto del pelo corto.

—Lo mío ya no tiene vuelta atrás, pero lo tuyo juraría que es más bien de origen psicológico.

—Necesitaba enviar el artículo o no me quedaría tranquilo. Me he quitado un gran peso de encima.

—Cuando un creador pierde el sueño por su obra es porque sabe que no vale nada, o porque intuye que ha logrado algo bueno.

Doramas había empezado a bajar la pantalla del portátil cuando cambió de idea.

—No he tenido oportunidad de saber cómo es tu trabajo.

—¿Y para qué querrías verlo?

—Una vez me dijiste que ser publicista consiste en condensar la psicología humana en treinta segundos. —Le miró fijamente a los ojos—. Quiero saber cómo plasmas tu concepción del mundo en algo más que un modelo prototípico de coche.

Ante argumentos tan contundentes, Jaime no tuvo más remedio que entrar a un conocido portal de vídeos en *streaming* y hacerle un repaso de su breve aunque interesante currículo. Tecleó en el buscador una serie de nombres en alemán, mostrando *grosso modo* los resultados conseguidos partiendo de la base de su ingenio.

—La estética final es decisión del realizador. Lo que yo presento es el concepto, la idea que la compañía quiere transmitir con determinado producto. Supongo que el mensaje no es demasiado complicado de captar pese al idioma.

Durante veinte minutos Doramas disfrutó de la colección de *spots*. Creía conocerle bastante, pero aquellas imágenes le hicieron saber que lo hacía en un grado mucho más profundo del aparente. ¿Por qué todo le era tan familiar, como si esos minúsculos cortometrajes

constituyeran la atmósfera que parecía flotar a su alrededor? Se le erizó la piel; las ideas de Jaime, el aura de tristeza que a veces le cubría, su espontaneidad…

—Es genial… —musitó—. Justo lo que te imaginaba haciendo cuando éramos estudiantes.

—¿Me imaginabas guionizando sobre gafas de sol? —se cachondeó.

—Me refiero a este toque, es casi como si pudiera atraparlo con las manos. Plasmar algo que llevas dentro y que encima te paguen debe de ser estupendo.

—No deja de ser un curro.

—¿Pero no es el trabajo que soñabas? Sin *lunes a viernes*, ni deseando que llegue el fin de semana y vuelta a empezar… No es un trabajo que ni te va ni te viene, con el que pagar un piso que tampoco te entusiasma —le parafraseó.

Jaime se estiró, entrelazando los dedos sobre el abdomen.

—Cierto, no me he convertido en la réplica de mi hermano, pero tampoco estoy satisfecho. Nunca se puede estar satisfecho. El día en que lo estés, habrás echado el primer puñado de tierra sobre tu tumba.

—Siempre tan inconformista…

—Es lo que más me diferencia de ti.

—Los polos opuestos se atraen.

—Y los iguales se repelen.

—Pues dos que duermen en el mismo colchón… —rio Doramas.

Jaime hizo lo mismo, renegando del refranero popular.

—Habrá que tentar a la suerte. Sería una lástima renunciar a tu cama por miedo a ser incompatibles.

El salón se iluminó por la ráfaga de los focos de un coche rezagado. Cuando volvieron a las tinieblas, Jaime tuvo una de sus repentinas ideas:

—Creo que este viaje lo deberíamos hacer a tu tierra.

—¿De veras?

—Livia y Luis no la conocen y a mí me encantaría volver.

—Espero que Luis no se raje por miedo al avión.

—Le atiborraré a tranquilizantes. Cualquier cosa por ver el mar.

Doramas, demasiado emocionado con la propuesta como para ponerle pegas, se dejó llevar por el ensueño.

—Yo también hace mucho que no voy a casa.

En lo que restó de noche no pudo pensar en otra cosa. La supuesta tensión que debía de estar soportando fue remplazada por la serenidad que le provocaba el imaginarse al mismo tiempo con las

cuatro personas a las que más quería. Imágenes sueltas de su madre, el paseo marítimo y la playa le asaltaron. Se dejó caer dormido junto a Jaime sumergido en ellas, sin poder discernir dónde empezaba y terminaba lo irreal.

Unas cuantas llamadas al día siguiente bastaron para hacer atractiva la propuesta. Ambos sabían que sería más sencillo convencer a sus amigos si les mostraban la mitad del trabajo ya hecho, así que mientras guardaban cola para entrar al cine, soltaron la bomba:

—Si pretendemos hacer lo de la escapada deberíamos ir comprando ya los billetes, o se disparará el precio.

—¿Y por qué tanta prisa?

—Es que es mejor sacar los pasajes de avión lo antes posible, salen más baratos.

Luis se quedó a cuadros.

—¿Avión?

Ellos intercambiaron una mirada cómplice, desvelando Doramas el misterio:

—Jaime propone que vayamos a mi isla.

Livia se mostró práctica.

—¿Y no será muy caro? El avión, el alojamiento…

—Ya he hablado con mi madre. Nos podemos quedar en su casa.

—Alquilamos un coche y ya está. Con unos cuatro días será suficiente —añadió él.

Luis seguía callado, pues hasta entonces había creído a pies juntillas que, como muy lejos, llegarían a alguna de las provincias próximas.

—No sé, me coge de sorpresa…

—Hay que cometer alguna locura de vez en cuando —insistió Jaime.

—¿Y con quién dejamos a la niña? —se preguntó Livia preocupada.

—¿Es que pensabais llevarla, independientemente de a dónde fuéramos?

—También es verdad —observó ella. Se enganchó del brazo de Doramas. En el fondo, le hacía ilusión conocer cómo era el lugar del que venía—.Tenemos algunos ahorros, nada que no podamos recuperar en un par de meses.

Ante la cara seria de Luis los tres se aliaron, desquebrajando poco a poco su débil papel en la oposición.

—Cariño, será divertido —le dijo Livia—. Y hace tanto que no nos tomamos un respiro…

—De acuerdo, ¡pero sólo porque es una ocasión especial! De pensar en estar a tantos metros del suelo se me encoge el estómago…

Jaime se dedicó de inmediato a enumerar datos estadísticos mezclados con experiencias personales para mostrarle que no tenía nada que temer. Estaban entretenidos con dichos argumentos cuando Doramas escuchó su teléfono móvil. Lo sacó del bolsillo y leyó, no sin cierta sorpresa, quién le reclamaba.

Decidió alejarse un poco para atender la llamada, sintiendo que le atravesaba una descarga eléctrica al contestarle el mismísimo director de *Primera plana*. Durante cinco minutos habló largo y tendido con su superior. Los demás seguían guardando la cola; se acercaba peligrosamente la hora en que la sesión daba comienzo.

—¿Dónde se ha metido? —se preguntó Livia, poniéndose de puntillas para indagar entre la multitud.

—Esperad, voy a buscarle —se ofreció Jaime.

Caminó esquivando a la gente. Le encontró a unos metros de allí, resguardado en un portal.

—La película va a empezar. ¿Estás bien?

Doramas se giró para mirarle. Jaime supo por el brillo de sus ojos que algo había ocurrido.

—Tengo que irme.

—Corre. Ya me inventaré alguna excusa.

Doramas asintió. Se ajustó el abrigo e intentó calmarse, aunque sabía que el trayecto hasta la redacción iba a resultarle eterno. Empezó a caminar buscando una boca de metro cuando oyó que él le llamaba. Giró sobre sus pasos, distinguiéndole en medio del gentío.

Lo que Jaime gritó, forjó la confianza en sí mismo. Daba igual tener al resto de la redacción en contra, o que su desafío a los convencionalismos desembocara en una auténtica lucha campal por definir nuevos campos en la profesión. Quizás estaba ante esa oportunidad a la que, inconscientemente, había renunciado por sustentarse en las contradicciones de la estabilidad. Su voz le acompañó durante la conversación en el despacho del director y la posterior negociación, en las que pactó cuáles eran desde ahora sus prioridades.

«Creo en ti».

Tras abonar la tarifa del taxi y arrastrar las maletas, los cuatro se dispusieron a unirse a una de las tantas filas formadas ante los mostradores de las compañías aéreas. Los pasajeros se agolpaban para facturar y conseguir la tarjeta de embarque, haciendo que uno se cuestionase si con semejante volumen de actividad se estaba atravesando una crisis económica.

Luis era el más sorprendido por tanto movimiento. Estaba acostumbrado a los colapsos de las carreteras durante la *operación salida*, pero la atmósfera del aeropuerto era una auténtica novedad para él.

—Qué pasada. ¿Y toda esta gente va a Gran Canaria?

Jaime agudizó la vista sobre el panel, comprobando que, efectivamente, el vuelo estaba en hora.

—No. Los que van con la misma empresa que nosotros facturan aquí y luego ellos distribuyen según el vuelo. Ahí pone la puerta a la que tienes que ir para meterte en el avión.

—Menudo rollo.

—Te acabas acostumbrando, siempre es igual.

Livia regresó tras haberse desviado un poco del grupo. Portaba un periódico gratuito que había tomado junto a las puertas automáticas.

—Vaya, te han dado una página entera —observó antes de empezar a leer el artículo encabezado por una foto de Doramas.

—Déjame cotillear… —pidió Luis, arrimándose a ella.

Jaime esbozó una sonrisa y se limitó a mirar la cola. Desde que Doramas se decidiera a nadar un par de tramos a contracorriente, las tornas habían cambiado. El éxito de su ensayo sobre la política contemporánea había supuesto el arranque de un nuevo ritmo de trabajo, basado en la entrega de columnas semanales. Las había leído todas, pese a tener que bajar a la calle por las mañanas en busca y captura de un ejemplar. Doramas no le había hecho ningún comentario sobre su nueva situación, ni le había traído copias preliminares como hiciese con su primer artículo.

Este, dado que se había adjudicado el papel de guía oficial, se dispuso a pedir a la chica del mostrador que los ubicara de dos en dos junto a ventanilla. La cadena previaje, que incluía controles de seguridad, la búsqueda de la puerta de embarque y un dificultoso avance por el pasillo de la zona turista, le resultó amena por contar con compañía.

Una vez en su asiento, se asomó por el hueco del reposacabezas

para comprobar cómo iba todo.

—¿Qué tal lo llevan?

Luis y Livia, sentados justo detrás, se estaban ajustando el cinturón haciendo gala de la torpeza de los primerizos.

—¿Esto cómo es?

—No sabía que fueras tan burro —dijo Jaime, desabrochándose el suyo para echarle una mano.

Doramas rio. Cuando las azafatas se dispusieron a iniciar el protocolo de seguridad, miró por la ventana. El avión empezó a moverse para situarse en pista. Observó las colinas que delimitaban el aeropuerto y notó una presión en el pecho que se acrecentó cuando la nave se separó del suelo, sacándole el suspiro angustioso de Luis de sus cavilaciones.

—¿A que no ha sido para tanto? —preguntó, una vez se hubo apagado la señal luminosa.

En lugar de encontrárselos aterrados, los vio turnarse para poder admirar la maqueta a gran escala que parecía Madrid desde arriba.

—¡Mira cómo se ve todo! —exclamó Livia.

Luis no decía nada, fascinado tras haber vencido inicialmente su miedo a volar. En cuanto a ellos dos, acostumbrados a dichos trasiegos, buscaron una manera de matar el tiempo.

—¿Me creerías si confieso que estoy nervioso?

Jaime desplegó la bandeja que tenía delante para echar un vistazo a las revistas.

—Claro que te creo. Sé que esto significa mucho para ti.

El periodista lo miró mientras él leía. Era cierto; aquel viaje encerraba demasiados significados. Giró el rostro y siguió contemplando el paisaje. La próxima vez que disfrutase de la visión del país desde esa perspectiva, seguramente ya no sería el mismo.

Doramas se apresuró a poner el reloj en hora nada más pisar la isla, contagiando su entusiasmo al resto de la comitiva.

—Ahora sí que es oficial que estamos en Canarias —dijo Luis girando la manecilla.

—¿Dónde hay que recoger el coche? —preguntó Jaime, deseando ponerse en carretera pese a que no sabía conducir.

Recogieron las maletas y acudieron a las oficinas donde habían contratado el alquiler; un poco después se encontraban encajados a bordo de un elegante turismo, en el que Doramas actuó de copiloto para dar indicaciones.

—Qué bochorno hace… —rezongó Livia bajando el cristal.

—Me temo que será peor cuando lleguemos a la ciudad. Tiene pinta de estar nublado —respondió, haciendo gala de sus conocimientos de nativo.

—¿Y eso? —preguntó Luis, metiéndose en la primera rotonda.

Jaime chascó los dedos, intentando recordar el nombre con el que se bautizaba aquel curioso fenómeno meteorológico.

—¿Cómo se llamaba? Lo tengo en la punta de la lengua.

—*Panza de burro*.

—Eso.

Doramas procedió a dar explicaciones más concretas ante las risas de la pareja.

—Es por el color de las nubes. Se acumulan por el calentamiento y hacen de pararrayos, pero aunque no pegue el sol, sigue haciendo calor.

—Y del pegajoso… —se quejó Luis.

—Pues ya verás cuando estemos en casa de Amelia —rememoró Jaime.

—¿Quién es Amelia?

Doramas sonrió sin poder ocultar la emotividad, y agregó:

—Mi madre.

Avanzaron por la autovía un buen tramo, hasta que tras subir una pendiente tuvieron ante ellos la visión de la bahía de Las Palmas de Gran Canaria.

—Señores, bienvenidos a mi ciudad —anunció Doramas con orgullo.

Un enjambre de vecindarios llenaba de color las colinas, prolongándose el asfalto a ras de la línea de la costa; cerca del paseo de la avenida marítima algunos barcos de mercancías hacían su ruta y los edificios iban aumentando de dimensión a medida que se acercaban al centro neurálgico. Una mediana poblada de palmeras dividía la carretera en carriles de sentidos contrarios.

—Qué topicazo, ¿no? —exclamó Luis, encontrándolo gracioso.

—Había que atribuir el nombre a algo —comentó Doramas sin perder el buen humor—. Sigue por aquí.

Abandonaron la autovía para meterse en la zona del puerto y las calles fueron estrechándose en un serpenteo laberíntico. Se pasaron un buen rato buscando un hueco en el que dejar el coche y, cuando hubieron aparcado, Doramas los condujo hasta un edificio situado cerca de la pintoresca plaza de Farray. Luis y Livia repararon en los efectos que la brisa causaba en las fachadas de la zona: la pintura descascarillada, la personalidad que irradiaba el barrio, la

heterogeneidad de las casas, construida cada una en un estilo distinto…

La de su familia era una de las más antiguas de todas las que había por allí. Los tabiques delgados, los techos altos y una azotea desde la que se disfrutaba de una vista privilegiada eran sus señas de identidad, cualidades que su moradora valoraba por encima de las posibles comodidades que encontraría en una vivienda más moderna. Cuando Amelia abrió la puerta pareció ser una parte más del conjunto, un elemento indispensable de estatura modesta, piel curtida y formas redondeadas cuyos ojos brillaron con luz propia al reconocerlos.

—¡*Mis niños*, ya llegaron! —exclamó.

Doramas se deshizo en muestras de cariño por el reencuentro, mientras Luis y Livia esperaban su turno para presentarse. Sin embargo, cuando llegó el de Jaime, fue la propia mujer la que resumió los efectos de la distancia en una socarrona expresión:

—¡*Jesú*, Jaime! Te dejaron la cabeza *pelá*, mi hijo.

—Hola, Amelia —saludó con naturalidad—. Cuánto tiempo, ¿verdad?

—Y tanto. Mira que le dije veces a Doramas que te trajera.

—El trabajo, ya sabes…

Doramas achuchó a su madre y les pidió que entraran, a fin de acomodarlos.

—Pasen, por favor.

Amelia sonrió ante los chicos de los que tanto había oído hablar, dirigiéndose a Livia cuando estuvieron en el salón.

—¿Y la criatura cómo está?

—Muy bien, con mi hermana. La echamos de menos, sobre todo yo —comentó con un deje de melancolía.

—Mire, aquí tiene una foto —dijo Luis, enseñándole la pantalla del móvil.

—¡De usted nada!

—Perdona. Mira, la foto —corrigió.

Doramas aprovechó para cargar como pudo las maletas hasta las habitaciones.

—Mamá, ¿cuál les preparaste?

—La de Tata. Le pedí a tu tía el somier.

Jaime le ayudó. Recalaron primero en la que había ocupado la madre de Amelia hasta su muerte y luego en la que, por eliminación, iban a usar ellos dos. El cuarto de Doramas les producía a ambos una fuerte sensación de seguridad.

—Qué cara de críos teníamos —dijo, observando las fotografías

pinchadas en el tablón de corcho.

—Mi madre dio por hecho que te quedarás aquí conmigo. Si prefieres dormir en otro sitio todavía estás a tiempo.

—Prefiero pasar estrecheces. Me daría pena romperle la ilusión.

Doramas abrió la hoja del armario para distribuir la ropa. Le gustaba el olor a cerrado, la temperatura y sencillez de su habitación. Pensó en lo cerca que estaba la despedida y un brote de angustia se apoderó de él.

—¿Qué te pasa? Te noto raro desde que salimos de Madrid.

—Nada, estoy bien.

—No tienes por qué contármelo ahora, pero sé sincero.

Doramas cerró los ojos. Era imposible fingir; nunca había tenido la capacidad de Jaime para desligarse de los estados de ánimo y ocultarlos a los demás, cosa que tampoco pretendía hacer. Tan sólo necesitaba esperar.

—Cuando me sienta preparado, lo sabrás.

Terminaron de guardar sus cosas y ayudaron a Luis y Livia con las suyas. Aún era de día cuando Amelia los animó a ir a dar una vuelta mientras ella preparaba la cena, mostrándose tajante ante sus insinuaciones de colaboración:

—¡De eso nada, que están de vacaciones!

Doramas no dudó a la hora de proponer hacia dónde dirigirse. Apenas les tomó un centenar de metros estar en el extenso paseo de Las Canteras, playa a la que debía su carácter calmo y el tono dorado de su piel. Luis y Livia se apoyaron en las barandas metálicas que impedían la caída desde el paseo a la arena; ante ellos se extendía el océano, de un azul intenso manchado por las ráfagas rojas que dejaba el sol al ocultarse en el horizonte. La silueta negra de las rocas jugaba en claroscuro con la espuma de las olas y los últimos rezagados disfrutaban del baño, respirándose un aroma concentrado a vida.

—Nunca había visto una playa como ésta… —murmuró Luis.

Jaime se descalzó y trepó por las barandas, bajando de un salto.

—¿Por qué no seguimos por la orilla?

—¿Ahora? —preguntaron ellos.

Doramas le miró. Aquel era el Jaime al que tanto había echado de menos: radiante, lanzado y a la vez conmovido por esa inmensidad que le había robado el corazón. Le imitó valiéndose de los resquicios de agilidad que le quedaban para reunirse con él en la arena.

—¡Venga, anímense!

Livia y Luis se lo tomaron como una de esas pequeñas locuras a las que habían renunciado en pro de los formalismos. Jaime y Doramas

la ayudaron a descender, mientras que Luis se aventuró a hacerlo al estilo de sus amigos, estando a punto de caer de bruces.

—Pero qué torpón soy —se disculpó con gracia, cogiendo a Livia de la mano mientras portaba sus zapatos en la otra.

Se pusieron a andar por la orilla, esquivando los embates de las olas que rompían a sus pies y les mojaban los pantalones remangados. Tras disfrutar del recorrido, la madrugada los sorprendió en la azotea de la casa como en los viejos tiempos: alrededor de una botella bajo un cielo estrellado.

Cuando Doramas abrió los ojos supo que tal y como estaba, lo mejor era quedarse en la cama, aunque no era lo más indicado. Se levantó despacio para no despertar a Jaime y se introdujo en el cuarto de baño, con la intención de ponerle remedio a las huellas de la resaca.

Fue hasta la cocina, en donde encontró a Amelia preparando café. Le dio un beso en la mejilla y se sentó pesadamente a la mesa.

—Buenos días.

—Buenos días —respondió ella, sirviéndole en una taza que Doramas recordaba haber usado desde que era pequeño—. ¿Descansaste?

—Sí —dijo, aunque apenas había dormido cuatro horas—. ¿Hay algo para mojar?

Su madre le alegró el madrugón ofreciéndole un paquete de galletas de una marca que no había conseguido encontrar por Madrid, pese a que había buscado en todas las grandes cadenas de hipermercados. Se llenó la boca mezclándolas con el café mientras ella se disponía a acompañarle.

—*Ay*, esta rodilla —se quejó.

—¿Te sigue molestando?

—Esto es mal de vieja. Pero no te preocupes, que yo soy más *echá pá'lante* que el dolor.

—Lo sé.

Doramas la quería y admiraba por haberse enfrentado a las vicisitudes con la cabeza bien alta. De su madre había aprendido a ser honrado y llevar la verdad por delante, aunque no fuese el camino más fácil. Así que, aprovechando que los demás seguían convalecientes, le puso al corriente de su actualidad.

Amelia le escuchó, mostrándose a ratos incrédula, a otros risueña, pero siempre receptiva. Le apoyó en sus propuestas implicándose en ellas, y lo último que Doramas dijo no le tomó tan de sorpresa:

—Mamá, Jaime y yo ya no estamos juntos. De hecho, hace

bastante que lo dejamos. No quise decírtelo, pero ahora ya no tiene sentido que sigas creyendo una mentira.

—Ya decía yo que era raro que nunca te llamase cuando estabas aquí.

Amelia le cogió de las manos, teniendo el mismo tacto que siempre había mostrado desde que Doramas se decidiera a compartir con ella los altibajos de su vida sentimental.

—¿Y él qué dice?

—¿Sobre qué?

—Sobre estar aquí con los amigos, contigo…

Doramas suspiró. Por más que buscara una respuesta, no la tenía.

—Ni idea. Nunca sé qué es lo que piensa exactamente.

—Mira que te fuiste a buscar un novio difícil —rio ella al levantarse para lavar las tazas—. Son esos amores los que nunca se olvidan. Saliste igualito a mí, siempre yendo por el camino más pedregoso.

Él la miró de espaldas y rememoró las fotos de juventud en las que la había visto junto a su padre antes de morir éste. Que supiera, no había habido otro hombre en su vida. Ése sí que debía de haber sido un terreno despiadado por el que avanzar.

Al sentirse más tranquilo y lleno de energía, decidió poner en marcha a la tropa para aprovechar la jornada.

—Me los quiero llevar a la cumbre y luego bajar al sur. ¿Te vienes con nosotros?

—¿Y si me mareo?

—Pues nos pegamos un descanso. A vestirse, Amelia —dijo, dándole otro beso—. Voy a despertarlos.

Ella no se hizo de rogar. Dejó que la loza escurriese mientras iba a cambiarse de ropa. Doramas, por el contrario, fue yendo hacia las habitaciones. Ahora que sabía que contaba con el apoyo de su madre, sentía que se había quitado parte del lastre que le impedía ascender en el vuelo y contemplarlo todo desde la distancia, la única manera, en la mayoría de los casos, de ajustarse lo más fidedignamente posible a la realidad.

A lo largo tanto de aquel día como del siguiente, Doramas y Amelia desmenuzaron los encantos de la isla en rutas surtidas de paradas, compensando el exceso de kilómetros en carretera con explicaciones y anécdotas.

Los invitados quedaron maravillados por las playas del sur, para a continuación dejarse seducir por los misterios de la zona oeste, en la que el litoral rocoso, azotado por el viento y las fuertes corrientes

marítimas, se contorsionaba al capricho de la erosión. De no haber sido por saber que con otra media hora de camino regresarían a la civilización, podrían haber imaginado sin mucha dificultad que se encontraban en el fin del mundo.

El sábado lo dedicaron a conocer el norte y parte del centro. Recorrieron monumentos, conversaron y acabaron el día en una terraza del casco antiguo de la capital. El barrio de Vegueta los transportó a principios del S.XX, con sus edificios engalanados en filigranas modernistas en medio de una ecléctica mezcla de estilos arquitectónicos, propios de un pasado colonial a medio camino entre Europa y las Américas.

Livia indagó en los aspectos de la vida de Doramas que la madre de este les había contado, haciendo una pregunta tras beber de su caña:

—Amelia, ¿la foto de las palomas la sacaste por aquí?

—Y dale con la foto —se quejó Doramas, quien ya había aguantado bastantes mofas cuando su madre les mostró las instantáneas de su infancia que guardaba en una lata.

—Claro, es cerca. —Amelia le miró con los ojos bien abiertos—. ¿No los vas a llevar a la plaza de Santa Ana?

—¿No estaba aquí al lado? —dijo Jaime—. Podríamos ir luego.

Amelia, tratando de disimular el cansancio, ahogó un quejido.

—¿Ustedes no se molestan si me voy yendo? No puedo ni con mi alma.

—Claro que no, mujer —le instó Luis—. En verdad, nosotros también estamos destrozados, pero hay que aprovechar hasta el último minuto.

—¿A qué hora se van mañana?

—El avión sale a las once, así que tenemos que salir al aeropuerto sobre las ocho —calculó Livia.

—Sí, más o menos —confirmó Doramas.

Cruzó una breve mirada con Amelia, tras lo que ella se incorporó con intención de marcharse.

—Bueno, juventud, pásenlo bien.

Doramas le sujetó de la mano con suavidad.

—Llama a un taxi, mamá.

—No te preocupes, que cojo la *guagua* ahí *mismito*.

Se despidió una última vez y echó a andar hacia el teatro, donde confluían el inicio y final de gran parte de las líneas de transporte urbano. Al perderla de vista Luis sonrió y pidió otra cerveza.

—Tu madre es increíble.

Jaime, quien apenas se había pronunciado a lo largo del día, le dio

la razón.

—Quedan pocas personas como ella, dispuestas a ofrecer todo lo que tienen por los demás sin dudarlo.

—Mi madre ha tenido una vida complicada —dijo Doramas, arrancando a pequeños tirones la etiqueta de su botella—. Nunca podré pagarle que se sacrificase tanto por mí.

—No es algo que tengas que devolver —expuso Livia—, te lo digo ahora que sé lo que se siente. No puedo explicarlo, pero haría cualquier cosa por mi hija.

—Hasta aguantar a los plastas de sus amigos —bromeó Luis.

—Pues yo no pienso así —interrumpió Jaime—. Sí que podemos, como hijos, devolver parte de esa entrega incondicional a nuestros padres, sólo que es un acto facultativo.

—Ya empieza el Dr. Jekyll con sus teorías… —suspiró Luis.

—Continúa —pidió Livia.

—Se supone que cuando aceptas la responsabilidad de tener descendencia y encargarte de tus hijos, estás firmando un acuerdo unilateral de entrega en el que aseguras que dejarás de pensar en ti para canalizar esa energía en ellos. —Jaime bebió directamente de su botella, cogiéndola por el cuello—. Mis padres me criaron por igual hasta que se separaron. A su manera se interesaron por lo que me pasaba tras aquello, pero yo elegí devolverle parte de esa atención desinteresada a mi padre. Dudo que por mi madre hiciera lo mismo.

—Qué bestia eres —le reprendió Luis.

—Sonará fuerte, pero reconoce que es así. Es el deber de los padres velar por los hijos. Lo contrario depende de los vínculos que se hayan establecido. Un vínculo sólido es convexo, los extremos se acaban tocando.

—Un vínculo convexo… —musitó Doramas.

Livia miró la hora, fiel a su fama de ser la práctica del grupo.

—¿Por qué no seguimos la conversación en ese sitio que nos quieres enseñar?

Ellos asintieron, y formaron un montoncito de monedas sobre la bandeja que el camarero les trajo con la cuenta. Caminaron por las calles de la parte vieja de la ciudad hasta llegar a las inmediaciones de la catedral. Ante ella se extendía la mencionada plaza, cuyo linde se encargaban de vigilar unas estatuas de perros de caza realizadas en bronce, sobre las que todavía giraba el misterio.

—Qué monos —exclamó Livia encaramándose a una.

—Creo que todos los niños de esta isla se han sacado alguna vez una foto con ellos.

—Entonces no podemos ser menos. —Luis preparó la cámara,

retratándola—. ¿Haces los honores?

Jaime aceptó ponerse detrás del objetivo, aprovechando para fotografiarlos a los tres junto a cada perro, haciendo de paso un poco de memoria.

—Cuéntales esa leyenda urbana. Seguro que les gusta.

Doramas sonrió, acariciando el cráneo inerte de la estatua.

—Dicen que un barco inglés naufragó cerca de aquí y unas cajas de madera llegaron flotando a la costa. Dentro estaban estos perros y, como nunca se supo de quién eran o a quién iban dirigidos, permanecieron en la ciudad.

—Es una historia curiosa.

—¿Por qué no tendremos de éstos por Madrid?

Jaime guardó la cámara en su funda, y se la tendió a Luis mientras contestaba:

—Porque entonces tendrías menos alicientes para volver.

Se quedó mirando fijamente a Doramas, el cual pareció captar el mensaje. Era como si Jaime intuyera lo que tenía que decirles, eso que había postergado hasta el último momento y que no podía seguir guardándose.

Doramas se apoyó en su perro favorito y lo reveló sin prisas, convirtiendo a la estatua en una parte del proceso.

—Les tengo que decir algo... Quizás debería haberlo hecho antes, pero no fue hasta ahora cuando me he sentí en condiciones.

—¿De qué se trata?

—No me voy mañana a Madrid. Voy a quedarme aquí.

Luis y Livia, atónitos, guardaron un silencio tan sepulcral como el de Jaime.

—Lo decidí cuando compré los billetes —continuó—. Necesito tomarte un paréntesis y ahondar en mis raíces.

—¿Y tu trabajo?

—¿Vas a dejarlo ahora que has conseguido un puesto de importancia en el periódico? —preguntó Luis.

—Precisamente por eso. —Doramas cruzó los brazos sobre el pecho, relajado—. Los de la Directiva me ofrecieron condiciones de lo más interesante, pero las rechacé. Ya sé de lo que soy capaz y con eso me basta, así que llegué a un acuerdo con ellos para rescindir mi contrato y poder cogerme este año de paro. He cumplido una etapa como periodista y otra en mi vida, es hora de volver a empezar.

—¿Y a qué vas a dedicarte?

—A pensar, escribir, estar con mi madre… Quiero probar qué es lo que se siente dejándome llevar.

Se acercó a ellos, poniéndoles una mano sobre los hombros.

—Prometo ir a verlos de vez en cuando, y a la niña. Así aprovecho para sacar a mi madre de la isla, que nunca ha salido.

Livia se secó las lágrimas, esforzándose por no parecer contrariada.

—Te vamos a echar de menos. Ahora sí que se rompe el grupo.

—No lo hará si permanecemos juntos en el recuerdo —dijo Jaime —. El corazón a veces tiene más poder que la mente.

Luis intentó no emocionarse, pero acabó por darle un abrazo. Doramas correspondió, intentando quitar parte del dramatismo.

—Te deseo mucha suerte. Tendremos que buscarnos otro canguro para los fines de semana.

Él rio, aceptando de buen grado contar con la bendición de los suyos.

Cuando rozaron la medianoche atravesaron la puerta de la casa de Amelia y se retiraron cada uno a su correspondiente habitación. Tras haberse encerrado en la suya, Doramas procedió a revelar a Jaime la parte que le concernía:

—Hablé con la casera. Puedes quedarte en el apartamento hasta que te vayas, ya está pagada la cuota del mes. Sólo te pido un favor: que embales mis cosas y me las mandes por paquetería. La ropa, los libros y las películas. El resto déjalo allá.

Jaime se sentó en la cama para desvestirse.

—¿Y tus discos?

—Puedes quedártelos.

—Ya sabes que odio los CDs.

—Dáselos a Rafa de mi parte, seguro que no les hace ascos. Pero… quiero que te quedes uno.

—¿Con cuál?

Doramas abrió el cajón de su cómoda, devolviendo el mensaje en forma de compacto que, en su día, Jaime le había dejado cuando se marchó. Él sonrió y alargó el brazo para encender el reproductor que había en un listón de la estantería.

—Se me ocurre una idea mejor: escuchémoslo una última vez y que luego descanse en paz en algún rincón del piso de mi hermano.

—Trato hecho.

Jaime lo puso en marcha; la primera de las canciones que les habían hecho de banda sonora durante tanto tiempo los arrulló en un melódico estruendo, donde las estrofas, los ritmos y el hilo conductor de aquella voz formaban un elemento más de su vínculo, perpetuándolo donde parecía haberse extinguido.

—Estoy orgulloso de ti.

Doramas, al oírle decir lo que antaño tanto deseó, respondió

resumiendo en un beso las esperanzas, expectativas y miedos que había escogido afrontar.

Había amanecido cuando los ayudó junto a su madre a cargar las maletas en el coche de alquiler. Se quedó con Amelia en el portal, inmóvil, adornando con una gran sonrisa el *hasta pronto*. Luis hizo un gesto desde el volante, Livia luchaba por no echarse de nuevo a llorar y Jaime miraba hacia el frente. El coche arrancó y se alejó por la calle, desapareciendo al doblar la esquina.

Era un domingo como otro cualquiera. El sol apuntaba tímidamente en el cielo, el aire olía a sal, el barrio permanecía inalterable.

Y, sin embargo, ya nada volvería a ser como era antes.

Hacía calor; demasiado para estar a principios de junio pasadas las ocho de la tarde. Su zona de la playa, extensa por la marea baja, se encontraba en el estado óptimo para el disfrute. La mayoría de los bañistas ya se habían ido y sólo quedaban unos pocos rezagados que leían en sus toallas, concertaban citas por el móvil o contemplaban las siluetas lejanas de las montañas, aprovechando hasta el último rayo de luz.

Doramas estaba sentado sobre la arena. Desde hacía un buen rato llenaba las hojas de un cuaderno escribiendo sobre el tema que le habían propuesto en un ateneo cultural. Había encontrado en ello una vía de escape para las inquietudes de su bolígrafo. Nadie le perturbaba, ni los que corrían en la orilla ni las pandillas de adolescentes que proponían continuar la fiesta ni los que desde el paseo marítimo le observaban.

Uno de éstos últimos le reconoció. Vestía vaqueros gastados, camiseta negra y sandalias, de las que se despojó cuando descendió hasta la arena aún tibia. Llevaba al hombro una maleta en la que guardaba lo único que su vida errante requería: documentación, el ordenador portátil y una amarra que deseaba atar a puerto. Doramas giró el rostro cuando la voz del extraño resonó junto a él:

—¿Puedo sentarme?

—La playa es de todos —contestó.

Jaime se acomodó a su izquierda tras dejar a un lado sus pertenencias. Doramas le miró a los ojos. Ni en los de Jaime ni en los suyos se avistaba indicio de sorpresa, como si aquel nuevo encuentro no tuviera nada de casual y fuese otro as que el destino tenía oculto en la manga.

—¿No se supone que estabas en Londres?

—He terminado mi parte. En verdad, podría haberme quedado otra temporada, pero he estado reflexionando.

—¿Sobre qué?

—Creo que ya he encontrado una definición: la felicidad no es construir la libertad en base a no tener ataduras, ni vagar de un sitio a otro recorriendo grandes ciudades ni creerte en ventaja con respecto a los que no han tenido ocasión de hacerlo. La felicidad es tener a alguien a quien poder regresar. Y yo quiero poder regresar a ti.

Doramas repasó la estructura de su rostro; sus discretas arrugas, las sombras cambiantes del sol que empezaba a ponerse, su sonrisa

espontánea, magnética, entregada.

—¿Eso no es demasiada estabilidad para un *freelance*? —dijo con ironía.

—Sólo si te parece bien… —respondió, siguiéndole el juego.

—Claro que me lo parece.

Le estrechó entre los brazos con fuerza. Jaime cerró los ojos, pero cuando más centrado estaba, estalló en carcajadas. Doramas se separó de él a fin de saber qué era lo que había roto la magia del momento.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó incrédulo.

Él se calmó. La balada seguía sonando; a sus labios acudió una de sus frases, la que resumía el inicio, desarrollo y conclusión de la historia de ambos.

—«*Todo arde si le aplicas la chispa adecuada…*» —canturreó.

—Vete *pa'l* carajo —le regañó Doramas entre risas.

La noche calló silenciosa sobre ellos. Las estrellas dieron paso a un nuevo amanecer, en un ritual que se repetiría hasta que se cansaran de contabilizarlo. Las olas del mar acudieron a morir contra las rocas para dar paso a las venideras, a semejanza de cada una de las doce campanadas que, sin pretenderlo, habían terminado por volver a unirlos.

Fin